

ERES

SERIE DE ANTROPOLOGIA

SUMARIO

VOLUMEN 1 - Nº 2 - DICIEMBRE 1989

El doble significado de las plantaciones en la historia mundial: **Sidney W. Mintz** / La Comunidad de Regantes y la tierra en Hermigua (Gomera, Canarias): **Antonio Reyes Aguilar** / Turismo, ocio y cultura juvenil: El caso del turismo de mochila en La Gomera (Canarias): **Bart Duysens** / El papel de la mujer en la economía sumergida: **Ana Melis Maynar** / Reflexión sobre

la poco común producción de las pequeñas mujeres: **Lourdes Méndez** / Mujer y pesca: **Manuel Oliver Narbona** / Usos y costumbres de los aldeanos de la isla de La Palma: **Antonio Lemos y Smalley**. Introducción y notas de Manuel Hernández González / Recensión de Las fiestas populares canarias, (Alberto Galván Tudeia): **Joan Prat i Carós**.



MUSEO ARQUEOLOGICO Y ETNOGRAFICO

DIRECCION Y COMITE DE REDACCION

Director

FERNANDO ESTEVEZ GONZALEZ

Director Adjunto

RAFAEL GONZALEZ ANTON

Secretario

JOSE PASCUAL FERNANDEZ

Vocales del Comité de Redacción

ALBERTO GALVAN TUDELA
AGUSTIN SANTANA TALAVERA

ANTONIO REYES AGUILAR
MARINA BARRETO VARGAS

Consejo asesor

WILLIAM CHRISTIAN
(Fellow McArthur Foundation)
UBALDO MARTINEZ VEIGA
(Univ. Autónoma de Madrid)

TERESA DEL VALLE MURGA
(Univ. del País Vasco)
ISIDORO MORENO NAVARRO
(Univ. de Sevilla)

JOAN PRAT I CAROS
(Univ. de Tarragona)

MARCIAL GONDAR
(Univ. de Santiago de Compostela)

SUSCRIPCIONES

Precio de cada número: 600 Ptas.

Suscripción anual (España): 1.200 Ptas.

Extranjero: 1.500 Ptas.

Diseño de cubierta:

JAIME H. VERA

© ACT / Cabildo de Tenerife

Fotomecánica, paginación e impresión:

El Productor S. A. Técnicas Gráficas
Barrio Nuevo de Ofra, 12. 38320 La Cuesta. Tenerife

Depósito Legal TF 807/89

MANUSCRITOS Y CORRESPONDENCIA

Los manuscritos enviados para su publicación deberán ser originales, a menos que hayan sido solicitados expresamente por el Consejo de Redacción. Se enviarán dos copias, a doble espacio en formato DIN A4. Las notas, con numeración árabe, se adjuntarán, en hoja aparte, al final del texto y antes de la bibliografía. Las referencias bibliográficas, que deberán contener todos los datos pertinentes para su localización, se listarán al final por orden alfabético, y sus citas en el texto deberán figurar entre paréntesis con indicación de la página. Ej. (Malinowski 1922: 45). Los originales pueden también remitirse mediante soporte magnético en diskettes para IBM PC, AT o compatibles, en formato ASCII o Wordperfect.

Se incluirá, asimismo, un resumen con un máximo de 150 palabras, al que seguirá una lista de cinco palabras-clave que definan el contenido del texto.

Las recensiones de los libros han de ser enviadas, asimismo, a doble espacio en formato DIN A4, y tendrán una extensión máxima de cinco páginas.

Para una más detallada información sobre estilo y características de los originales, ponerse en contacto con el Secretario del Consejo de Redacción, en el Museo Arqueológico y Etnográfico del Cabildo Insular de Tenerife, cuya dirección es la siguiente:

José Pascual Fernández – Revista Eres
Museo Arqueológico y Etnográfico
Cabildo Insular de Tenerife
Apartado 133
38080 Santa Cruz de Tenerife
España

ERES

«Eres» es un topónimo y una voz canaria que, en un sentido genérico, viene a significar «hoyo o poceta formado en las rocas impermeables del álveo de los barrancos, donde se acumula con el agua de lluvia arena fina y limpia. Cuando se quiere extraer el agua se forma un pequeño hoyo en la arena, hasta que aparece el agua, dejando sentar el cieno se clarifica y sacada la necesaria la vuelve a cubrir el hoyo para evitar la evaporación de la que queda», tal como han recogido y analizado los investigadores J. Álvarez Delgado y D. Wölfel (ver Wölfel, Dominik «Monumenta Linguae Canariae», p. 511).

Hemos escogido este término porque creemos que resume metafóricamente el sentido de la revista, que pretende ahondar y clarificar el acervo cultural de las islas, a través de estudios serios y rigurosos, tanto a partir de documentos históricos, arqueológicos o etnográficos, como de la investigación puntera más actual. Para ello ha de profundizar más allá de las cosas que se contemplan a primera vista, penetrando en la realidad como lo hacían nuestros antepasados para buscar el agua necesaria para su sustento.

ÍNDICE

SIDNEY W. MINTZ	
El doble significado de las plantaciones en la historia mundial	99
ANTONIO REYES AGUILAR	
La Comunidad de Regantes y la tierra en Hermigua (Gomera, Canarias)	107
BART DUYSSENS	
Turismo, ocio y cultura juvenil: El caso del turismo de mochila en La Gomera (Canarias)	115
ANA MELIS MAYNAR	
El papel de la mujer en la economía sumergida	127
LOURDES MÉNDEZ	
Reflexión sobre la poco común producción de las pequeñas mujeres	141
MANUEL OLIVER NARBONA	
Mujer y pesca	151

DOCUMENTOS

ANTONIO LEMOS Y SMALLEY	
Usos y costumbres de los aldeanos de la isla de La Palma. Introducción y notas de Manuel Hernández González	161

RECENSIONES

JOAN PRAT I CARÓS. Recensión de <i>Las fiestas populares canarias</i> , (Alberto Galván Tudela)	177
--	-----

EL DOBLE SIGNIFICADO DE LAS PLANTACIONES EN LA HISTORIA MUNDIAL

SIDNEY W. MINTZ

John's Hopkins University

Uno de los primeros estudiosos en criticar acertadamente la teoría climática de los orígenes y naturaleza de esa importante forma agro-social de grandes propiedades que es la plantación, fue el sociólogo norteamericano Edgar T. Thompson. En su tesis doctoral, escrita hace más de medio siglo (Thompson 1932), deja claro que, desde el punto de vista de su distribución, las plantaciones no estuvieron restringidas a una única zona medioambiental. Estas grandes empresas agrícolas, que generalmente comenzaron como instituciones fronterizas, o como aventuras colonizadoras, pudieron florecer en el sur de Africa, en la región Báltica o en cualquier área templada tanto como en los trópicos o los subtrópicos. Como una forma agraria moderna, fue su papel en la evolución de la política económica de Europa — y no las cuestiones relativas al tipo de suelo, cantidad de lluvia, fisiografía o vegetación características de su localización — lo que dio a las plantaciones su especial importancia.

A pesar de esto, es fácil entender, sin embargo, por qué a los primeros investigadores les atrajo la idea de alguna causa o relación medioambiental invariante entre la plantación y los trópicos. Muchos de los principales productos tropicales estuvieron, y aun lo están, asociados a la forma de plantación. Muchas de las plantaciones se establecieron en regiones tropicales o subtropicales durante el auge del colonialismo europeo. Muchos productos, desconocidos o escasamente conocidos con anterioridad, llegaron a formar parte de la vida europea en ese periodo. Tan estrechamente ligados estuvieron, en el pensamiento cotidiano, la propiedad tropical y productos como plátanos, café y algodón, que la existencia de una asociación natural o inevitable entre los trópicos y la plantación debió parecer algo de sentido común.

Si bien nosotros reconocemos hoy esta falacia, necesitamos preguntarnos por qué, en un primer momento, se le escapó al ojo crítico de otros que eran, ciertamente, tan inteligentes como nosotros. ¿Cual es la conexión entre productos específicos de cultivo y la forma de plantación; por qué su nexo supuestamente inevitable con los trópicos? Antes que nada, por supuesto, es bastante elemental la cuestión de los

límites de los cultivos de cada tipo de cosechas. Tomemos como ejemplo la caña de azúcar. Fue la expansión islámica a través del Magreb, hacia el sur hasta tan lejos como las fronteras actuales más meridionales de Marruecos, y hacia el norte al menos hasta la región española de Andalucía, la que introdujo el cultivo de la caña en Europa. Con sus variadas técnicas, y especialmente con su brillante uso de la irrigación, los árabes fueron capaces de expandir el cultivo de la caña de azúcar más allá de los que eran hasta entonces sus límites geográficos. Habiendo verificado la resistencia máxima tanto al frío como a la sequía de las variedades de caña que conocían, los árabes ampliaron sustancialmente nuestro conocimiento científico de esta planta poco común. Pero en la misma medida en que la irrigación, basada en estos conocimientos científicos, extendió el alcance del cultivo de la caña — tal como aún se hacía comercialmente en una pequeña porción de sur de España cerca de Motril (Deer 1949: 81-82) — la difusión y subsecuente desarrollo de diferentes variedades se propagaría posteriormente más allá de aquellos límites. Aquí el medioambiente se presenta de forma crítica, particularmente en el caso de una planta económica tan intensamente sujeta a riesgos de desecación, fermentación y otras pérdidas. Pero el desarrollo de la ciencia ha demostrado cómo el dominio técnico puede transformar el medioambiente, y a veces incluso el carácter de la planta misma.

Seguramente fue debido a esta comprensión del papel de la tecnología lo que llevó a Julian H. Steward, en su formulación de la teoría de la ecología cultural, a ver siempre la relación entre medioambiente y la *capacidad técnica* como la clave para explicar el rango de las posibilidades de la variación sociopolítica (Steward 1957). En el caso de una planta tan sensible a la climatología como la caña de azúcar, el significado posible del perfeccionamiento técnico es amplio, incluso aunque la naturaleza misma de la planta siempre ha planteado difíciles problemas a los especialistas.

Hasta cerca de mediados del siglo XVIII, cuando Marggraf fue capaz de extraer sucrosa de la remolacha, no se pudo dar por seguro su expectativa de que ésta se convirtiera en una fuente de sucrosa comercialmente viable sustitutiva de la caña de azúcar. Hicieron falta otras cuatro décadas, tecnología especial y ventajas económicas inspiradas políticamente (en gran medida debidas a Napoleón y a las circunstancias de la guerra) para que esa expectativa llegara a cumplirse. Pero cuando efectivamente ocurrió — cuando el cultivo de azúcar de remolacha llegó a constituir una alternativa real al cultivo de caña de azúcar — el aparentemente eterno nexo entre un determinado tipo de plantación y los trópicos se alteró de un modo permanente. Como han dicho Timoshenko y Swerling, el desarrollo de la industria europea de azúcar de remolacha en el siglo XIX fue «el primer ejemplo del mercado de un importante producto tropical que comenzó a ser erosionado seriamente por la aplicación de métodos científicos modernos en países relativamente avanzados» (Timoshenko and Swerling 1957:235). Tal como nos ha mostrado Hegelberg — de forma notable y elegante de acuerdo con la crítica original de Thompson de la teoría climática — los inicios de la industria de azúcar de remolacha estuvieron asociados con la colonización de regiones económicamente subdesarrolladas tales como la provincia polaca de Poznan en el último cuarto del pasado siglo y con el masivo movimiento interestatal de trabajadores emigrantes (Hegel-

berg 1976:48; n.6). No es sorprendente la degradación de ese trabajo rutinario en una extensión limitada ni las deprimentes condiciones de trabajo, usualmente asociadas con la plantación tropical. Es como si al menos la industria europea del azúcar de remolacha hubiera recapitulado, en cierta manera, a partir de las primeras experiencias de la caña de azúcar, haciendo un paralelismo entre la caña y los trópicos, pero ahora procediendo a liberar la sucrosa técnicamente, hasta el punto de poder explotarla en un área climática distinta, en una época diferente de la historia mundial. Quizás haya algo de naturaleza moral en todo esto.

La verdadera naturaleza de la planta de caña de azúcar ejerció un considerable efecto sobre las condiciones bajo las que podía ser beneficiosamente cultivada y procesada. Cuando la caña está madura hay que cortarla casi inmediatamente, ya que ese es el momento de máximo contenido en sucrosa. Una vez cortada, debe ser echada al terreno o su contenido de sucrosa descenderá rápidamente y se malogrará. Hecho esto, por esa misma razón, el jugo ha de ser convertido en azúcar cristalino. En resumen, la caña de azúcar ha sido siempre un cultivo «consciente del tiempo». Debido al factor tiempo, sencillamente no hay forma de separar las actividades del campo y la factoría sin algún significativo centro de control o coordinación. La estrecha conexión entre campo y molino es, por tanto, funcional. No es extraño que una tal disciplina tipificara tan decisivamente las operaciones en las plantaciones de caña de azúcar, a la luz de las demandas de tiempo que la caña impone a sus productores. Pero por supuesto, el cuadro mundial cambió tremendamente — y probablemente de forma irreversible — una vez que el azúcar de remolacha se convirtió en una alternativa comercial.

Este simple ejemplo histórico nos hace ver que no debemos imputar a las circunstancias medioambientales un poder permanente e inmutable, inalterable por el dominio técnico. La historia de la agricultura mundial, particularmente durante el pasado siglo, está llena de sorpresas que fueron posibles gracias al avance técnico. Al mismo tiempo, los mercados para productos de plantación específicos se han convertido en mucho menos seguros de lo que cabría haber supuesto, como lo demuestra dolorosamente la reciente historia de la caña de azúcar. Quiero dirigirme hacia esa historia, pero también articularla en el contexto de sus primeros acontecimientos. Nuestra comprensión del significado de la plantación en la historia mundial se verá muy ampliado, en mi opinión, si somos capaces de unir producción y consumo, para así observar estos procesos recíprocos como parte de un único sistema.

Los prototipos de las plantaciones en el Nuevo Mundo fueron, por supuesto, las fincas de caña de azúcar del este del Mediterráneo y las «islas atlánticas» (las Islas Canarias, São Tomé, etc.), tal como los ingleses las denominaron. Estas, y la mayoría de las plantaciones que se desarrollaron después de ellas, produjeron alimentos o ingredientes alimenticios, salvando las excepciones del tabaco, algodón y añil. Azúcar, café, chocolate (y en Asia el té) fueron todos productos de plantación que, al principio, eran raros y costosos. En Occidente fueron considerados durante siglos como especias y medicinas más que como alimentos. En un reciente libro (Mintz 1985), he intentado poner de relieve el papel cambiante de uno de estos productos, el azúcar, en el caso de Gran Bretaña durante el periodo entre 1650 y 1850. Aquí únicamente presentaré un esbozo de unas cuantas características de su consumo.

Antes de la época de la plantación, sería difícil pretender encontrar en el registro histórico cualquier movimiento significativo de un alimento *básico* desde un área del mundo a otra. Ciertamente, mercancías raras y preciosas viajaron grandes distancias, y lo hicieron durante milenios, pero no un alimento básico. Esto es tan válido para Gran Bretaña como para cualquier otra parte del mundo. En general la dieta europea durante los siglos XIII y XIV fue poco abundante e inadecuada en relación con la mayor parte de las necesidades de la gente, situación que compartía con otras áreas del mundo — áreas a las que hoy frecuentemente vemos como indudablemente más atrasadas que Europa en ese tiempo —. Quiero extenderme un poco en esta afirmación.

La historia de la nutrición mundial desde la domesticación de las plantas y animales ha sido la historia de la localización y estabilización de la subsistencia alrededor de uno o dos carbohidratos complejos. Hay muchos casos diferentes que son ilustrativos. Sería suficiente mencionar el arroz y el mijo para el Lejano Oriente, el trigo y el alforfón para Oriente Medio, y el maíz para Centro América. Por encima de todo, encontramos la nutrición básica construida sobre la base de uno o dos de estos cultivos, por lo general granos, a excepción de la papa, batata, taro, mandioca y ñame. Cada uno de estos particulares cultivos define, en efecto, lo que es «la comida» para cada grupo de gentes. En las áreas donde se consumían féculas de este tipo, el elemento central de lo que se ingiere es comúnmente percibido como equivalente a la comida misma. Una cultura basada en el consumo de trigo piensa que trigo es la «comida»; una basada en la papa piensa que la papa es la «comida»; una basada en el arroz piensa que el arroz es la «comida»; y todas esas gentes sienten como que ellos no han comido realmente, a pesar de que hayan podido comer otras cosas, sin que se haya servido un carbohidrato complejo, familiar en tanto que culturalmente definido.

Pero este «centro» nutritivo feculento está siempre rodeado por una amplia «periferia» de otros elementos, considerados cada uno a su medida tan vitales como la fécula central. Mientras la fécula puede o no tener un sabor fuerte, es vista conceptualmente como un núcleo o base sobre la que el sabor es construido, y sin el cual el núcleo no puede ser continuamente placentero. El área de sabor circundante, cuyo núcleo es la fécula, parece tener más relación con las ramas del sabor que con el núcleo. Sus ingredientes pueden ser agrios o salados, amargos o dulces; pueden ser líquidos o sólidos, cocidos o crudos, verdes o podridos. Pueden quemar la lengua como la pimienta roja, o enfriarla como el pepino; pueden hacer estornudar o sonrojar la piel, arrugar los labios, hacer saltar lágrimas a los ojos o causar tos. Pueden ser grasientos o húmedos, fríos o calientes. Después de todo, todos ellos contrastan con el carbohidrato complejo — el arroz, la papa o cualquier otro — y cada cultura tiene alguna forma familiar de decir que esos elementos periféricos facilitan la ingestión de «la comida» (Richards 1939:46-49).

Estas dos características, el centro feculento y la periferia de sabor de contraste, están relacionadas con la más amplia tensión básica sobre algunas legumbres ricas en proteínas, como las judías, frijoles, garbanzos, soja o cacahuetes, que son particularmente vitales cuando las proteínas animales son escasas, y que en inglés son comúnmente denominadas con la significativa frase de «carne de los pobres». Las legumbres constituyen un tercer elemento esencial al que yo me he referido en otro

lugar como el «patrón de núcleo-márgenes-legumbres» — «CFLP» (core-fringe-legume pattern) —. Creo que esto representa en términos generales el patrón de alimentación post-agrícola universal de la mayoría de la humanidad durante los últimos doce mil años.

En mi opinión, con la revolución de la plantación se efectuó por primera vez un cambio significativo de grandes poblaciones hacia fuera del CFLP. Fue, entonces, a medida que en Europa Occidental importantes contingentes de población comenzaron a consumir productos alimenticios de plantación traídos a través de grandes distancias, cuando el antiguo y estable CFLP empezó a resquebrajarse. Este cambio está claramente demostrado en el caso de Europa, especialmente en el Reino Unido desde cerca de 1700 en adelante. Pero no fue ni una transición de la noche a la mañana, ni se la puede describir en unas pocas frases. Permítaseme citar aquí sólo que esto implicó, entre otras cosas, un progresivo incremento en el consumo de ciertas importaciones, como las bebidas estimulantes —te, café y chocolate— servidas calientes y desde el principio (casi como una innovación) fuertemente azucaradas.

A esto siguieron una serie de pasos adicionales como el que la sucrosa llegó a ser más abundante y barata, la adición de melaza a los pudines y a las gachas del desayuno, la sustitución del pan casero por el de panadería y de la mantequilla por mermelada, el crecimiento del consumo de productos de repostería y, en las últimas etapas, la introducción de la leche condensada, mermeladas de frutas baratas y dulces.

El compendio de este proceso global, mediante el cual la relación entre el carbohidrato complejo central y la periferia del sabor se rompió, lo constituye el té, tanto como una específica bebida estimulante como por los complejos rituales contruidos a su alrededor. En este sentido, la reelaboración de los patrones de consumo alimenticios ingleses estuvo marcada por un cambio dramático. Después de un incremento en *veinte veces* del consumo de azúcar aproximadamente entre 1665 y 1775, y un parecido e igualmente impresionante incremento en el siguiente siglo, fue aún posible elevar el consumo per capita en un 500% en el periodo 1840-1940.

He intentado en otro lugar realizar una descripción más detallada de este proceso y de los cambios de usos y significados de la sucrosa durante el mismo. Al principio una medicina, una especia, un conservante, el azúcar llegó finalmente a convertirse en un edulcorante y un alimento, reteniendo algunos de sus primeros usos decorativos y perdiendo otros. Es suficiente decir que un producto previamente desconocido, primero un lujo de la realeza y de los muy ricos, se transformó en algo ordinario, en una necesidad cotidiana tan pronto como la gente tuvo conciencia de ella.

El azúcar perdió su inmensa potencia como símbolo, transformándose en uno de los primeros productos extranjeros en perder su status de juguete atesorado por nobles y ricos para convertirse en un alimento para los plebeyos y proletarios. En ese proceso, el azúcar también se constituyó en la base para la acumulación de una inmensa riqueza para los comerciantes de esclavos, los plantadores, las clases mercantiles británicas y, por medio de tasas e impuestos, para el Estado y sus servidores. Junto al té, el alcohol y el tabaco, el azúcar llegó a ser rápidamente uno

de los principales sostenes del gobierno. Como producto líder de los primeros experimentos en ultramar del capitalismo agrícola, de las plantaciones tropicales, — describiendo a éstas de una forma que no todos los lectores aceptarán fácilmente —, el azúcar constituyó una conexión material firme entre las colonias y las metrópolis. Su producción ocasionó una fuerte inversión en el tráfico de esclavos, comercio del metal, textil, transporte, etc. A cambio de azúcar, y por supuesto de melaza y ron, las metrópolis enviaron a las colonias maderas y comestibles, maquinaria y ropa, loza e instrumentos de tortura, de tal modo que los dos grandes grupos emergentes de trabajadores, los proletarios en casa y los esclavos en las colonias, estuvieron íntimamente ligados por sus recíprocas producciones y consumo. Su relación pudo proporcionar sustanciales ahorros, cuando no beneficios, al capitalismo británico; los mismos productos de plantación llegaron a ser cada día más cotidianos en las cocinas británicas populares.

La historia del consumo de azúcar, como la de cualquier otro producto de plantación básico que se haya transformado en una necesidad cotidiana, es la historia, entonces, de la *resimbolización* de una sustancia y de su incorporación en la cultura y la vida de las clases trabajadoras. Las fuerzas que hicieron posible ese proceso, los medios empleados por los plantadores y comerciantes, transportistas y agentes comisionados, médicos, burócratas y economistas políticos para estimular tanto la producción de azúcar como su consumo, crearon las condiciones básicas bajo las cuáles un nuevo tejido de significados pudo llegar a imponerse. Para hacerlo se requiere el ejercicio del poder, económico, político, social y aún, de poder psicológico. A partir de aquí, la convencionalización gradual y la transformación en cotidiano, del consumo de los productos de plantación, tanto como los cambios concomitantes o previos en los significados de ese consumo, es también el estudio de la naturaleza de un nuevo tipo de poder: cómo el consumo es reorganizado por fuerzas externas.

No puedo intentar demostrar aquí una afirmación tan rotunda. Para hacerlo debería subrayar los cambios en el trabajo diario en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando estos productos de plantación, a los que me he referido en otro lugar como «alimentos droga» — café, té, chocolate, tabaco, ron y, sobre todo, azúcar — llegaron a ser ubicuos en los gustos británicos (Mintz 1966). Pero quizás sea suficiente con observar que estos fueron los primeros alimentos de «ruptura» o receso en el trabajo en la era industrial o, para decirlo con una frase moderna, las primeras «pausa para refrescar». En tanto que estimulantes que proporcionaron calorías y cafeína (o, en el caso del tabaco, una supresión del hambre) y poco más a sus consumidores, lubricaron la transición de una forma de vida rural y agrícola a otra urbana e industrial. Dicho en otros términos, la plantación fue una puerta al mundo moderno ya que las sustancias que ellas producían en grandes cantidades — principalmente con trabajo esclavo, lo que las hacía, de esa manera, suficientemente baratas para ser disfrutadas por cualquier persona libre de Occidente — fueron un presagio del porvenir, de un mundo donde la gente podría comer «sobre la marcha», mientras ostensiblemente hacían otras cosas incluso más placenteras que comer, y de ese modo conseguir «llegar a ser mejores» consumiendo más.

Concebidas durante mucho tiempo en términos de su status colonial más que en términos de sus consecuencias en casa; Concebidas durante mucho tiempo en términos del dinero que ellas produjeron más que en términos de los usos concretos de sus productos, las plantaciones fueron una fuerza en la reedificación del mundo, contribuyendo a darle un diseño y un ritmo que aún hoy no hemos comprendido totalmente. La primera taza de té caliente y muy azucarado bebida por un trabajador británico fue un signo dramático del nacimiento de un nuevo tipo mundo. ¡Desde cuán lejos han tenido que venir ese té y ese azúcar, y cuán duro han tenido que trabajar los trabajadores agrícolas rurales para dar a luz ese nuevo mundo!

Traducción: Fernando Estévez

BIBLIOGRAFIA

- Deerr, N. 1949. *The History of Sugar*. Vol. I. London: Chapman and Hall.
- Hagelberg, G. 1976. *Outline of the World Sugar Economy*. Forschungsbericht 3. Berlin: Institut für Zuckerindustrie.
- Mintz, S. 1966. The Caribbean as a sociocultural area. *Cahiers d'histoire mondiale* IX (4): 916-941.
1985. *Sweetness and Power*. New York: Viking-Penguin.
- Richards, A. 1939. *Land, Labour and Diet in Northern Rhodesia*. London: Geo. Routledge & Sons.
- Steward, J. H. 1955. *Theory of Cultural Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. Urbana: University of Illinois Press.
- Thompson, E. T. 1932. *The plantation*. Chicago: University of Chicago Libraries (private printing).
- Timoshenko, V. and B. Swerling. 1957. *The World's Sugar: Progress and Policy*. Stanford, CA: Stanford University Press.

LA COMUNIDAD DE REGANTES Y LA TIERRA EN HERMIGUA (GOMERA, CANARIAS).

ANTONIO REYES AGUILAR

Laboratorio de Antropología Social. Universidad de La Laguna.

La respuesta que obtuvimos en Hermigua de un miembro directivo de la Comunidad de Regantes cuando le preguntamos por las razones que llevaron a la constitución de ésta, fué la siguiente: «Para evitar los problemas de riego que creaba el sistema de riego por “dulas” en épocas de sequía fundamentalmente, se decidió constituir la Comunidad de Regantes del Valle Bajo, que comprendía las aguas del barranco de Liria».

De esta explicación parece deducirse que el sistema de riego por “turno” evitaba dichos problemas en la medida en que la constitución de la Comunidad y este sistema de riego fueron paralelos.

Por lo tanto, el agua no era un recurso escaso en sí, sino que dependía de la forma en que se usaba y aprovechaba para serlo o no. Esto es, el sistema de riego por “dulas” convertía a este recurso en escaso para las tierras en regadío en 1916.

También, este informante se refería a un fenómeno climatológico: la sequía. Pero como dice Nathan Cohen: «Los fenómenos climatológicos son reversibles y reiterados; no pueden explicar la aparición única de un acontecimiento o de un proceso que ha dado muestra de muy poca tendencia a la reversión» (Cohen 1981:22).

Como es sabido, Nathan Cohen se refiere, aquí concretamente, a la aparición de la agricultura, pero nosotros creemos que la implantación del plátano unos años antes de 1916 en Hermigua, fue un fenómeno completamente nuevo para esta localidad, aunque fuese un cultivo que sustituía a otro. Con él se inició un proceso nuevo acompañado del cambio de riego y la constitución de la Comunidad de Regantes, y que ha dado muestra de poca tendencia a la reversión. Queremos decir que ni el cambio de riego ni la constitución de la Comunidad obedecieron a las sequías a que se refiere el informante, sino que la necesidad de ambos la condicionó el plátano.

Si el cambio del sistema de riego satisfacía las necesidades de agua del nuevo cultivo, entonces la escasez de ésta no la provocaba un fenómeno natural como la

sequía, sino cultural. Bastaba adaptar los nuevos comportamientos al entorno para que esta escasez dejase de ser tal.

Si el agua dejó de ser un factor escaso con el nuevo sistema de riego, por “turno”, pudo ocurrir que ésta fuese limitante para la extensión de las tierras cultivadas. Pero esto hubiese sido cierto si éstas se hubiesen mantenido constantes desde 1916 hasta ahora; sin embargo, nosotros creemos que no llegó a ser tampoco limitante, ya que aumentó progresivamente la superficie de tierras de cultivo, desde 1916 hasta 1950.

Por tanto, en Hermigua, la adaptación de nuevos comportamientos al entorno, tras la aparición del plátano, logró que el agua, de ser un elemento natural escaso en 1916, pasase a ser limitante en torno a 1950; fecha esta última en que se alcanza el máximo de superficie cultivada.

Aunque la Comunidad de Regantes del Valle Bajo se constituye en 1916, disponiendo de las aguas del barranco de Liria, sin embargo creemos que las tierras de riego que la integraban no permanecen siendo las mismas desde 1916 hasta 1941, en que se unifica el riego en todo el Valle.

El plátano, cuando va sustituyendo al tomate en esta localidad, no lo hace directamente en las tierras donde este último tenía mejor disposición para la producción, sino en aquellas donde el tomate era menos productivo. Antes de la llegada del plátano, el tomate estaba ubicado por debajo de los 300m., lo que no quiere decir que aunque éste ocupara la misma franja altimétrica del plátano, en un ecosistema como el de Hermigua, esta franja sea en toda su dimensión ideal para el desarrollo del tomate.

Una de las razones esgrimidas por los agricultores del lugar, para que en Hermigua el plátano sustituyera al tomate, fué la de que la humedad era mala para el tomate porque lo “reventaba”. Evidentemente que no pudo ser ésta la única razón para sustituir un cultivo por otro, pero si una de las razones para que el plátano fuese ocupando la franja altimétrica entre 0 y 300 m., no de abajo a arriba, sino en aquellos lugares en los que el tomate fuese más afectado por la humedad. Estos lugares no podían ser los más cercanos al mar, sino las cotas intermedias entre 0 y 300 m., del lateral que ha venido siendo ocupado por los cultivos y del fondo del cauce central del Valle. Estas cotas son menos inadecuadas para el plátano que para el tomate.

En el primer caso, el lateral ocupado por los cultivos, entre las cotas 100 y 200 m., comienza el barranco de Liria, esto es, las tierras y aguas con las que se constituye la Comunidad de Regantes del Valle Bajo en 1916. Por tanto, si es aquí donde el sistema de riego por “turno” comienza y se constituye la Comunidad de Regantes, es que, en esta zona, es donde empieza a implantarse el cultivo del plátano. Aquí coinciden todas las condiciones para ello: altimetría media de la franja 0-300m., lateral izquierdo del Valle ocupado por cultivos, cambio de riego y constitución de la Comunidad de Regantes.

En el segundo caso, el fondo del cauce central del Valle en estas mismas cotas, no pertenece al barranco de Liria sino al de Monteforte. Con el sistema de riego por “dulas”, por discurrir este último barranco a través de tierras del Valle Bajo y Valle Alto y por llevar un caudal continuo de agua, servía de regulador entre cada una de las mitades, distribuyendo la mitad para cada una de ellas. Si esta división

en mitades está aproximadamente en la cota de 200m., la mitad del agua correspondía al Valle Bajo. Esto nos lleva a pensar que estas tierras, al ser ocupadas por el plátano se integran en la Comunidad de Regantes del Valle Bajo, si no en 1916, si antes de 1941 que fue la fecha en que se unificó el sistema de riego en todo el Valle.

Para resumir diremos que, a medida que el plátano iba ubicándose en todas las tierras del barranco de Liria y en las pertenecientes al barranco de Monteforte, en su mitad del Valle Bajo, estas tierras se iban regando mediante el sistema de riego por "turno". A esto es a lo que nos referíamos cuando anteriormente dijimos que las tierras que constituían la Comunidad de Regantes del Valle Bajo, no permanecieron siendo las mismas desde 1916 hasta 1941, en que se constituye la Comunidad de Regantes de Hermigua y se unifica el riego en todo el Valle.

Como antes de 1941 todo el tomate dejó lugar al plátano, los problemas de escasez de agua a que hacía referencia el informante se hubiesen agudizado en todo el Valle Bajo. Desde esa fecha a la actualidad no ha variado el tipo de cultivo, y esto supone que el 96% de éstos en el Valle Bajo son plátanos. Por este dominio del cultivo del plátano, necesariamente se tuvo que variar el sistema de riego, regarse por "turno" todo el plátano del Valle Bajo y no sólo el del barranco de Liria.

Por otra parte, el término Valle Bajo se utiliza para designar a todas las tierras del Valle que están situadas aproximadamente por debajo de la cota 200 m. Esto también nos hace suponer que las tierras aquí situadas se fueron uniendo a la Comunidad de Regantes constituida en 1916, y regadas mediante el sistema de riego por "turno".

Las ventajas que suponían que estas tierras del Valle Bajo se constituyesen en Comunidad de Regantes y se regasen por el sistema de "turno", eran considerablemente superiores al permanecer sin Comunidad y con el antiguo sistema de "dulas". El entorno natural y la Ley de Aguas de 1879 se las proporcionaban.

Regando por turno riguroso se evitaban las pérdidas de agua por desplazamiento de las mismas; pero lo más importante era aprovechar los "escurres" o escorrentías, embalsándolas y regulando su distribución.

La fuerte verticalidad en el lateral ocupado por los cultivos, a veces hasta más del 50% de desnivel, llevaba a lograr la horizontalidad mediante el abancalamiento. Pero este abancalamiento, al no tener demasiada profundidad las tierras de las parcelas logradas, por dificultades de la misma verticalidad, hacía que las aguas fuesen aflorando en los alrededores de las parcelas inmediatamente inferiores, y así sucesivamente de arriba a abajo. Luego, estas aguas de "escurres" eran desviadas a las cañadas y proseguían su curso descendente hasta los "tanques" reguladores que las recogían a diferentes altitudes, distribuidos por todo el Valle Bajo fundamentalmente.

Estos "tanques" volvían de nuevo a distribuir el agua a las parcelas de altitudes inferiores a ellos y así se lograba una continuidad desde las cotas más altas hasta las más bajas. Pero la posibilidad de la aparición de éstos "tanques" estaba en la existencia de la Comunidad de Regantes, y no en la explotación individualizada que significaba el riego por "dulas". En este tipo de riego no se podía retener el agua, sino que tenía que discurrir por sus cauces naturales. En cambio, constituyendo una Comunidad de Regantes, ésta se consideraba empresa concesionaria de las aguas

públicas y por tanto podía embalsar el agua que correspondía al conjunto de las tierras de los propietarios que la componían.

El artículo 233 de la Ley de Aguas de 1879 dice: «Todos los gastos hechos por una Comunidad para la construcción de presas y acequias, o para su reparación, conservación o limpieza, serán sufragados por los regantes en equitativa proporción». Aquí se reconoce la facultad, a las Comunidades de Regantes, para construir presas y acequias. Mientras que en el artículo 177 dice: «Los dueños de predios lindantes con cauces públicos de caudal no continuo (...) pueden aprovechar en regadío las aguas que por ellos discurren y construir al efecto, sin necesidad de autorización, malecones de tierra y piedra suelta...». Es decir, a los particulares les era bastante difícil construir presas o «tanques» de obras, mientras que la Comunidad de Regantes estaba facultada para ello, al estar reconocida por el Ministerio de Fomento. En el caso de Hermigua fué aprobada dicha Comunidad por este Ministerio en 1916. Evidentemente que para construir una presa era necesario la autorización del Ministerio de Fomento, como dice el artículo 182 de esta misma Ley, pero no eran presas lo que se construían sino simples estanques; y para ello bastaba la autorización del Ayuntamiento correspondiente para hacerlos en terrenos públicos.

Y un particular, más que utilizar sus tierras para construir estanques, las disponía para plantar diferentes cultivos. Además, ya lo hacía inviable el sistema de riego por «dulas». Como se ve, son las Comunidades de Regantes las que tienen facultad y capacidad de embalsar agua.

El sistema de riego por «turno», con distribución del agua por orden riguroso con sujeción a la tierra, y la verticalidad del entorno sobre el cual se asentaban los bancales pocos profundos, provocaban permanentes escorrentías o «escurres» que, por surgencias, aparecían en las cotas inferiores, y que eran canalizados hacia los estanques reguladores y realimentadores del caudal hídrico.

Otra prueba de que no sólo en el barranco de Liria, desde 1916 hasta 1941, sus tierras y sus aguas eran las únicas que integraban las Comunidad de Regantes del Valle Bajo es la distribución de los estanques reguladores. De trece de ellos, nueve están situados y sirven para regar todo el Valle Bajo. Algunos han sido construidos después de 1941, pero la mayoría fueron anteriores. También hay que añadir que entre 1916 y 1950 aumentaron las tierras dedicadas al cultivo de regadío.

El aumento poblacional en el periodo 1900-1940 es constante, como dice Eugenio Burriel «El ejemplo de la Gomera es especialmente ilustrativo: durante treinta años, de 1901 a 1930, su población experimentó un crecimiento muy fuerte en virtud de fuertes saldos vegetativos en una coyuntura agraria buena (casi dobló sus habitantes entre 1901-1940); su ritmo fué similar al de las dos islas principales» Burriel 1976:24

Efectivamente, Hermigua fue de los municipios que dobló su población en este periodo intercensal de 1900-1940. De 2868 pasó a 5824 habitantes. Y como dice ECOPLAN: «Teniendo en cuenta que en el momento de máxima expansión poblacional se ocupó en conjunto el 15% del territorio insular (en torno a 56 km²), las densidades medias de población en la superficie utilizada eran altísimas. En 1940 la densidad media de población por km² de suelo utilizado era de 510 habitantes. Si además consideramos el hecho de la escasa población del sur y la gran importan-

cia de los cultivos extensivos en esa vertiente, las densidades del norte de la isla, y en general, de los barrancos habitados debían ser auténticamente agobiantes» (ECOPLAN 1984).

La única actividad productiva hasta 1960 no era otra que la agraria. Por tanto, esta población no podía ocuparse en otra actividad que no fuese la agrícola. Pero no sólo a las actividades de laboreo, siembras, cuidados y recogidas de las cosechas, sino también en procurar nuevas tierras para el cultivo. Aunque no hayan datos anteriores, en 1962 Hermigua tenía una tasa de explotaciones por cada 1000 habitantes de 201; superior al resto de las localidades de la isla.

Esta tasa se consiguió mediante el aumento de la superficie cultivada en explotaciones "sin tierras". Esto es, mediante el abancalamiento. Así, EDES dice al respecto: «Excluyendo la isla de Tenerife, se observa que en las explotaciones "sin tierra" La Gomera tienen un predominio notable frente a los valores relativos de las otras islas, alcanzando el 6'8% del total provincial». (EDES 1970, cap. 3, pag. 2). Y es Hermigua quien mayor número de explotaciones "sin tierra" tiene en la isla en 1962.

MUNICIPIOS	TASA DE EXPLOTACIONES POR MIL HABITANTES (1962)
Agulo	195
Alajero	144
Hermigua	201
San Sebastián	105
Vallehermoso	182
Valle Gran Rey	197
Media insular	165

Fuente: Consejería de Agricultura del Gobierno Autónomo Canario

MUNICIPIO	EXPLOTACIONES SIN TIERRA (1962)
Agulo	2
Alajero	19
Hermigua	59
San Sebastian	33
Vallehermoso	17
Valle Gran Rey	18
Total Isla	148

Fuente: I Censo Agrario de España (1962).

También cabe destacar que Hermigua tenía una superficie censada que representaba, en 1962, el 28% del total de la isla en superficie agrícola, porcentaje que indica un gran desarrollo de esta actividad.

Y por último, la evolución de la superficie de plátanos de la isla nos muestra que hasta 1950 creció, para descender a partir de esta fecha.

EVOLUCION DE LA SUPERFICIE DE PLATANOS EN HAS. (LA GOMERA)

1940	1950	1965	1980
197	492	390	380

Fuente: W. Rodriguez: *La agricultura de exportación en Canarias 1940-1980*.

Hermigua es la localidad que mayor superficie dedicada al plátano ha tenido desde principios de siglo hasta la actualidad.

Por esto, lo que nos estaba transmitiendo el informante, dando como razón la sequía para constituir la Comunidad de Regantes y cambiar el sistema de riego, fué la explicación emic, no la explicación etic. Como se ha visto, el agua no era escasa; era inadecuado el sistema de riego para el nuevo cultivo. Con el nuevo sistema de riego la superficie cultivada aumentó progresivamente hasta 1950, por lo que era un fenómeno cultural el que hacía escaso a un elemento natural como el agua. Este nuevo comportamiento con el agua a partir de 1916 es una respuesta de la estrategia adaptativa al entorno. Comportamiento que se adecúa y utiliza el medio, conformándose progresivamente y adquiriendo madurez a medida que transcurría el tiempo.

El entorno se fué progresivamente cubriendo de acequias y canales a lo largo y ancho del Valle. Las surgencias de "escurres", como fenómeno debido a la verticalidad y al abancalamiento, eran las que iban realimentando el caudal hídrico, aprovechándose mediante los estanques reguladores en una distribución altimétrica en función del cultivo del plátano.

Esta madurez, adquirida con el transcurso del tiempo, culmina en torno a 1950, donde el agua es ya un elemento limitante y el suelo escaso. No creemos que se pudiera obtener más suelo, a partir de esta fecha, como no fuera invadiendo las tierras ocupadas por las formaciones climácicas del fayal-brezal y laurisilva. El que este elemento natural, el agua, se convirtiera en limitante lo prueba el que sólo la máxima adecuación al entorno le permita regar mayor superficie de tierra que recursos hidráulicos tiene. Las 13058 fanegas/217has. se riegan con un tiempo de 15 minutos cada una y con un intervalo de 43 días; el resultado del consumo anual supone 1671 Dm³/año. Esto es, alrededor de 269 Dm³/año más de los recursos hídricos disponibles, ya que estos son, tanto los obtenidos por manantiales como por perforaciones, de alrededor de 1402 Dm³/año. Pero en la medida en que

además del plátano existen cultivos de horticultura, y que estos últimos consumen menos agua que los primeros, habría que considerar este déficit hídrico un poco menor. Pero aún así, siguen siendo demasiados $\text{Dm}^3/\text{año}$ de déficit para explicarlo sólo por el menor consumo de agua por parte de los cultivos de horticultura. El déficit, que hemos considerado en torno a $189 \text{ Dm}^3/\text{año}$, es el que se consigue aprovechando las surgencias en las catas intermedias y bajas, mediante su retención en los estanques reguladores.

Pero si, en torno a 1950, la superficie cultivada de plátanos era superior, el déficit que producía su nivel de consumo llegó a ser mayor. Nosotros consideramos que se llegó, durante estas fechas, a la adaptación máxima a las aguas disponibles, y por tanto, al máximo grado de madurez de la respuesta que supuso el riego por "turno".

La explicación de este sistema de riego por "turno", en cuanto a su desarrollo, nos la dieron de la siguiente forma los agricultores de Hermigua: «Si en las partes altas se riega con mucha frecuencia, en las partes bajas no se sufrirá escasez de agua». Esto parece una contradicción con lo dicho respecto a que este sistema de riego basculaba sobre el plátano, situado en las cotas bajas, sin embargo, no lo es. La estrategia no es que se rieguen las partes altas con el mismo caudal que las bajas, sino que se rieguen con el suficiente, siempre menor que las tierras bajas ocupadas por el plátano, para que, unido a la humedad ambiental, desprendan permanentemente "escurres" y se produzcan surgencias en las partes bajas. Por ejemplo, dos acequias que riegan las tierras más bajas del Valle, son las que más agua poseen, y las que más tierras riegan.

Esta situación del agua como recurso limitante no se tuvo en cuenta por parte de las autoridades insulares cuando decidieron, desde las cotas más altas intentar el trasvase de parte de las aguas de este Valle a las tierras de secano del sur de la isla. Para nosotros, esta solución era totalmente inadecuada para una situación que había conseguido un grupo humano asentado en Hermigua, tras años de ir adaptando la estrategia de riego a su entorno, y que se hallaba en su máximo grado de adaptación.

Y este error radicaba en apreciar que el agua era abundante por creer que ésta al discurrir por las cañadas y barrancos, no se utilizaba, cuando eran las de los "escurres", que percolaban lateralmente y por surgencias, las que estaban realimentando el caudal de todo el sistema.

Por otra parte, la toma de las aguas a trasvasar se iba a realizar en las partes altas del entorno, lo que a juicio de los agricultores era lo mismo que si dejasen sin riego a tierras de las zonas bajas; la consecuencia hubiese sido que el plátano empezaría a sufrir los efectos en forma de desabastecimiento y provocaría disminución en el rendimiento de esta planta.

La respuesta no se hizo demorar mucho, y la reacción negativa para tal proyecto se explicitó. Se argumentó la peligrosidad de un embalse en lo alto del casco urbano del Valle ante la debilidad del suelo donde se iba a construir.

Creemos que el agua, al ser un recurso limitante en torno a 1950, imposibilitaba, aún con una entidad como la Comunidad de Regantes, el trasvase de aguas a las tierras del sur. El sistema hidráulico del Valle no podía extender su agricultura de regadío a una más amplia que la de su nicho ecológico. Por esto, en fechas inmediatamente posteriores, se elaboró el proyecto de construcción de un embalse en dicho

Valle. Este último estaba asentado sobre dos supuestos: primero, dar la razón a quienes se oponían al trasvase; segundo, adaptarse al máximo de superficie cultivada creaba la incertidumbre de una posibilidad de desabastecimiento de agua por alguna causa no controlable.

Además de todo esto, en el supuesto hipotético de que el agua se hubiese podido trasvasar, la composición de la Comunidad de Regantes del Valle de Hermigua hubiese sufrido modificaciones de todo orden, ya que las aguas a trasvasar hubiesen regado tierras donde la concentración de la propiedad era mayor que en dicho Valle, que se caracterizaba por una mayor uniformidad a pesar de sus diferencias internas.

BIBLIOGRAFÍA

- B. O. F. 1879 *Ley de Aguas*.
- Burriel, E. 1976. *La revolución de la población moderna en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife. Cabildo Insular.
- Cohen, M. N. 1981. *La crisis alimentaria de la prehistoria*. Madrid. Alinaza.
- Comunidad de Regantes de Hermigua, Gomera. 1962 *Ordenanzas*.
- ECOPLAN, 1988. *Ecoplán para la isla de La Gomera*. M. O. P. U. Madrid.
- EDES, 1970 *Proyecto de desarrollo integral de la isla de La Gomera*. Cabildo Insular de La Gomera.
- Rodríguez, W. 1984. *La agricultura de exportación en Canarias, 1940-1980*. Santa Cruz de Tenerife. Cabildo Insular.

TURISMO, OCIO Y CULTURA JUVENIL: EL CASO DEL TURISMO DE MOCHILA EN LA GOMERA (CANARIAS)

BART DUYSSENS

Universidad de Nijmegen (Holanda)

INTRODUCCION

Diciembre 1987: las gentes del norte establecieron, este año, un nuevo record en su emigración al sur en busca del sol. Las hordas turísticas siguieron sus impulsos casi instintivamente para conseguir sus objetivos recreacionales, las cuatro «S» —sol, mar, playa y satisfacción; en inglés sun, sea, sand, satisfaction—. La imagen de España del turista medio se ha caracterizado como «Ersatz-Andalusia», es decir, una España estereotipada como la Andalucía típica, a la que hay que añadir el encanto especial de las islas, asociadas a una mitología popular de vida natural. Hay aún algunas islas españolas que han permanecido al margen de las corrientes turísticas, en las que se ha desarrollado una subcultura con características diferenciales, un prototurismo que llega a convertirse en un turismo de masas cuando se dan las condiciones infraestructurales.

En 1983, realicé un trabajo de campo en una de las islas menores de Canarias, La Gomera —con una superficie de 378 km² y unos 22000 habitantes— en el municipio de Valle Gran Rey, uno de los destinos favoritos de un tipo de turismo «alternativo». De los diversos temas abordados en dicho trabajo (Emigración y turismo en La Gomera: historia e identidad de la isla colombina, 1985), el turismo aparece como uno de los más relevantes. Aquí trataré de las formas específicas del turismo en esta isla y de la problemática asociada con éste. Pero antes abordaré algunas cuestiones preliminares acerca del ocio, de la historia y de la sociología de la cultura juvenil.

Debido a su aislamiento, La Gomera ha permanecido al margen de los canales principales de la industria turística. La ausencia de aeropuerto ha impedido el desarrollo del turismo de masas; pero aún así, es posible hablar de un cierto «boom» turístico. Los extranjeros y las instituciones estatales han descubierto el potencial turístico de la isla y están estimulando a los empresarios gomeros. El turismo está en una etapa inicial, formando parte de una más general transformación ligada al

éxodo rural, que está modificando sustancialmente el modelo económico-social tradicional. El turismo es una industria «limpia» que reestructura la sociedad isleña y la incorpora progresivamente a la cultura de masas internacional. Aunque el turismo ha modificado lo que podemos denominar el «Mediterraneo expandido», la investigación antropológica de sus aspectos socioculturales está todavía en su infancia. Los esfuerzos de los investigadores en este terreno pueden ser sintetizados en los siguientes términos: por un lado, esbozar las dimensiones económicas, sociales y culturales de la sociedad rural tradicional y dibujar una imagen holista de la sociedad antes de la transición. Por otro, relacionar la dinámica de la sociedad anfitriona con el tipo de turismo específico que se desarrolla en este contexto. La idea de Boissevain (1974:19) que «el turismo y la emigración muestran la marginación creciente de las sociedades mediterráneas» fue la base para mi argumentación de que ese doble proceso de turismo y emigración aceleran la crisis de la sociedad rural, impulsándola hacia una integración progresiva —que no marginación— en las redes económicas, políticas y culturales extrainsulares. Veremos ahora el funcionamiento de una de ellas, mostrando la creciente interdependencia de la sociedad local respecto a las redes extrainsulares.

EMIGRANTES Y TURISTAS.

Los emigrantes forman parte de una comunidad de locales desplazados, desarraigados pero que todavía pertenecen a su «patria chica». A través de la emigración en cadena, muchos emulan a sus vecinos y cuando ellos vuelven actúan como agentes del cambio en el contexto local. Un resultado de la emigración de los «indianos» ha sido el nacimiento de la identidad étnica. En América, los canarios son denominados «isleños», diferenciándolos de los españoles, lo que ha supuesto la aparición de una solidaridad regional, que en la actualidad se ve respaldada por un estatuto de autonomía.

La evolución demográfica de La Gomera muestra una «brutal caída poblacional»; en 1940 la isla tenía unos 28600 habitantes, en 1980 únicamente viven en ella 17100. En este periodo 30000 personas emigraron (Burriel 1982).

Los turistas son emigrantes del ocio, extraños dentro de la sociedad anfitriona: a veces como parias, a veces como una élite. Ambos grupos, es decir, los emigrantes y los turistas están en una situación intermedia en la sociedad receptora, como dos grupos liminales que actúan en la transformación de la sociedad isleña en su totalidad, redefiniendo su identidad y expandiendo sus límites. La evaluación del papel de estos grupos se expresa en términos de su contribución económica, los nuevos elementos que introducen, y la oferta de nuevas oportunidades y contactos con redes sociales más amplias. La imagen romántica de La Gomera y su particular tradición turística que atraen a los turistas no se corresponde a la realidad. Los factores que mueven a la emigración forman un complejo social, cultural, económico, demográfico y geofísico que no se puede identificar con el mito de una bucólica isla subtropical donde habitan nobles salvajes.

En el siguiente apartado, realizaré una breve descripción de la historia del turismo en España y de la interdependencia del ocio, trabajo y juventud en los países generadores de turismo.

TURISMO Y OCIO.

El valor turístico de un enclave puede ser evaluado midiendo el consumo de las cuatro «S», un criterio poco preciso pero que pone de manifiesto los ingredientes esenciales en la constitución de un destino turístico. En las costas, estas demandas de los turistas son satisfechas de forma casi industrial. El turismo de «Sodoma y Gomorra» de los turistas de mochila hacia los satélites de los archipiélagos de Baleares y Canarias ofrece, a pequeña escala, un poco de color local en esta uniformizante industria. Hasta 1960 España era el escenario de una pequeña jet-set, pero después se transformó en la periferia del ocio por excelencia. El turismo es una forma de contacto cultural y la literatura de viajes nos muestra los cambios y fluctuaciones en la imagen de España, cómo la confrontación entre las culturas del «norte» y del «sur» siempre se experimentó de una nueva forma y se explicó en diferentes términos. En la edad premoderna, la imagen de España estuvo ligada a la «leyenda negra», y un viajero inglés de principios del siglo XVII escribió que:

«La gente es fanática, irritable, hambrienta y poco hospitalaria, los extranjeros son sospechosos para la Inquisición. Demasiados peligros, muy poco educativo» (Stoye, 1952:390).

La base de este juicio es, por supuesto, la competencia entre dos ideologías religiosas militantes sostenidos por dos poderes coloniales. Sin embargo, aquí sólo quiero indicar la historicidad de la atracción turística de España. Con el romanticismo, nació el «sueño español» y los viajeros descubren lentamente el esplendor natural de las islas Canarias y lo dan a conocer en sus países. Charles Edwards en su *Rides and Studies in the Canary Islands* (London 1888), nos da involuntariamente una valiosa visión de la prehistoria del turismo que contiene algunos notas proféticas:

«Los isleños piensan que se puede aumentar su riqueza con el incremento del número de extranjeros con dinero... una colonia bastante grande para britanizar la pequeña ciudad del Puerto. Su evidente riqueza es el habitual tema de conversación y de envidia. Pero los más cultos tienen miedo de que esta invasión llegue a convertirse en una 'plaga de langostas' que destruirá todo el país» (o.c. 16-18).

Por esta época, Tenerife fué un destino de turismo aristocrático, y la clase ociosa de esa época utilizó el pretexto del buen clima para regenerarse como tal clase (véase Nash 1979). Las islas menores quedaron al margen debido a las dificultades del viaje, la ausencia de comodidades y de «cultura». El autor de una reciente guía turística se muestra desilusionado después de llegar a la isla desde Tenerife:

«Las ilusiones se desvanecen. No hay nada que hacer, nada que ver, no hay forma de evitar caer en el aburrimiento y la depresión» (Henry Myhill. *The Canary Islands*. London 1972:167-8).

Con la puesta en servicio de una línea regular de ferry entre Los Cristianos — antes un pueblo tranquilo, ahora el centro de una floreciente industria turística en el sur de Tenerife (ver Moore 1978 y Hernández Armas, 1987) — y San Sebastian de La Gomera, se da una condición infraestructural para el descubrimiento de la isla. Paradójicamente la ausencia de una infraestructura turística se ha convertido ahora en una especial atracción de las islas de La Gomera y El Hierro. Se cumple así la lógica interna de la promoción de la industria turística; desde 1982 las islas tienen una cobertura favorable en los medios de comunicación. Las guías informan

de estas novedades y establecen expectativas de consumo. Un escritor holandés de tradición romántica describe la primera generación de turistas atraídos por las sirenas en las costas de La Gomera:

«Alemanes vestidos a lo "hippie" pasados de moda, representantes pálidos del proletariado metropolitano sobreviviendo aquí su verano artificial» (Cees Nootenboom: *Waar je gevallen bent, blijf je*. Amsterdam 1983).

Este excursus permite ilustrar que en el caso de La Gomera, el turismo recreacional sólo hasta recientemente ha podido ser explotado. El crecimiento del turismo en las islas Canarias queda patente con algunos datos cuantitativos: en 1965, alrededor de 200.000 turistas, en 1972 740.000, y en 1987 se ha superado la cifra de 5 millones. El índice de crecimiento para ese año es del 18.3% (El Día 20-11-87). El intento de elaboración de un índice turístico sobre la base de la infraestructura ya existente registra para La Gomera 0.1%, en claro contraste con los principales centros de destino turísticos: Tenerife 39.9% y Gran Canaria 42.2% (Rodríguez Martín 1985). Pero el turismo de mochila escapa a la consideración de los planificadores económicos y de las agencias de viajes, ya que este tipo de turismo se oculta en el sector informal de la "economía sumergida". Su importancia no queda, por tanto, reflejada en las estadísticas oficiales, impidiendo una actitud más positiva hacia este fenómeno.

Unas vacaciones pagadas en el «sur» es ya una parte consustancial del «estilo de vida europeo» (Boissevain 1978). El turismo de masas es una consecuencia del florecimiento de las economías occidentales y en el presente año cerca de 50 millones de turistas han ido a España. La curva de crecimiento del turismo internacional es un símbolo de la sociedad de consumo, las vacaciones una afirmación ritual de la buena vida.

El turismo es como una migración estacional similar a la de los pueblos nómadas que se trasladan de sus campamentos entre el verano y el invierno; la diferencia está en que los turistas son «nómadas de la opulencia» (Cohen 1973). Se podría también seguir la sugerencia de Marcel Mauss sobre las variaciones entre pautas sociales del verano y del invierno de los eskimales (Inuit). En el ciclo anual, el invierno aparece como el periodo normal y el verano como el contrapunto a este ritmo natural en el que los turistas disfrutan de la ruptura con su dura realidad cotidiana, la antiestructura de la ordenación del ocio. La sociedad capitalista occidental institucionaliza la posibilidad de liberarse de la rígida ética del trabajo, lo que el crítico social Herbert Marcuse denominó «desublimación represiva». Con la jubilación la obligación de no hacer nada lleva a los ancianos a creer que no son ya necesarios, y muchos de ellos pasan el frío invierno en el aislamiento de este «Hawai de Europa».

La idea de tiempo libre es un concepto moderno: bajo la ética protestante, dominante en los países del norte de Europa, se consolidó una mentalidad que consideraba toda pérdida de tiempo como un pecado. Para Calvino el trabajo es un imperativo de Dios y el código de consumo conspicuo de la aristocracia algo condenable, idea que también compartía la emergente burguesía quien convirtió en razón de estado la ética puritana de la salvación a través del trabajo. Incluso Veblen, el sociólogo de la clase ociosa, concebía la felicidad como la satisfacción del «instinto laboral» en función del moderno fetiche de la producción. Este ethos interiorizado hace que, para muchos, sea difícil disfrutar del tiempo libre. Sin

embargo, con la industrialización, la urbanización y los viajes como un elemento cultural generalizado, después de la Primera Guerra Mundial comienza la lucha por las vacaciones como una liberación temporal del trabajo alienado. Los líderes de las clases trabajadoras dirigieron también la lucha social hacia el ocio, considerando las vacaciones como un símbolo de emancipación. Las vacaciones se llegaron a convertir en una de las más importantes instituciones de la civilización industrial, y el ocio casi su religión cuando el «innerweltliche Askese» (Weber) se transformó en un consumismo hedonista. A la par, la industria turística llega a ser una de los sectores más relevantes de la moderna economía mundial. En términos del funcionalismo estructural ortodoxo, las vacaciones contribuyen a la integración social del moderno sistema laboral y de la sociedad organizada en torno a él, proporcionando una válvula de seguridad para satisfacer las pulsiones potencialmente perturbadoras.

JUVENTUD Y OCIO.

Junto a la educación, el tiempo libre ha llegado a ser el ambiente institucional más importante para los jóvenes. En las subculturas juveniles una conciencia generacional está ligada a la fetichización del ocio. La juventud ha llegado a convertirse en una metáfora para el cambio social y la movilidad, adoptando el papel de la lucha de clases como elemento dinámico en la sociedad moderna. El desarrollo de la cultura de masas y del estado del bienestar después de la Segunda Guerra Mundial contribuyó a hacer disminuir el papel de la identidad de clase en favor de la identidad del grupo generacional. El proletariado industrial perdió su vocación específica en un proceso de aburguesamiento y la juventud, la «nueva clase», irrumpió en la escena asumiendo su papel y convirtiéndose en un nuevo mito social. La edad, como una categoría social, es una dimensión de la estructura social, y si la contracultura establece una ecuación juventud = ocio = consumo, esta ideología ha de ser considerada en su articulación con la cultura hegemónica de los padres, como un «taller» de comportamiento alternativo que explora las fronteras de la sociedad burguesa, dramatizando la ambivalencia de los que están fuera del sistema. Hasta no llegar a la edad adulta, se permitió a la juventud jugar en un ambiente sin clases. Una de las subculturas de este ambiente es el llamado «turismo de mochila» — drifter-tourism (Cohen 1973) —. A la mayoría de estos turistas se les sigue todavía designando como «hippies» en gran parte de los países receptores de turismo. Sin embargo, ellos son fácilmente reconocibles por su costumbre de cargar grandes pesos a sus espaldas, como estóicos esclavos de un estilo de vida alternativo. Aunque se encuentran en todas partes, la etnografía de su cultura todavía no se ha realizado. Ellos disfrutaban de su tiempo libre en la tradición de la cultura de la «contra-vacación», que se opone los patrones burgueses dominantes. Por ejemplo, acampar y hacer turismo de a pié fueron las primeras expresiones de esta tradición. Los turistas jóvenes optan por un modelo de vacaciones que ofrece un elevado grado de libertad de elección sin renunciar a los lujos de la sociedad de consumo.

TURISMO EN LA GOMERA.

Mediante la promoción informal y directa — alternativa a la propaganda turística — estos turistas también han llegado a La Gomera. En la periferia de los

destinos turísticos de masas buscan, paradójicamente, lugares no contaminados por el turismo. A pesar del estilo de viaje individualizado, ellos se reúnen en estos paraísos lejos de la civilización. El prestigio dentro del grupo se obtiene mediante «experiencias demostrativas», y para ser aceptado y entrar en este «ghetto» paradisiaco han de ser superadas algunas barreras. Aquellos que no superen estas barreras serán considerados vulgares turistas de masas, pero lo cierto es que estos pioneros de los modelos de vacación alternativos son la avanzadilla del turismo de masas. En la actualidad casi todo el turismo de La Gomera pertenece a esta categoría de «turismo de mochila». Los excursionistas que diariamente proceden de Tenerife tienen una presencia flotante. Organizados por operadores turísticos, ellos llegan a la isla en ferry y realizan una vuelta a la misma a lo largo de un día en autobús. Los extranjeros asentados de forma permanente constituyen una categoría muy mezclada en edades y ocupaciones — empresarios, artistas, pequeños artesanos, traficantes de drogas, profesiones liberales, algunos antropólogos y pensionistas —. Los locales llaman «hippies» a estos «turistas de mochila» como resultado de la presencia de los primeros turistas que descubrieron la naturaleza y el buen clima de La Gomera, especialmente los pueblos del sur como Valle Gran Rey y Santiago que son ahora la vanguardia del desarrollo turístico de la isla. El aún tranquilo ambiente de estos dos valles está siendo perturbado por la construcción de bloques de apartamentos, un desarrollo que los «turistas de mochila» y muchos gomeros rechazan. Santiago es un caso algo diferente ya que en su mayor parte pertenece a la Agrupación Noruega, cuyo propietario es el magnate naviero Olsen, que a su vez es asimismo propietario del ferry «Benchijigua» y del «Black Prince». El Paseo de Fred Olsen — la avenida que une el puerto con la capital de la isla — simboliza el papel que éste juega en la isla. El tiene una posición estratégica ideal para promocionar turísticamente toda una amplia zona, y en abril de 1988 se inauguraron oficialmente los primeros apartamentos. Valle Gran Rey tiene una estructura de propiedad mucho más fragmentada y, por tanto, la participación de los locales en los beneficios del turismo es más alta. Aunque la coordinación de los esfuerzos para desarrollar una infraestructura turística es más difícil de realizar hay, sin embargo, una gran actividad constructora al calor del actual «boom».

En los últimos años la promoción de La Gomera en Alemania ha significado un gran aumento, tanto absoluto como relativo, de los turistas de habla alemana. Dentro del sector de servicios, los empresarios alemanes son muy activos, llegando a afirmar algunos de ellos que todo el desarrollo se ha debido a sus esfuerzos. Por un lado, la germanización del ambiente incrementa la atracción de la isla en los turistas alemanes, lo que no ocurre con los no alemanes. Por otro lado, el alemán ha llegado a ser la lengua franca del Valle y los locales hacen un duro esfuerzo por aprender este idioma tan valorado, simbolizando con esto la receptividad de la población local a un crecimiento de formas más masivas de turismo. El decrecimiento de la hospitalidad, la rutinización de las relaciones huéspedes-anfitriones y la mutua estereotipación étnica constituyen la otra cara de esta moneda de oro. Voces críticas sólo ven el agravamiento de una moral ya en decadencia y que se pasará del cultivo del plátano al cultivo del turista. La pasión por el dinero y la indiferencia generalizada — peseterismo y pasotismo — provoca una mezcla anómala que puede conducir la latente oposición al turismo hacia formas más radicales. Pero no creo

que el descontento laboral pueda comprometer la posición del turismo como la industria más importante de las Islas Canarias. Aún no tienen mucha presencia las empresas turísticas especializadas, sin embargo hay una gran cantidad de casas viejas abandonadas, habitaciones y apartamentos dispersos a lo largo del Valle, que permiten unos ingresos que pueden sustituir a los cultivos que requieren un trabajo más duro. Más especializados están los bares y restaurantes, las agencias de alquiler de coches, tiendas de souvenirs, pequeños traficantes de drogas, etc. Los beneficios del turismo penetran en todos los sectores económicos. Una reciente innovación de la infraestructura turística de Valle Gran Rey ha sido la discoteca de un italiano, en ocasiones denominada la «putateca», un término derivado del comportamiento desmedido de las turistas. Después de la medianoche «la marcha» en la discoteca atrae como a un panal a la gente de los otros bares. La «fiebre del sábado noche» ofrece un espectáculo especialmente interesante cuando vienen hombres de toda la isla. Las discotecas son unas escuelas de conducta informal y ámbitos de sociabilidad, con particular significación en la cultura juvenil. Es como una corte plebeya colocada patas arriba. Una etnografía de la vida nocturna de las discotecas puede mostrar cómo las esferas de consumo (alcohol, drogas), música, baile y sexualidad están íntimamente relacionadas en la identidad juvenil: Sexo/Droga/Rock & Roll, tal como lo expresa la mentalidad presociológica. Los gomeros a menudo parecen extraños en este espacio turístico. Su actitud es muy ambivalente frente a la discoteca; a veces es gratificante, pero generalmente frustrante. Los jóvenes gomeros quieren también disfrutar de la atmósfera promiscua de la discoteca — una fiesta cotidiana que les enseña los patrones del ocio metropolitano —. Mediante el trabajo de campo, la discoteca puede ser un lugar ideal para el estudio de la coherencia institucional de la expansiva variedad juvenil de la cultura de masas internacional a la que ya nos hemos referido.

En la actualidad, un número creciente de locales se están vinculado al sector turístico, siguiendo una estrategia de maximización de beneficios, trabajando a tiempo parcial en los servicios. La primera monografía antropológica de una comunidad canaria se ocupa de esta transición entre sectores y entre un modo de producción doméstico a otro capitalista, definido teóricamente como «sistema obrero-campesino» (Galván 1980). Trabajo a tiempo parcial y pluriempleo condicionados estructuralmente en los ciclos de trabajo, la agricultura y la pesca, constituyen una válvula de seguridad contra los peligros de que el turismo se convierta en otro monocultivo. La tendencia de la estructura profesional a cambiar de dirección hacia el sector servicios, es una causa interna de la creciente dependencia de la economía local a las vinculaciones extrainsulares.

Las primeras consecuencias de la «revolución turística» en La Gomera son:

1. Creciente interdependencia de la isla con el mundo exterior y su progresiva incorporación en estructuras más amplias de poder y de mercado.
2. Una profunda reorientación sociocultural.
3. Especulación.
4. Desarrollo explosivo de la construcción y la concomitante urbanización de zonas rurales y de tierras agrícolas.
5. Descuido de la agricultura y abandono de la agricultura de secano.
6. Una modernización (en contraste con desarrollo; Schneider et al. 1972).

En resumen, la creciente vinculación y participación en el turismo garantizan una actitud positiva hacia su futuro desarrollo en el Valle. Muchos gomeros podrían estar en desacuerdo con esta conclusión, sin embargo, aunque no se trate de un hecho incuestionable, creo que la dirección de este desarrollo apunta en esta línea.

En otra comunicación a este Congreso, sobre el «boom» turístico en Mogán (Gran Canaria), se llega a la misma conclusión acerca de este entusiasmo entre los grupos favorecidos por el desarrollo turístico. Como he mostrado, la mayoría de los habitantes de Valle Gran Rey se han visto favorecidos por este desarrollo. De igual forma, en el trabajo de Santana (1987) se hace igualmente referencia a los efectos negativos del turismo en la juventud.

LOS JOVENES GOMEROS.

En contraste con las reservas y ambivalencia de los adultos, los turistas son el grupo de referencia para la generación joven. Los jóvenes están ahora menos sujetos a la rígida autoridad de los padres, debido a la influencia combinada de la modernización y el «efecto demostración» provocado por los turistas e emigrantes. Las chicas están aún en una posición estructuralmente más difícil que los chicos, y su libertad de movimientos está más limitada a las redes familiares. El código tradicional de conducta, expresado en el lenguaje del honor y la vergüenza, que corresponde a una división sexual del trabajo en la esfera moral y su comportamiento asociados, todavía es dominante en la mayoría de los habitantes del Valle.

Ya que el honor se define localmente, las chicas se colocan en una situación inferior de competencia respecto a las turistas. Podemos suponer que con el creciente influjo de las turistas, las chicas locales tendrán más dificultades a la hora de «conseguir novio» o, alternativamente, abandonar las expectativas tradicionales asignadas a ellas. Las hijas pueden fácilmente dañar la reputación familiar al actuar «desvergonzadamente» en contra del código de conducta masculina que gratifica el comportamiento exploratorio y que prestigia el aprovechamiento de las oportunidades de relacionarse. La actitud de las chicas hacia los turistas es meramente instrumental. Los chicos llaman la atención de las turistas exhibiéndose y «ligando» en los bares. Los chicos del pueblo buscan disfrutar de las libertades de una moratoria social en la cual ellos no tienen las responsabilidades de los adultos; a veces mediante una inversión de las virtudes de la sociedad de los padres. Sin embargo, la presión social es fuerte sobre los jóvenes y el inseguro futuro provoca que algunos no puedan adaptarse a las frustraciones inherentes del ambiente turístico.

TURISTAS Y LOCALES: EL CASO DEL NUDISMO.

Entre turistas y locales hay sólo una forma explícita de oposición. No hay un miedo generalizado a la adquisición de propiedades por parte de los extranjeros, aunque el mayor poder económico y las actividades empresariales de éstos son rechazadas y envidiadas. Algunos partidos nacionalistas de Canarias se aprovechan de estos sentimientos con los votantes. Durante mi investigación he observado una tendencia muy dualista en la evaluación de los extranjeros: los buenos turistas gastan dinero y no causan problemas. Los malos turistas son los que causan todos los problemas sociales con sus comportamientos, son una vergüenza para la reputación

de la isla y — mediante algún proceso alquímico — deberían ser eliminados. Uniformemente este grupo de turistas malos es referido como «hippies» y su estigma ya es visible desde su misma apariencia. El término se utiliza para el conjunto de todos los jóvenes. Pero hay también locales que afirman preferir a estos «hippies» que a los turistas de masas. Hasta ahora los turistas son el grupo donador de mujeres y esta forma de intercambio puede servir como red para intensificación de las relaciones de reciprocidad. Generalmente los turistas — los varones — parecen ser objeto de tabú. Las turistas son objeto de deseo. Si bien los estereotipos étnicos están muy acentuados, sin embargo, la atmósfera que existe en el Valle es muy apacible.

El consumo a menudo desmesurado de las cuatro «S» parece constituir una ofensa real a los ojos de la moralidad pública. Además, cercanos al mundo de las drogas — la «semilla de la perdición» — y ante la aparición del SIDA, hay un pánico moral hacia el nudismo como si los desnudos buscadores de placer pudieran causar una contaminación anómica. En respuesta a la imagen de La Gomera, promocionada en el extranjero como enclave de buscadores de placer orgiástico, el alcalde me dijo que «lo que es una atracción para los turistas constituye un problema para nosotros». Pienso que este es justamente el núcleo del problema. Para muchos gomeros, este turismo de «antes de la caída de Adán y Eva» y las drogas forman el símbolo de la violación de las costumbres de la hospitalidad, cuya esencia consiste en que el huésped no falte al respeto. En parte, la transgresión de los anfitriones no es intencional. No obstante, los beneficios derivados de ser un importante destino del turismo nudista es presumible que la moralidad pública cerrará los ojos ante este fenómeno. La policía municipal ahora sólo prohíbe acampar en la playa, sirviendo así a los intereses locales más directamente. Supongo que el nudismo será legalizado en pocos años; de hecho, hay ya una gran tolerancia. La playa es un lugar poco atractivo para el turismo de masas, de tal modo que los gomeros pueden acostumbrarse a este «demonio» económicamente tan valioso.

No obstante, el tabú civilizatorio contra la desnudez es mucho más fuerte en los países que generan el turismo que lo que es posible imaginar desde la autoimagen producida por los propios turistas. Una encuesta en Holanda -país de reputación liberal- reveló que sólo el 2% de las mujeres toman el sol desnudas en público o en privado. El cuerpo ha sido objeto de tabú con la complejización de las configuraciones sociales y con el ascenso de la burguesía en la edad moderna. Los orígenes históricos del rechazo moral y el miedo a la desnudez están en estrecha relación con la creciente distancia y respeto entre la gente cuyas diferencias de poder han disminuido. La función del vestido no es sólo proteger al cuerpo de las inclemencias del clima y expresar el rango y la procedencia social, sino también proteger la privacidad y la nueva sensibilidad. En la actualidad hay una tendencia a transgredir el tabú durante el tiempo de ocio, normalmente en un enclave natural pero domesticado.

La conclusión que podemos extraer de un estudio etnográfico de la playa nudista es que nosotros aprendemos a transgredir los tabúes de una forma civilizada. Nudismo no es sólo una reacción contra, sino también un reflejo de un cierto grado de civilización. Es la expresión de un autocontrol interiorizado ajustable flexiblemente a situaciones que de otra forma serían muy violentas. El nudismo, como forma extrema de regreso a la naturaleza, ha creado también una nueva castidad, y

esta ruptura con un tabú civilizatorio ha dado a la luz un salvaje moderno que obedece a los imperativos de una moralidad del tiempo de ocio.

Cada año algunos transgresores de este tabú son encarcelados o expulsados de los países mediterráneos. Quiero terminar estas páginas sobre este delicado tema con una anécdota. En 1982, por una irónica casualidad, aparecieron en la prensa holandesa dos artículos. Frente a la Embajada griega en Holanda, un grupo de personas desnudas protestaba por el encarcelamiento de algunos compañeros en Grecia; una de las pancartas decía textualmente "En Grecia no hay paz desnuda" (recuérdese que por esas fechas Grecia estaba aún bajo un régimen dictatorial). Al mismo tiempo, un patriarca griego organizó una marcha contra la legalización de la primera playa nudista en Hydra — centro de un turismo de jet-set —, portando una pancarta contra los «Animales de dos patas venidos del Occidente, discípulos de Satanás, el Supremo Nudista».

En conclusión, creo que los gomereros no son contrarios al futuro desarrollo del turismo. El fuerte deseo de los isleños de un aeropuerto será satisfecho próximamente. No obstante, las consecuencias subsiguientes son hoy imprevisibles. El futuro del turismo de mochila en la isla verá probablemente una evolución en la dirección de un turismo «ecológico», realizado por una nueva clase de nómadas opulentos, los «yuppies». Los «hippies» al viejo estilo buscarán nuevos destinos baratos y no contaminados. Los turistas de «vaquero y alpargata» a menudo son víctimas propiciatorias de los excesos de turistas de otros tipos, o de los problemas internos de la sociedad receptora, debido a su presencia tan notoria y a su estilo de vida licenciosa.

Quizás un día cuando esta horda impura haya desaparecido se la idealizará también como a los guanches. Por un lado la actitud de reserva y por otra la especulación encierran muchos riesgos. Tal vez la tarea de la antropología aplicada consista en favorecer la concienciación respecto a las oportunidades y peligros de un desarrollo mayor del turismo, y en ayudar a que los locales puedan participar más directamente en la construcción del futuro de la isla.

BIBLIOGRAFIA

- Boissevain, J. 1978 "Underdevelopment Europe: Studies in Core-Periphery Relations". In D. Seers, (ed.). Brighton: Harvester Press.
- Boissevain, J. and Blok, A. 1974 *Two essays on Mediterranean societies*. Amsterdam: ASC Paper n. 1.
- Burriel de Orueta, E. 1982 *Canarias. Población y Agricultura en una sociedad dependiente*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Cohen, E. 1973. "Nomads from Affluence: Notes on the phenomenon of Drifter-Tourism". *International Journal of Comparative Sociology* 14(1-2):89-103.
- Galván Tudela, A. 1980 *Taganana. Un estudio Antropológico social*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife.
- Hernández Armas, R. 1987 "Los Cristianos. De comunidad pesquera-agrícola a estación turística". *IV Congreso Español de Antropología*. Alicante.

- Moore, K. 1978 [1976] "Modernización en una aldea de las Islas Canarias". En J. Aceves and W.A. Douglas, (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. pp. 117-136. Barcelona: Barral.
- Nash, D. 1979 "The Rise and Fall of an Aristocratic Tourist Culture. Nice, 1763-1936". *Annals of Tourism Research* 6:61-75.
- Rodríguez Martín, J.A. 1985 "El turismo en la economía canaria: delimitación e impacto económico". En *El turismo en Canarias. IV Jornadas de Estudios Económicos Canarios*. La Laguna, Tenerife.
- Santana Talavera, A. 1987 "Transformaciones de una zona pesquera: el turismo en el municipio de Mogán (Gran Canaria)". *IV Congreso Iberoamericano de Antropología*. Las Palmas. (Sin publicar).
- Schneider, P. et al. 1972 "Modernization and Development: The Role of Regional Elites and Noncorporate groups in the European Mediterranean". *Comparative Studies in Society and History* 14:328-350.
- Stoye, J.W. 1952. *English Travellers Abroad 1604-1667. Their influence in English society and politics*. London.

EL PAPEL DE LA MUJER EN LA ECONOMÍA SUMERGIDA

ANA MELIS MAYNAR

Universidad de Alicante

I. INTRODUCCION

En los últimos años, desde los años setenta y especialmente durante la década de los años ochenta, se ha desarrollado una literatura cada vez más abundante en torno al tema de la economía sumergida y dentro de ella, más específicamente, al desarrollo espectacular del trabajo industrial a domicilio (Cipressi, 1974; Crespi. 1975; Frey, 1975; Saba, 1981; Sanchís. 1984; Ybarra, 1986).

En efecto, el tema es abordado por la economía propiamente dicha, las ciencias sociales, las revistas de información general, la prensa diaria y los diferentes medios de comunicación. Con indudable retraso, comienzan a llevarse a cabo investigaciones sobre el tema, no sólo desde las instituciones políticas y sociales sino también desde las académicas, aunque en estas últimas los avances sean todavía más lentos y los enfoques diferentes dependiendo de sus intereses específicos.

En paralelo a la preocupación de los economistas por comprender las razones de esta economía subterránea, los investigadores sociales, especialmente los sociólogos y los antropólogos, han comenzado a preguntarse por las consecuencias que las nuevas formas de empleo y trabajo están teniendo sobre la organización social en general, y sobre la vida familiar en particular, intentando hallar una mejor comprensión del fenómeno.

Sin embargo, el concepto de economía sumergida (informal, irregular, oculta, ilegal, etc.) es demasiado amplio y abarca una gran cantidad de actividades económicas informales cuya aclaración no es nuestra misión ni propósito en estas líneas. La controversia en torno a su definición y respecto a lo que debe incluir está todavía muy viva y no hay aún acuerdo entre los especialistas (Portes, 1986; Ruesga, 1986); nos será útil aceptar como válida aquella definición que entiende por economía sumergida «la suma de actividades económicas que escapan a las regulaciones fiscales» por muy vaga y amplia que sea. En nuestro caso, podemos añadir que nosotros nos vamos a referir más en concreto a aquel sector dentro de la economía sumergida que es el llamado «trabajo industrial a domicilio», o lo que es lo mismo, a esas actividades económicas que se llevan a cabo en los domicilios particulares de

las áreas industriales; actividades realizadas a cambio de un salario «a destajo», a diferencia del trabajo doméstico tradicional del ama de casa, no asalariado.

El punto de partida de la mayoría de los estudios realizados sobre el tema estuvo basado en el análisis macro-económico; otros estudios se han centrado en el carácter de “injusticia social” que representa. Más específicamente, algunos estudios se han centrado en las condiciones laborales de los trabajadores inmigrantes que son la principal fuerza de trabajo en las grandes áreas industriales urbanas. Una característica común compartida por estos estudios y comentarios es la consideración tangencial del grupo doméstico como el núcleo en el que son llevadas a cabo las tareas y muy especialmente en relación a las mujeres, que aparecen casi como la principal fuerza de trabajo. Mujeres viviendo en zonas rurales tejiendo y cosiendo en sus casas, ensamblando piezas electrónicas, haciendo juguetes, o realizando ciertas partes del proceso de fabricación de calzado, etc. son descritas en estos estudios. En escenarios diferentes, como barriadas obreras y suburbios de grandes e industriales ciudades, también son situadas mujeres trabajando con sus hijos pequeños y medianos así como con ancianos en sus propias viviendas o en talleres clandestinos. Todas y todos trabajando en horarios más similares a aquellos de los comienzos de la revolución industrial en Inglaterra que los que corresponderían a los de la moderna era actual.

A lo largo de estas páginas intentaremos situar el tema de la mujer dentro de la esfera del trabajo industrial a domicilio. La mujer y el trabajo de la misma se analizarán en el marco de las relaciones tanto del grupo doméstico en particular, como del grupo social en general. Para ello, se hace necesario hacer una reflexión al hilo de la historia más reciente del fenómeno, pues será en paralelo a los problemas entonces planteados cuando se clarificará el objeto de estudio.

II. EL TRABAJO INDUSTRIAL A DOMICILIO: SUS PRECEDENTES Y ALGUNOS INTENTOS DE CONCEPTUALIZACIÓN

Hasta finales de la década de los años sesenta, pocos observadores sociales se preguntaban por las formas de trabajo asalariado industrial realizado dentro de los domicilios particulares. Los llamados «países del tercer mundo», como algunos de Latino-América y de los continentes africano o asiático fueron los escenarios de estas primeras observaciones. Gran parte de aquellos estudios coincidieron en explicitar que se trataba todavía de formas arcaicas de industrialización, o bien de procesos intermedios hacia la consecución de una economía capitalista moderna; en definitiva, parecía que se trataba de casos precapitalistas, y como tales, aunque anómalos, podían considerarse pasajeros dentro de las sociedades industriales modernas. Probablemente —se pensaba— aquellas formas desaparecerían en cuanto la industrialización se fuera implantando con mayor fuerza. En Europa, también el fenómeno había interesado a algunos estudiosos y hubo autores que identificaron tales relaciones laborales con países, zonas y comarcas de amplia base artesanal y con industrias de tecnología sencilla (Altamira y Crevea, 1905; Castroviejo y Sangro, 1908; Zimmermann, 1950; Guilbert e Isambert-Jamati, 1956).

Sin embargo, el enfoque del análisis fue modificándose poco a poco a medida que se observaba el crecimiento del fenómeno en países no ya en vías de desarrollo,

como era el caso de Brasil, España, Grecia o Corea del Sur, sino de desarrollo industrial como era el caso de Italia, e incluso altamente industrializados, el caso de Estados Unidos y Japón.

De igual modo fue variando la idea de que el tipo de trabajo industrial a domicilio solamente podía llevarse a cabo con industrias «altamente manufactureras», como la del calzado en España, de algunas confecciones textiles o de la producción de ciertos juguetes, las cuales —se pensaba— «debido a su escasa tecnología» podían realizarse fuera de las fábricas. La literatura en torno al tema explicitó que en algunos países, como Japón, Estados Unidos, China (Formosa), Corea, etc., se realizaban componentes electrónicos, pertenecientes a industrias de «alta y sofisticada tecnología», en domicilios particulares.

Todo ello puso de manifiesto que la economía sumergida así como el trabajo industrial a domicilio derivado de la misma, tenía que entenderse —en las formas que entonces presentaba— como una consecuencia del desarrollo de las sociedades capitalistas y no residuos de prácticas tradicionales. Habría que considerar ambos como estrategias del sistema económico para aumentar beneficios y reducir costos. Al descentralizar la producción y distribuirla en unidades de producción más pequeñas o en domicilios particulares, las empresas pueden aumentar su índice de producción al mismo tiempo que reducen costes salariales.

No hay que olvidar, por otro lado, que las conquistas realizadas tanto por los sindicatos como por los movimientos sociales en general, habían conseguido importantes mejoras económicas y sociales para los trabajadores durante los años sesenta. Por ello, la falta de contratos y salarios fijos permitía, a las firmas o empresas de gran tamaño, importantes abaratamientos en sus sistemas de producción así como la evasión de las cargas fiscales.

De hecho, la reflexión y las investigaciones respecto a la estrategia de la descentralización industrial tenían como base una pregunta difícil de contestar. ¿Cómo se podía explicar la coexistencia de avanzadas tecnologías, en el caso de Japón y Estados Unidos, con el aumento de trabajadores con salarios cada día más bajos, cuya destreza y habilidades cada vez se hacen menos importantes? Estas aparentes contradicciones sirvieron de resorte para comprender bajo una nueva óptica el sistema económico y en particular el trabajo industrial a domicilio.

En realidad, «el concepto de informalidad fue acuñado en un estudio de la Oficina Internacional del Trabajo sobre mercados de trabajo urbanos en Ghana (Hart, 1973). A partir de entonces fue empleado frecuentemente en los estudios realizados por la Oficina Internacional del Trabajo sobre las condiciones de mercado de trabajo en otras ciudades africanas, y por el Banco Mundial, en una serie de estudios sobre urbanización y pobreza a través del Tercer Mundo» (Portes and Saseen-Koob, 1987). La pobreza y el desempleo están en la base de aquellos primeros estudios, al igual que en los realizados en países de Latino-América en el mismo periodo, y que pueden relacionarse con los estudios tradicionales sobre marginalidad tan extendidos en esos años (Vekemans y Silva, 1972).

El concepto de trabajo industrial a domicilio, tal y como nosotros vamos a utilizarlo, presenta características similares a las de la economía sumergida o informal, puesto que queda englobado en la misma. Por ello, y porque conviene asumir un criterio de delimitación conceptual, se hace necesario especificar lo que

queremos decir cuando hablamos de «trabajo industrial a domicilio». Aunque como hemos reseñado anteriormente, el debate en torno a la definición todavía no está cerrado, sí podemos, sin embargo, seleccionar algunos intentos por conceptualizar la economía sumergida. Castells la define como «actividad económica pecuniaria, cuyas relaciones laborales se desenvuelven de forma normal, total o parcialmente, al margen de la normativa legal que las regula» (1986:15). Otros autores definen el sector informal como: "la suma total de actividades remuneradas con la exclusión de las que llevan consigo formas de empleo contractuales y legalmente reguladas" (Portes and Saseen-Koob, 1987), o para incluir en la definición todas las relaciones de producción y de cambio posibles: «todas aquellas situaciones de trabajo caracterizadas por la ausencia de: una separación clara entre capital y trabajo; una relación contractual entre ambos y una fuerza de trabajo remunerada a través de sueldos, y cuyas condiciones de trabajo y pago están reguladas legalmente» (Portes and Saseen-Koob, 1987). Tal definición, no obstante, a juicio de los autores, incluye actividades diversas y admite que el sector informal es estructuralmente heterogeneo.

Ybarra la conceptualiza como: «aquel conjunto de actividades productivas realizadas bajo tres condiciones que deben darse simultáneamente: 1) Producción y/o intercambio de bienes y servicios realizados al margen de las regulaciones oficiales y administrativas y por tanto no figuran en las cifras y bajo los controles oficiales. 2) Estas actividades productivas son compensadas de alguna manera, ya sea con una contraprestación material o ya sea con una contraprestación monetaria. 3) Estas actividades productivas, sean de producción o de intercambio, se realizan regularmente y no de forma esporádica» (1986:166).

Pero además, conviene deslindar dichas actividades de otras que también se sitúan dentro de la economía sumergida y que serían de carácter delictivo, a la cabeza de las cuales se podría situar el tráfico clandestino de armas y drogas, la evasión de divisas etc. por citar sólo algunos casos.

En realidad todavía podríamos especificar algunas características más respecto al «trabajo industrial a domicilio»:

- 1.- Suele realizarse en los alrededores de los núcleos industriales.
- 2.- Los lugares en donde tal actividad se lleva a cabo son los domicilios particulares o los talleres clandestinos.
- 3.- El tipo de trabajo realizado consiste en la fabricación de determinados productos, siendo característica fundamental en esta forma de trabajo, la fabricación solamente de determinados procesos o fases del producto en cuestión.
- 4.- Se establece una relación laboral con la empresa o con el intermediario de carácter verbal, no sujeta a reglamentos oficiales y/o legales.
- 5.- Los salarios o retribuciones económicas se perciben en función de las piezas terminadas, por lo tanto son salarios a destajo.
- 6.- Los trabajadores(as) carecen de cualquier tipo de cobertura social, laboral o sindical.
- 7.- En la mayoría de los casos, los instrumentos necesarios en la realización de dichas actividades, corren a cuenta del trabajador.

Aunque, como iremos viendo, esta relación podría desarrollarse en algunos puntos más, parece sin embargo adecuado dejarla en los arriba señalados y poder completarla conforme se vayan perfilando diversos elementos que entran en juego.

III. LA SITUACION DE LA MUJER DENTRO DEL TRABAJO INDUSTRIAL A DOMICILIO

La aparición de la mujer como tema de interés y preocupación en la literatura sobre economía sumergida, y más en concreto sobre trabajo industrial a domicilio, es relativamente reciente.

Su presencia en los estudios referentes a dichos temas está, en sus comienzos, unida a la de los grupos menos favorecidos de la sociedad, junto a minorías raciales, étnicas y obreros sin cualificar. Solamente cuando la literatura feminista asume el tema comienza a conocerse el grado de participación de la mujer en el peculiar mercado de trabajo; en los últimos estudios y debido a su probado protagonismo en la específica relación laboral, su presencia se hace necesaria y no hay investigación que prescindiera de la misma. Coincide, a su vez, con la proliferación de los estudios de antropología urbana, en este caso en contextos industriales; por parte de otros estudiosos sociales, especialmente economistas y sociólogos, hay un intento también de conocer la realidad del mercado de trabajo no ya desde las aproximaciones macroeconómicas, que se muestran incapaces por otro lado de medir el alcance del mismo, sino desde estudios mas cualitativos y puntuales.

Se analizan las causas de los cierres continuos de fábricas y empresas de los más variados productos, tales como determinados componentes electrónicos, el calzado, la confección textil y el juguete principalmente. Al mismo tiempo, se observa la proliferación de reducidos talleres — la mayoría clandestinos — y domicilios particulares, en los que se realizan dichos artículos. Se trata, en definitiva de la fabricación, en sus diferentes fases, de aquellos productos que ya no se realizarán en su proceso total dentro de las puestas de las fábricas.

Tres etapas pueden, a mi juicio, diferenciarse en el tratamiento del tema sobre trabajo industrial a domicilio y sobre el papel que la mujer desempeña en el mismo. Determinados presupuestos teóricos están en la base de los estudios realizados en ellas. Una fase anterior a éstas sería aquella que engloba todos o casi todos los estudios realizados hasta finales de los años sesenta; podrían caracterizarse por el tratamiento que del mismo hacen como fenómenos preindustriales o precapitalistas.

1) Una primera etapa sería aquella en la cual el trabajo industrial a domicilio es analizado desde un ángulo macroeconómico como la consecuencia de un proceso de descentralización que tuvo su apogeo durante la primera mitad de los años setenta. Estuvo relacionado con la recesión mundial de aquellos años, aunque el proceso de informalización se había iniciado una década antes en algunos países como Italia, España y Estados Unidos. La lógica detrás de esa estrategia fue la necesidad de encontrar mano de obra barata en el mercado de trabajo. La presencia de la mujer en tales estudios aparece englobada dentro de la clasificación de los grupos laborales.

2) La segunda etapa estaría marcada por un predominio de los análisis y comentarios de carácter social y de denuncia, así como de estudios feministas; en

ellos, en paralelo a los análisis efectuados en la etapa anterior, se establecen las dicotomías entre grupos laborales haciendo especial hincapié en las diferencias establecidas en función del sexo.

3) La tercera etapa, caracterizada por las investigaciones realizadas durante los últimos años de la década actual y por las investigaciones en curso, matizan las dicotomías y las clasificaciones excesivamente esquemáticas que se hicieron anteriormente y plantean la complejidad del sistema laboral difícil de encajar en las taxonomías previamente utilizadas.

Durante la primera etapa, es decir a finales de los años sesenta y principios de los setenta, el tema del «trabajo industrial a domicilio» comienza a aparecer en la literatura económica y sociológica italiana y norteamericana principalmente. Entonces se escribe acerca del «lavoro negro» y se analizan las actividades realizadas en los domicilios familiares como resultado de los procesos de descentralización industrial que se estaban llevando a cabo tanto en Italia como en Estados Unidos.

La descentralización productiva, el consiguiente mercado de trabajo segmentado y la oferta del trabajo a domicilio son temas suficientemente tratados en la bibliografía italiana (Bagnasco, 1976; Bergonzini, 1973; Contini, 1975; Crespi, 1975; Frey, 1975).

El modelo teórico que sirve para analizar las relaciones laborales y las condiciones del trabajo se deriva de las características del modelo del dualismo económico que caracterizó los análisis económicos y sociológicos de los años setenta.

Los principios de la economía dual surgen como alternativas a las propuestas de las teorías neoclásicas. Surgida según algunos autores de los movimientos políticos y sociales de la década de los años sesenta, intenta analizar y explicar la persistencia de la pobreza y la continuidad de las desigualdades sociales.

Dos economías conforman el modelo. Las economías del «centro» y las economías de la «periferia» (core and periphery economies).

Las primeras de ellas estarían compuestas por grandes e influyentes firmas con poderosas organizaciones burocráticas y corporativas, bien estructuradas. Sus actividades se diversifican en muchas otras industrias, regiones y naciones; sirven por lo tanto a mercados nacionales e internacionales. Hacen uso de las tecnologías más modernas así como de los sistemas de producción y distribución más avanzados. Las otras economías, las periféricas, están compuestas por firmas o empresas relativamente pequeñas, generalmente pertenecientes a familias o individuos. La venta de sus productos se realizan en mercados restringidos y muy raras veces hacen uso de las técnicas modernas de producción y «marketing» como en las del centro (Averitt, 1968).

Lo que nos interesa a nosotros es que en paralelo a esta organización dicotómica de la economía capitalista, se establece un mercado de trabajo también dual que corresponde a cada tipo de economía; son los llamados mercados primarios y secundarios de trabajo que corresponden respectivamente a los dos sectores económicos señalados, el del centro y el de la periferia (Doeringer y Piore, 1971). A cada mercado de trabajo le corresponden, según el modelo, unas específicas condiciones laborales así como una división social del mismo.

El primer sector ofrece trabajos con salarios relativamente altos y recibe los trabajadores mejor preparados; en general estaría compuesto por varones, de color

blanco (en el caso de sociedades con diversidad racial), que tendrían a través del trabajo posibilidades de mejora y de promoción; sus contratos serían legales y gozarían de estabilidad y seguridad en el trabajo; la mayor parte de estos trabajadores realizarían su actividad laboral en las grandes empresas situadas en las zonas industriales más próximas a los centros urbanos. Al segundo sector irían a parar los trabajadores menos preparados, entre los que se encontrarían las minorías étnicas y raciales y las discriminadas en razón de su sexo, educación y cultura. Los trabajadores de color, los inmigrantes y las mujeres conformarían este mercado secundario. Este último contingente de trabajadores tendrían que soportar bajos salarios, pobres condiciones de trabajo, variabilidad e inestabilidad en sus empleos, disciplinas arbitrarias y nulas posibilidades de promoción o mejora (Edwards, Reich y Gordon, 1975).

A partir de esta dicotomización en el mercado de trabajo, las mujeres trabajadoras a domicilio son incluidas en esta categoría. Aunque en gran parte de la literatura de la época el tema de la mujer no es específicamente tratado, queda automáticamente englobado dentro del mercado secundario de trabajo.

La lógica del sistema productivo implica que si se pueden realizar determinados productos en los mercados del tercer mundo, donde los salarios son mucho más bajos, no merece la pena mantener empresas en los centros industriales de las capitales occidentales. Las demandas de los sindicatos así como las presiones fiscales del Estado serían algunas de las razones esgrimidas por los empresarios para cerrar sus fábricas y abrirlas en mercados menos conflictivos. Y cuando no hay tercer mundo, este se puede encontrar «en casa» (Sanchís, 1982); sería este el caso de países como España o Italia; entonces, los domicilios particulares de las áreas industriales urbanas, o de las zonas rurales que las rodean, se convierten en los lugares donde se realizan las diferentes partes de los productos en cuestión. Lejos de las fábricas, una enorme masa de personas anónimas, van conformando la nueva, extensa y desperdigada flota de trabajadores.

De esa manera, los empresarios, con todo ventajas y pocos inconvenientes, aumentan sus beneficios. La falta de empleados fijos les permite huir del control fiscal. Por otro lado, el sistema de pago «a destajo» y el hecho de que sean los propios trabajadores quienes deben comprar y mantener la maquinaria apropiada para realizar la tarea, reducen el máximo los gastos a la empresa.

La segunda etapa, situada a mediados de los años setenta y principios de los ochenta, se caracteriza por un considerable aumento de los estudios sobre el tema. A las investigaciones de economistas, sociólogos y antropólogos, se añaden estudios realizados por profesionales diversos, que publican — en revistas menos especializadas pero de mayor alcance — artículos de denuncia social a la luz del espectacular desarrollo que el trabajo industrial a domicilio está alcanzando en los países más avanzados. Italia presenta abundantes estudios sobre el papel de la familia y el trabajo femenino en esta modalidad (Balbo, 1976; Cetro, 1978; Frey, 1975), así como respecto a la economía sumergida en general (Bagnasco, 1983; Capecchi, 1983) encontrándose prácticamente a la cabeza de la bibliografía mundial sobre el tema. La literatura latinoamericana es también importante y los estudios sobre trabajo industrial a domicilio quedan englobados en la bibliografía sobre economía informal, subempleo, marginación, etc. (Peattie, 1981); más específicamente, el trabajo

de la mujer es analizado bajo el prisma de la división del trabajo en función del sexo (Nash and Safa, 1976). En España, los trabajos de Bernabe Maestre (1976), E. Sanchís (1982) y J. A. Ybarra (1986), localizados todos ellos en el País Valenciano, se presentan como investigaciones pioneras en el tema del trabajo industrial a domicilio. En todos ellos se pone de manifiesto el papel predominante de la mujer, las características del trabajo y las consiguientes repercusiones negativas que sobre las propias mujeres tiene. Aunque no se traten de estudios específicos sobre la mujer, sin embargo, especialmente el estudio realizado por E. Sanchís, representa además de una exhaustiva investigación sobre economía sumergida, y más específicamente sobre el trabajo industrial a domicilio, un espléndido y necesario punto de partida para cualquier investigación que se quiera realizar sobre el tema.

La conjunta aproximación económica y sociológica le permite indagar y profundizar en aspectos cualitativos que no habían sido tan pormenorizados en la mayoría de las investigaciones realizadas hasta entonces. La literatura norteamericana al respecto es considerable, y, en casi toda ella, se denuncian las condiciones de trabajo de las nuevas «sweatshops» de ciudades como Nueva York, Chicago o Los Angeles, ciudades que representan los contrastes más acusados; por un lado, el progreso industrial mayor, y por otro lado, los lugares en donde las condiciones de vida se hacen cada vez mas inhumanas debido al «desarrollo industrial» (Albrecht, 1982; Johnson, 1979; Wong, 1983). La presencia de la mujer en las publicaciones es ya una constante, aunque aparece junto a los inmigrantes, especialmente los hispánicos y orientales de la sociedad norteamericana. Sin embargo, el volumen más importante de estudios sobre el tema, es decir, sobre el trabajo industrial de la mujer, se debe a la literatura antropológica sobre el trabajo y la literatura socialista feminista. Dado el número de publicaciones sobre la mujer en el mundo del trabajo y en concreto en el mercado industrial, se pueden resaltar abundantes estudios en los que se analiza el trabajo industrial a domicilio de la mujer aunque a veces sea indirectamente, junto con el trabajo en las fábricas y en los talleres clandestinos (Nash y Fernández-Kelly, 1983).

El punto de partida común en los trabajos más representativos, es el de situar el trabajo de la mujer dentro del amplio marco del trabajo en la economía y política capitalista.

Tanto cuando se considera a la mujer que trabaja para la industria en países del «tercer mundo», o «en vías de desarrollo», como cuando se analiza a la mujer de los países industrializados, la aproximación teórica es común. Las teorías de la división internacional del trabajo, de la descentralización de la producción, y por tanto de las economías duales, dan paso al análisis propiamente dicho de la mujer. Si, tal y como se ha reseñado anteriormente, a dichas economías corresponden de igual manera dos mercados de trabajo, las mujeres forman parte siempre del mercado secundario de trabajo, junto con los grupos más discriminados en función de la clase, la raza y la etnia. Debido a la proliferación de estudios que tienen como protagonista el trabajo de la mujer, la adscripción a la categoría «secundaria» del mercado de trabajo, se enriquece con los «casos». A partir de entonces la mujer ya no quedará englobada como un elemento más en dicha categoría, junto con las minorías, sino que es analizada como un colectivo que pasa a formar parte de un tercer mercado de trabajo; aquel que está a su vez «más explotado y discriminado,

respecto a los hombres del mercado secundario de trabajo, en función del sexo». Para las feministas socialistas, la división del trabajo en el mercado de trabajo, no es nada más que la reproducción de los mecanismos de perpetuación — establecidos en el seno de la familia — de una continua subordinación de las mujeres a los hombres. Una ideología patriarcal estaría en la base de las relaciones de clase: «Capitalists do this by segmenting the labor market (along race, sex and ethnic lines among others) and playing workers off against each other. This ignores the role of men, men in general, as both capitalists and workers in maintaining the subordination of women in the labor market» (Hartmann, 1976).

La contribución de la perspectiva feminista socialista al tema ha sido valorada en función de un análisis efectuado en paralelo; al conocimiento del papel que la mujer representaba en el seno de la división del trabajo en la industria, ha añadido el papel desempeñado por la mujer en la familia. Una dicotomía más radicalizada explicaba así por qué la mujer se presta, y es aprovechada por los empresarios, para realizar los trabajos «más discriminados». Con relación al trabajo industrial a domicilio, la mujer está capacitada para desempeñar trabajos «en peores condiciones que los realizados en el interior de las fábricas». Al ofrecérsele trabajo a domicilio se le plantea «la posibilidad de resolver el eterno conflicto de los dos roles que la mujer trabajadora debe de asumir: el de madre y esposa por un lado y el de trabajadora asalariada por otro». Esta forma de trabajo reforzaría en ese sentido el rol tradicional de la mujer como ama de casa y le limitaría las posibilidades de promoción laboral y social que podría alcanzar en el interior de una fábrica. En realidad, todas las investigaciones realizadas en los diferentes países coinciden en el mismo planteamiento. La mujer accede a dicha modalidad de relación laboral impulsada por el doble motivo: en primer lugar, porque necesita un salario para hacer frente a la precaria situación de su entorno; en segundo lugar, porque trabajar en esas condiciones le resulta más cómodo frente a las responsabilidades domésticas que debe asumir. Los análisis que se han realizado en España asumen en general esta misma aproximación, tanto cuando se analiza indirectamente, englobada en la sociología del trabajo (Duran, 1972; Alcobendas, 1983), como cuando se realizan investigaciones directas (Sanchís, 1984; C.C. O.O., 1987).

La tercera etapa, caracterizada por las investigaciones realizadas en los últimos años y las que se encuentran en curso, representa un momento algo diferente en torno al análisis. Aunque se asumen en general las aproximaciones realizadas anteriormente, comienza a vislumbrarse un intento de replanteamiento crítico tanto de las teorías sobre la economía informal como de las teorías del mercado de trabajo, es decir, respecto a los colectivos que forman parte de ese «mercado laboral negro».

Refiriéndose a la economía informal en general, y por tanto también a determinadas formas de trabajo industrial a domicilio, los trabajos de Fernández-Kelly y García (1985) por un lado, así como los de Portes y Sassen-Koob (1987) por otro, me parecen los más importantes y dignos de mencionar. En ambos se plantea la necesidad de reformular los conceptos de informalidad y formalidad a la luz del desarrollo cada vez mayor de actividades económicas informales. Las dicotomías establecidas tanto en función de las economías como de sus correspondientes mercados laborales no se asumen sin reservas:

«Empirical research shows that the stylized dichotomy between the formal and informal sectors is, at best, a caricature of a complex interactive phenomenon. For example, the evidence demonstrates that workers frequently move intermittently between the two sectors responding to need and opportunity» (Fernández-Kelly and García, 1985).

La complejidad del fenómeno, así como la movilidad de los trabajadores para pasar de un sector a otro en función de sus intereses, es advertido por las investigaciones empíricas. La rigidez con la que se habían caracterizado ambos sectores se pone en tela de juicio. Ambos trabajos, basándose fundamentalmente en investigaciones realizadas en Latino-América (Peattie, 1980), ponen de manifiesto tanto la movilidad voluntaria, como la existencia de trabajadores que pueden ganar salarios más elevados en los sectores informales que en los formales. Portes y Saskia Sassen-Koob escriben al respecto:

«...studies indicate significant income variation among the informally employed including income levels that exceed, at times, the average among formal workers. The existence of these remunerative opportunities is also related to the question of voluntary shifts into informal employment» (1987:37).

Aquellas teorías que vieron los trabajos en la informalidad exclusivamente como alternativa a la pobreza deben replantearse:

«If the informal economy were exclusively a refuge from destitution, two facts would logically follow: first, average income levels among the informally employed would be significantly lower than among workers in the modern sector, and, second, those who found employment in formal activities would never leave voluntarily in order to move into the informal economy. Recent empirical evidence contradicts both predictions» (1987:36).

En relación al trabajo industrial a domicilio en España, y más específicamente el de la mujer, Sanchis apuntaba ya algo similar:

«No es fácil precisar en que medida el trabajo a domicilio equilibra la renta familiar al nivel de subsistencia o simplemente evita la pérdida de posiciones en la carrera consumista típica de una sociedad moderna. En función de las características de la población encuestada se podría afirmar que la proporción de familias en situación de verdadera necesidad no debe ser muy superior al 10 por ciento, lo que por otra parte no debe utilizarse como argumento para justificar un estado de cosas que no puede seguir manteniéndose en una sociedad que quiere ser progresiva» (1984:182).

Las propias investigaciones que se están realizando en la región de Alicante reflejan también una importante variedad de mujeres y de grupos domésticos en general, que adoptan esta modalidad de trabajo. Aparecen indicios que ya no permiten incluir a dichos grupos en una categoría única como parecía en las primeras etapas de la investigación (Melis, 1984;1986). La sociedad industrial actual no se caracteriza, precisamente, por ofrecer empleos de primera categoría, con altos salarios y seguridad en el empleo dentro de las puertas de las empresas y/o fábricas. El espectro, cada vez más real, de despidos y cierres de empresas, ponen en tela de juicio aquella imagen de seguridad en el empleo a través de un contrato de trabajo. Los enormes beneficios logrados por las empresas gracias a la informalización de su sistema de producción, permiten sospechar que los trabajadores

informales irán en aumento. Por consiguiente, cada vez existen más capas sociales que tienen que trabajar en la informalidad. Y de la misma manera que las empresas recogen sustanciosos beneficios al pasar a ser «subterráneas», cada vez aumentan más esas capas de trabajadores intermedios — que se sitúan entre la empresa y los que fabrican casi manualmente determinados productos —, los cuales se aprovechan a su vez de esa situación. Intermediarios, pues, y estructuras jerárquicas, comienzan a hallarse incluso entre todo ese gran sector que ha sido caracterizado como relativamente homogéneo. Esas divisiones y jerarquías existen también entre las mujeres como entre cualquier colectivo de trabajadores (Melis, 1988). Un replanteamiento de las teorías sobre las clases medias, así como respecto a las teorías sobre la mujer, que se han caracterizado por adscribir a la misma en una categoría única y cuyos análisis han sido excesivamente esquemáticos, se hace necesario. En resumen, a través de la investigación etnográfica se plantea la necesidad de enfrentarse a una serie de problemas mucho más complejos que los que se han venido abordando hasta ahora. Los análisis excesivamente dicotómicos que se establecieron en relación a los conceptos de formal/informal, trabajo dentro de fábrica/trabajo fuera de, salarios buenos/salarios malos, hombre/mujer, explotación/marginación etc., merecen ser revisados y puestos al día. El detalle etnográfico enriquece, por otro lado, todo el sistema de valores excesivamente rígido en las teorías anteriores en relación tanto al trabajo como a los roles desempeñados por los actores en el grupo doméstico. Y desde esa perspectiva, podemos plantear el trabajo industrial a domicilio de la mujer dentro del marco de la unidad doméstica, en la que la actividad de cualquiera de sus miembros debe entenderse como una estrategia de adaptación del grupo en cuestión.

BIBLIOGRAFIA

- Albrecht, S. L. 1982. "Industrial Home Work in the United States Historical Dimensions and Contemporary Perspective". En *Economic and Industrial Democracy*, Nos. 3-4.
- Alcobendas Tirado, P. 1983. *Datos sobre el Trabajo de la Mujer en España*. Madrid, CIS.
- Altamira y Crevea, R. 1905. *Derecho consuetudinario y economía popular de la provincia de Alicante*. Madrid: Imp. Asilo de Huerfanos del S. C. de Jesús.
- Averitt, R. T. 1968. *The Dual Economy*. New York. W. W. Norton.
- Bagnasco, A. 1983. "La cuestión de la economía informal". En *Sociología del trabajo*, 9.
- Balbo, L. 1976. *Stato di famiglia: bisogni, privato, collettivo*. Milán, ETAS Libri.
- Bernabe Maestre, J. M. 1976. *La industria del calzado en el Valle del Vinalopó*. Univ. de Valencia.
- Blaxall, M. and B. Reagan, eds. 1976. *Women and the Workplace, the Implications of Occupational Segregation*. Chicago. University of Chicago Press.

- Capecchi, V. 1983. "La economía sumergida en Italia. Investigación en una región caracterizada por la existencia de la pequeña empresa". En *Sociología del trabajo*, 9.
- Castells, M. 1986. *La Economía Sumergida: Conceptos, Definiciones, Metodología para su estudio y cuantificación*. Madrid: I.N.E.
- Castroviejo, A. y P. Sangro. 1908. *El trabajo a domicilio en España*. Imp. de la Suc. de M. Minuesa, Madrid. (citado en E. Sanchis: *La economía sumergida en el País Valenciano*, Valencia, 1982.).
- C.C. O.O. 1987. *La Mujer en la Economía Sumergida*. Madrid: Ed. por la Confederación Sindical de C.C. O.O. Secretaría de la Mujer.
- Cetro, R. 1978. "Il lavoro a domicilio a Pomigliano d'Arco: condizione sociale e condizione lavorativa della donna in un polo di sviluppo", en *Inchiesta*, nº 33.
- Crespi, F., R. Segatori y V. Bottacchiari. 1975. *Il lavoro a domicilio. Il caso dell'Umbria*. Bari, De Donato.
- Duran, M. A. 1972. *El trabajo de la mujer en España*. Madrid. Ed. Tecnos.
- Doeringer, P. B. and M. J. Piore. 1971. *Internal Labor Markets and Manpower Analysis*. Lexington, M. A. Lexington.
- Edwards, R., D. Gordon and M. Reich, eds. 1975. *Labor Market Segmentation*. Lexington, M. A. D. C. Heath.
- Eisenstein, Z. 1979. "Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism". New York: *Monthly Review Press*.
- Ferguson, A. 1979. "Women as a New Revolutionary Class", in Walker, P. (1979): *Between Labor and Capital*. Boston: South End Press.
- Fernández-Kelly, M. P. and A. M. García. 1985. "The Making of an Underground Economy: Hispanic Women, HomeWork and The Advanced Capitalist State". *Urban Anthropology*, vol.14 (1-3).
- Frey, L. 1974. *Decentramento produttivo: dalla grande impresa al lavoro a domicilio, en VV.AA.: Occupazione, lavoro precario, piccola a media impresa*. Roma, COINES.
- Frey, L. ed. 1975. *Lavoro a domicilio e decentramento dell'attività produttiva nei settori tessile e dell'abbigliamento in Italia*. Milán, F. Angeli.
- Guilbert, M. et. V. Isambert-Jamati. 1956. *Travail féminin et travail a domicile*. CNRS.
- Hart, K. 1973. "Informal Income Opportunities and Urban Employment" en *Ghana. Journal of Modern African Studies*, Nº 11 (citado en Portes and Saseen-Koob, 1987).
- Hartmann, H. 1976. "Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex". In Blaxall and Reagan (o.c.).
- Johnson, L. C. 1979. "The homeworkers: an invisible, highly exploited segment of the female labor force". En *Perception*, nº 3.

- Melis, A. 1984. *La mujer y el trabajo a domicilio en la comarca del Alto Vinalopó (Alicante)*. III Congreso de Antropología. San Sebastián.
- 1986 *Consecuencias socioculturales del trabajo industrial a domicilio*. Benidorm: Cursos Internacionales.
- 1988 *División del trabajo en la economía sumergida: una aproximación al tema*. (en prensa).
- Nash, J. and H. Safa, eds. 1976. *Sex and Class in Latin America*. N. Y. Praeger.
- Nash, J. and M. P. Fernández-Kelly, eds. 1983. *Women, Men and the International Division of Labor*. SUNY, New York.
- Peattie, L. R. 1980. "Anthropological Perspectives on the Concepts of Dualism, the Informal Sector, and Marginality in Developing Urban Economies". *Int. Regional Science Review*, vol. 5, nº.1.
- Portes, A. 1986. *La Economía Sumergida (Informal): Apuntes y sugerencias para su investigación*. Madrid: I.N.E.
- Portes, A. and Saskia Saseen-Koob 1987. "Making It Underground: Comparative Material on the Informal Sector" in *Western Market Economies*. *AJS*, vol. 93, nº 1.
- Ruesga Benito, S. M. 1986. *Economía Oculta: De la Definición y de los métodos de estimación*. Madrid. I.N.E.
- Saba, A. 1980. *L'Industria sommersa: il nuovo modello di sviluppo*. Venecia, Marsilio. Versión castellana Institució Alfons el Magnanim. Diputación de Valencia.
- Sanchís, E. 1984. *El trabajo a domicilio en el País Valenciano*. Madrid. Ministerio de Cultura. Instituto de la Mujer.
- Vekemans, R. y S. F. Ismael 1969. *Marginalidad en América Latina*. Barcelona, Ed. Herder.
- Wong, M. G. 1983. "Chinese sweatshops in the United States: a look at the garment industry". *Research in the Sociology of Work*.
- Ibarra, J. A. 1986. *Análisis Coyuntural en Economías Ocultas: Reflexiones Críticas*. Madrid, I.N.E.
- Zimmermann, A. 1950. "El trabajo a domicilio en Suiza". *Rev. Internacional del Trabajo*, sept.-oct.

REFLEXION SOBRE LA POCO COMUN PRODUCCION DE LAS PEQUEÑAS MUJERES

LOURDES MÉNDEZ

Universidad del País Vasco

Desde finales de los sesenta asistimos, tanto en USA como en Europa, al surgimiento de una serie de trabajos de investigación realizados por mujeres y que tienen por objeto de estudio a otras mujeres desde la filosofía y las Ciencias Sociales y Humanas (Antropología, Historia...). Toda una coral de disciplinas empieza a entonar una discordante melodía que pretende conjugarse en femenino. Este fenómeno ha sorprendido, inquietado, provocado reflexiones.

Algunas nos hemos sentido interpeladas por el peso de las teorías androcéntricas (Amorós, 1986), a la hora de realizar investigaciones sobre «la»* mujer y por las metodologías y técnicas que había que aplicar, pero que no resultaban operativas con relación a nuestras hipótesis. Como antropólogas, leíamos y releíamos a Levi-Strauss, Godelier, Balandier, Clastres, Foucault, Bourdieu, por no citar más que a algunos de los grandes hombres que producían desde una perspectiva si no común, sí complementaria. Tras leer sus textos, discutíamos sus posibilidades de aplicación a los estudios sobre «la» mujer. Lo hacíamos entre investigadoras puesto que, aparentemente nuestra poco común producción, ligada a la elección de un poco común objeto de estudio, era calificada a menudo de ideológica y no interesaba demasiado ni en los ámbitos académicos ni en los intelectuales.

La publicación de textos de investigadoras como Ortner, Segalen, Millet, Verdier, Weiner, Handmann, Perrot, Delphy y muchas otras nos permitió confortarnos con ellas. Lo hicimos no sólo a nivel teórico, sino simbólicamente, a nivel de identificación sexual, y se produjo un interesante fenómeno: el del eco.

Mujeres investigadoras habían elegido como objeto de estudio a «pequeñas mujeres», que intentaban construir teorías y dar interpretaciones mediante el esfuerzo de re-pensar y re-nombrar lo mil veces nombrado. ¿Y con qué cosas nos encontrábamos en muchos casos? Con el eco de la producción de los grandes hombres retomada esta vez desde lo femenino, legitimada.

*.- Utilizaremos el «la» en el sentido en que lo define Lacan en su esquema de sexuación. El «LA» inexistente que representa a la mujer como fantasía del hombre.

Ha llegado el momento de reflexionar. Durante estos años, las investigadoras sociales han publicado numerosos trabajos. Los desarrollos teóricos expuestos en ellos se contradicen en aspectos fundamentales y nos llevan a interrogarnos sobre la validez del objeto de estudio «mujer». Asimismo, se nos presenta como indispensable la reflexión crítica sobre «la producción de los grandes hombres», y la necesidad de construir un corpus conceptual que permita la elaboración de una epistemología antropológica (en nuestro caso) en la que «la» mujer desaparezca como pseudo-objeto de estudio para dar cabida a la problemática de los géneros. Pensamos que hablar de roles, género, poder femenino, identidad sexual, jerarquización sexual supone, tanto para la antropología como para otras disciplinas, un esfuerzo de definición teórica importante. Esto lleva consigo no sólo el desarrollo de lo anteriormente expuesto, sino también un conocimiento y una vigilancia de la poco común producción de las mujeres investigadoras que se ocupan del objeto del estudio «mujer».

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre la problemática situación de las mujeres en tanto que investigadoras del objeto de estudio «la» mujer. Para ello, vamos a analizar brevemente los ejes en torno a los que se han elaborado estas investigaciones, para, después, esbozar lo que a nuestro parecer podría ser la vía a seguir para que estos estudios no ocupen el lugar marginal que les está siendo atribuido dentro de las ciencias sociales.

1. LA APARICION DE UN NUEVO OBJETO DE ESTUDIO: LA MUJER

A partir de los años sesenta, se desarrollan en Europa y USA investigaciones que tienen a «la» mujer como objeto de estudio. De ellas se desgajan cuatro corrientes que plantean interpretaciones diferentes del análisis de la realidad social de las mujeres:

- Las matriarcalistas, (Ortiz-Oses y Mayr, 1980; Illich 1983), y aquellas que cuestionan el matriarcado y el matriarcalismo (Magli y Conti Odorisio, 1983; Bamberger, 1979).

- Las que intentan probar la existencia de las llamadas artes femeninas, artes que llevarían implícita la llamada «cultura o subcultura» femenina (Verdier 1979; Gelis 1984).

- Las que defienden que la distribución de roles y saberes se basa en la complementariedad de tareas (Segalen, 1980).

- Las que consideran que las mujeres en tanto que género han cumplido siempre una función social que les designa un espacio y un quehacer concretos. Ese espacio se sitúa en la esfera de lo privado y no puede ser analizado si ignoramos los conflictos inherentes a la división sexual existente en todas las sociedades (Handmann, 1983; Perrot, 1984).

Uno de los nexos que unen estas investigaciones es el de haber sido realizadas en su mayoría por mujeres, el de tener a «la» mujer como objeto de estudio, y el de haber sido llevados a cabo o bien en medio rural o bien buscando las raíces míticas de un pueblo. Al mencionar estas cuatro corrientes, no pretendemos más que presentar un esquema clasificador de la situación, insistiendo en el hecho de que

establecer fronteras rígidas entre las diferentes aproximaciones es prácticamente imposible.

Para comprender y contextualizar esta situación hay que tener en cuenta lo que social y políticamente ha representado durante estos años el auge del movimiento feminista (MF). Puesto que a nuestro entender, ha influido en los planteamientos de numerosas investigadoras contribuyendo a que algunos de estos estudios se desarrollen desde una reflexión crítica y feminista.

Los nombres y las obras de S. Beauvoir (1949) y de B. Friedan (1965), se encuentran estrechamente ligados al desarrollo del MF y de las investigaciones sobre la realidad social de las mujeres. Tanto «El segundo sexo» como «La mística de la feminidad», van a jugar el papel de catalizadores y configuradores de un MF que se estructurará sobre nuevas bases a finales de los sesenta. Asimismo, las obras de Delphy (1970), Geer (1971), Millet (1975), Mitchell (1976), Firestone (1976), marcarán el desarrollo político e ideológico de un movimiento que agrupa diversas tendencias. Esta efervescencia, lejos de circunscribirse al ámbito de lo político, va a llevar a ciertas mujeres investigadoras integradas en los ámbitos académicos, a plantearse el interés de reflexionar y elaborar trabajos en torno a «la» mujer.

Francia es sin duda uno de los países donde aparece como indisociable la vinculación entre el MF y las investigaciones sobre «la» mujer. En un primer momento, las investigadoras empiezan a plantearse la posibilidad de pensar lo que aparentemente no había sido pensado, o había sido prohibido o relegado. Se interrogan sobre sí mismas y sobre los límites epistemológicos impuestos por sus respectivas disciplinas, límites que imposibilitan el desarrollo de estas investigaciones. Para ellas, hay que comenzar por dudar de la validez de los métodos y de las técnicas, desarticular los objetos de estudio y, quizás, componer otros nuevos. Esta problemática se les plantea con mayor intensidad a aquellas mujeres que se definen como feministas y que pretenden elaborar un corpus teórico a partir de unas hipótesis que son percibidas como meramente ideológicas en el seno de sus respectivas disciplinas.

La década de los setenta es la que ve emerger con mayor fuerza toda una serie de investigaciones en torno a «la» mujer. Desde las ciencias sociales, algunas voces insisten sobre la necesidad de legitimar este nuevo objeto de estudio puesto que la carga ideológica del mismo parece invadirlo. Asimismo, la estrecha vinculación existente entre los planteamientos políticos feministas y algunas investigadoras provoca una doble reacción. Desconfianza por parte de aquellas personas que, no siendo feministas, se declaran interesadas por elaborar trabajos que tengan a «la» mujer como objeto de estudio, y desconfianza de unas ciencias sociales que dudan de la calidad y la legitimidad científica de los estudios realizados.

A estas dificultades se unen las propias a toda investigación: construcción del objeto de estudio, elección de la metodología y de las técnicas, elaboración de las hipótesis, marco teórico, conceptualización, etc.

Actualmente asistimos a un cuestionamiento del interés y la validez de realizar investigaciones, ya sean «feministas» o no, que tengan a «la» mujer como objeto de estudio. Esta situación puede explicarse en base al cambio económico, social y político producido en Europa y USA en lo que a los derechos de las mujeres se refiere. Alguna de las reivindicaciones políticas del MF, han sido asumidas por los

estados democráticos, creando así una ilusión de igualdad formal entre los sexos. Este hecho está teniendo repercusiones importantes tanto a nivel social y político como de investigación. Durante el Forum 85 sobre la situación de las mujeres que se celebró en Nairobi, tuvieron lugar dos seminarios titulados: «Nuevas estrategias para los estudios sobre la mujer». Dichos seminarios consistieron en la presentación de los estudios en los diferentes países. Las conclusiones a las que llegaron eran que prácticamente en todos ellos se estaba potenciando la elaboración de estudios en torno a la problemática, no ya de «la» mujer, sino del género. Lo que queremos recalcar aquí es que por una parte, institucionalmente, aparece como una necesidad internacional el solucionar la llamada «problemática de la mujer», mientras que en el terreno de la investigación, nos encontramos en una fase de elaboración de las nuevas estrategias, indispensable para abordar ese nuevo objeto de estudio.

Si bien lo expuesto hasta ahora puede ser una explicación objetivable del por qué de la actual situación, no debemos olvidar algo esencial y que ha surgido de la propia dinámica teórica llevada por las investigadoras. Actualmente, algunas autoras reconocen la necesidad de un cambio en las bases teóricas de estos trabajos. Sin embargo, el problema es, a nuestro parecer, más de forma que de fondo. Aunque algunos planteamientos teóricos y metodológicos han podido no ser los adecuados (Segalen, 1980), o quedarse estancados (Verdier, 1979), hay que hacer referencia a ellos, puesto que nos encontramos todavía ante un conocimiento insuficiente de la realidad social de las mujeres. Perdidas o no tenidas en cuenta en demasiadas estadísticas sociológicas, desapareciendo sistemáticamente del lenguaje, englobadas en el neutro masculino, recuperadas costosamente mediante la historia elaborada por algunas historiadoras, las mujeres, en tanto que género, todavía no son lo suficientemente visibles en y para las ciencias del hombre, como para poseer un reconocimiento científico y académico. Personalmente consideramos que a nivel de las ciencias sociales, debemos luchar en contra de la posibilidad de que un tal objeto de estudio se reconozca, puesto que pensamos que adolece de una falta de consistencia teórica si lo asumimos en los términos en que se ha venido estructurando hasta ahora.

2. DEL PELIGRO Y LA INCONVENIENCIA DE ASUMIR A «LA» MUJER COMO OBJETO DE ESTUDIO.

Por irónico que parezca, creemos poder afirmar que actualmente un sector cada vez más amplio de investigadoras que han dedicado gran parte de sus trabajos a «la» mujer, cuestionan (o mejor dicho cuestionamos) la validez, viabilidad e interés de seguir por ese camino. Confrontando experiencias en diferentes países nos encontramos con un mismo panorama: el impás. Algunas nos situamos con autoras como Perrot, Duroux, Mathieu, Lagrave y otras en la perspectiva de interrogarnos sobre el interés científico de reducir, una vez más, a la mujer a un mero objeto. Siguiendo por esa vía, y como investigadoras, tendríamos que situarnos en cuanto que sujetos y objetos de estudio a un mismo tiempo, cayendo una vez más en esa trampa narcisista en la que tantas veces se ha intentado encerrar a las mujeres, prisioneras de nuestro propio espejo científico e incapaces de anular la trampa en la que hemos

caído. Pensamos que esa trampa narcisista ha funcionado a nivel de las ciencias sociales, puesto que las críticas recibidas a la hora de publicar o exponer nuestros trabajos han aludido fundamentalmente a elementos tales como la subjetividad o la falta de rigor científico. Este tipo de críticas pueden ser analizadas desde dos perspectivas. No podemos obviar el hecho de que han sido emitidas en un contexto sociocultural determinado, marcado por la manera de entender las relaciones entre los sexos. Pero sin olvidar este factor, no podemos dejar de reflexionar sobre el hecho de que nos encontramos con que en el marco de las ciencias sociales nunca se ha planteado al hombre como objeto de estudio de la misma manera en que la mujer ha sido planteada. La objetualización a nivel de investigación de «la» mujer es única. Cómo analizar si no que en un texto tan utilizado como el de Mayntz, podamos leer sin sorprendernos: «Las unidades de investigación se extraen del universo de posibles objetos de observación... formando de esta manera clases de objetos, (mujeres, hospitales...)» (Mayntz et al, 1985:17). Es en este contexto en el que aparece como indispensable optar por una perspectiva crítica feminista que nos mantenga vigilantes ante semejantes aserciones supuestamente científicas.

Reflexionar sobre lo que nos ha conducido a elegir, a pesar de todo, la objetualización conceptual de la mujer, supone adentrarse en un tipo de planteamientos que van mucho más allá de lo meramente teórico o metodológico. Para llevarlo a cabo necesitamos realizar una revisión de la situación actual de las investigaciones. Haciéndonos eco de otras investigadoras, pensamos que la antropología podría aportar una dimensión importante en este momento de reflexión interdisciplinar en torno al tema, no ya de «la» mujer, sino de los géneros como objeto de estudio.

Volvamos, pues, una vez más al análisis del mismo periodo histórico. Tanto las investigadoras europeas como las estadounidenses, desarrollan a principios de los setenta una serie de teorías que se centran en la observación antropológica de que en el ámbito de las culturas se establece una distinción fundamental entre naturaleza y cultura, situando a las mujeres más cerca de la naturaleza, mientras que los hombres serían parte integrante de la cultura (Ortner 1979). La justificación de tal posicionamiento de ambos géneros estaría basada en el rol biológico de la mujer, rol que la estigmatiza en tanto que poder no creador, reconociéndola como reproductora. El hecho de reproducir, nunca ha sido considerado como un trabajo, como una producción, sino como algo inevitable. Pongy (1983) afirma, en este sentido, que el poder de las mujeres pasa por sus cuerpos, que no tienen ningún poder para construir, puesto que el útero remite a un poder de naturaleza, soportado, involuntario. Este tipo de teorizaciones fundamentadas a nivel teórico en la oposición binaria propuesta por Levi-Strauss entre naturaleza y cultura, ha sido cuestionada por Mathieu (1985). Esta autora, se interroga sobre la validez de la dicotomía: hombre = cultura / mujer = naturaleza, e insiste sobre el factor aprendizaje relacionándolo con la especialización de la sexualidad femenina en función de la reproducción. Asimismo, Tabet (1985), nos recuerda que la antropología ha mostrado cómo en numerosas culturas las mujeres son consideradas fundamentalmente como reproductoras y como este hecho biológico es analizado por antropólogos/as en su mayoría no feministas, como externo a las relaciones sociales. Para Tabet, el pensamiento etnológico suscribe y mantiene este error de análisis e interpretación. Por una parte, las teorías antropológicas fundamentan la existencia del dominio

masculino sobre este factor biológico y por otra, ocultan o no explicitan el carácter histórico y social de las relaciones de producción que se establecen en cada sociedad entre ambos sexos.

En el momento actual, nos parece fundamental el replantearse las bases teóricas y analíticas sobre las que la literatura antropológica ha elaborado sus interpretaciones sobre «la» mujer en las diversas culturas. Si además las personas que plantean la investigación lo hacen desde una óptica feminista, deben partir del supuesto de la existencia de un conocimiento crítico de las relaciones que se dan entre los sexos en nuestra sociedad. Este supuesto, permite emitir una serie de hipótesis de trabajo elaboradas desde la mencionada óptica y superadoras del objeto de estudio «la» mujer tal y como ha sido explicitado en el punto 1.

Esta propuesta de trabajo surge en Sévres en 1981, durante el taller: «Anthropologie des femmes et femmes anthropologues».

Las participantes propusieron relacionar las interpretaciones antropológicas sobre las mujeres con la posición de la antropóloga/o en el campo de las relaciones que se establecen entre los sexos en su propia cultura, estableciendo así una relación dialéctica en la que intervienen los diferentes elementos. Esto implicaría a nivel metodológico y teórico un acercamiento crítico cuidadoso durante el trabajo de campo y un análisis objetivo de la relación que se establece con la otra/o.

Aceptar dicha propuesta significa también la necesidad de pensar qué es lo que ha hecho posible que un autor como Levi-Strauss escriba: «Todo el poblado se fue al día siguiente utilizando unas treinta piraguas y dejándonos solos, con las mujeres y los niños en el poblado abandonado» (Michard et Ribéry, 1982), sin que a nadie le sorprenda. Hemos tenido que esperar hasta 1982, para que dos investigadoras demuestren, siguiendo las teorías de otra investigadora, Guillaumin (1970), que el aspecto formal de las producciones lingüísticas no sólo es un problema de estilo, sino que forma parte de las relaciones sociales. Michard y Ribéry (1982) analizan cómo se trata la relación entre los sexos en el discurso supuestamente objetivo de las ciencias sociales. Nos recuerdan que en dicho discurso, las mujeres son a menudo «pensadas como materia», es decir, como objeto. Ese discurso, no puede justificar que un sexo se construya de un modo enunciativo y como indiferenciado con relación a lo animado. Michard y Ribéry (1982), afirman que los resultados de su análisis lingüístico concuerda con el sociológico que analiza las relaciones entre los sexos en nuestra sociedad, puesto que estas se teorizan en términos de propiedad. Propiedad privada de las mujeres en el caso de matrimonio y propiedad colectiva fuera de él. Desde esta perspectiva crítica, el mencionado texto de Levi-Strauss, constituye un claro ejemplo de como las mujeres reales desaparecen de lo social: el antropólogo no las ve como sujetos sociales. Este hecho que señalamos como frecuente, y por lo tanto lo consideramos como paradigmático, nos permite presentar como indispensable la necesidad de analizar el peso del androcentrismo en las teorías sociales y cómo en los conceptos mismos aparece el hombre enunciado como principal y a veces único sujeto social. Estos planteamientos nos posibilitan también cuestionar la validez de «la» mujer objeto de estudio, puesto que de lo que se trataría es de examinar cómo «las relaciones entre los sexos están marcadas por la violencia y la desigualdad» (AA. VV., 1986: 275), y cual es la presencia lógica de

«una teoría de las representaciones que subraya las relaciones de lo imaginario con las estructuras sociales y políticas», (AA. VV., 1986: 278).

Los planteamientos expuestos nos obligan a señalar como importantes las cuestiones de la definición de cultura y la problemática del género y de los modelos culturales que lo definen. Estos aspectos que se consideraban con suspicacia desde otras áreas de conocimiento, se afianzan como una posible vía de análisis e interpretación. Las autoras que han colaborado en la elaboración del artículo: «Culture et pouvoir des femmes. Essais d'historiographie» (1986), se hacen eco de esta situación y avanzan aspectos importantes. Afirmen la necesidad de asumir el doble sentido de la palabra cultura, el clásico, que evoca facultades intelectuales y artísticas, y el antropológico, que nos refiere al conjunto de modelos heredados que permiten a los individuos comunicar, y al mismo tiempo, perpetuar y desarrollar saberes y actitudes ante la vida. Señalan también que la aproximación culturalista, que pretende explicarlo todo interpretando los fenómenos analizados como inevitables dentro del marco de una cultura determinada, no hace más que evitar la problemática, puesto que: «Al negarse a situar a las mujeres al lado de las producciones intelectuales se evita analizar los mecanismos de exclusión y plantearse las diferencias de sexo al mismo nivel de abstracción teórica que otros temas como el parentesco» (AA. VV., 1986: 279). Este tipo de razonamientos, lo recogen también otras investigadoras como Handmann (1983), que al mismo tiempo analizan los mecanismos mediante los cuales las categorías de pensamiento fundamentales pueden convertirse en esquemas interiorizados y transmitirse generacionalmente. La novedad que introduce este tipo de planteamientos teóricos es la de intentar analizar la posición de cada sexo dentro de los sistemas de valores, partiendo del supuesto de que, aunque estén fundamentados sobre el reparto de tareas y de roles, no lo están necesariamente en una relación de equivalencia. Estas propuestas suponen la apertura de nuevas perspectivas con relación a futuras investigaciones, puesto que inician un intento de análisis que partirá de la base de que todo lo cultural debe ser pensado en términos de interrelación y dependencia dentro de un sistema de dominación, en el sentido que le daba al término Foucault. En este sentido ya no se aísla a «la» mujer, no se le objetualiza, sino que se sitúa la problemática a un mayor nivel de abstracción, es decir, se habla en términos de género.

CONCLUSIONES

No debemos olvidar que lo que se plantea en este artículo es un cuestionamiento de la validez del objeto de estudio «la» mujer. Pensamos que se han aglutinado en torno a la asumida indefinición teórica de dicho objeto toda una serie de malentendidos teóricos y metodológicos que debemos analizar. La permanente confusión que hemos fomentado entre «la» mujer, las mujeres, el género, el sistema de género-sexo etc, deberían habernos servido como indicador de que algo no funcionaba. Hemos evitado durante demasiado tiempo la necesidad de enfrentarnos realmente con nuestro supuesto objeto para someterlo a las pruebas de validez a las que habitualmente sometemos otros temas. Pseudo-protegidas por nuestro estatus

de mujeres investigadoras, hemos intentado profundizar en un terreno marginal y difícil sin que las herramientas fueran las adecuadas. Durante los años setenta y principios de los ochenta, era indispensable constatar en las ciencias sociales la negación y el olvido de la historia y la realidad social de las mujeres. Para las investigadoras feministas, aparecía también como esencial la necesidad de conjugar la denuncia política de la llamada problemática de la mujer con el desarrollo de investigaciones que mostraran y legitimaran ante las instituciones públicas la validez de los resultados de una denuncia colectiva orquestada desde diferentes sectores. Tanto los trabajos «científicos» como la denuncia política, cada uno desde la perspectiva que le es propia, denunciaban y analizaban las razones de la opresión y explotación a las que las mujeres estaban sometidas. La situación ha cambiado. No queremos decir con ello que la llamada problemática de la mujer esté resuelta, ni a nivel social y político ni a nivel de investigación, pero si afirmamos, que en lo que a la investigación se refiere, es posible actualmente el plantearse romper con los moldes establecidos y apropiarnos de la construcción de nuestro objeto de estudio.

Tenemos la esperanza de que podemos plantear sin ser mal interpretadas, la posibilidad de trascender y superar el cambio iniciado en los años sesenta. Hemos aprendido ciertas cosas en base a la insatisfacción provocada por el resultado de muchos de nuestros trabajos. Nos hemos dejado en el ordenador cantidad de interrogantes que necesitan ser formulados, pues pensamos que con ello podemos contribuir a modificar, aunque solo sea un poco, el marco conceptual de nuestras respectivas disciplinas. Continuamente aparecen ante nosotras nuevos campos de investigación. Ellos son los que nos han obligado a cuestionar la validez de la presente formulación de nuestro objeto de estudio.

Además del interés de seguir recordando que las relaciones entre los sexos no son naturales, sino sociales, tenemos que plantearnos la necesidad de estudiar aspectos tales como el de la construcción de la identidad femenina, la cuestión del poder femenino, cómo se establecen las relaciones entre ambos sexos, cómo las mujeres aceptan, o aceptamos, la dominación masculina. Para ello, debemos romper los estrechos moldes en que los que encerrábamos al género femenino al intentar encasillarlo en el corsé constituido por el objeto de estudio «la» mujer, para elaborar un sistema conceptual que nos sirva, tal y como lo establecía Foucault, de mediador entre el mundo del pensamiento y el de los objetos. Pensamos que dicho sistema debe tener en cuenta, tanto a nivel teórico como metodológico, la identificación que se establece entre género y sexo en nuestra cultura y la apropiación que cada individuo, ya sea éste mujer u hombre, hace de todo aquello que constituye su realidad exterior, su mundo interior y las relaciones sociales a que está sometido.*

* Este trabajo ha sido realizado gracias a la ayuda a la investigación concedida por la U.P.V. / E.H.U. para el curso 87-88 al equipo interdisciplinar dirigido por L. Méndez y que ha trabajado sobre el tema: **La mujer creadora en las artes plásticas.**

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, Celia, 1986. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos.
- AAVV. Culture et pouvoir des femmes: Essai d'historiographie. *Annales Esc.* Marzo-Abril, 1986, nº 2, pp 271-293.
- Bamberger, J. 1979. El mito del matriarcado: ¿Por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas? en *Antropología y Feminismo*. Barcelona, Anagrama.
- Beauvoir, S. de. 1970. *Le deuxième sexe*. París, Gallimard.
- Delphy, Cristine. 1970. El enemigo principal. París, *Partisans* nº 54.
- Firestone, S. 1976. La dialéctica de los sexos. Barcelona, Kairos.
- Foucault, Michel. 1981. *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona, Anagrama.
- Friedan, Betty. 1965. *La mística de la feminidad*. Barcelona, Sagitario.
- Gelis, J. 1984. *L'arbre et le fruit. La naissance dans l'occident moderne XVI-XIX siècles*. París, Fayard.
- Geer, Germaine. 1971. *La mujer mutilada*. París, Laffont.
- Guillaumin, Colette. 1970. *Le racisme. Genèse et langage actuel..* París, Mouton.
- Handmann, Marie Elisabeth. 1983. *La violence et la ruse. Hommes et femmes dans un village grec*. Edisud.
- Illich, Ivan. 1983. *Le genre vernaculaire*. París, Seuil.
- Lagrange, Rose Marie. 1984. *Pour une interrogation féministe des études rurales sur les femmes. Approches théoriques et méthodologiques*. Ehes.. París (inédito).
- Magli, I., Conti, Odorisio G. 1983. *Matriarcat et/ou pouvoir des femmes?* París, Ed. des Femmes.
- Mathieu, Nicole, et al. 1985. *L'arraisonnement des femmes: essais en anthropologie des sexes*. París. Ehes.
- Mayntz, R. et al. 1985. *Introducción a los métodos de la sociología empírica*. Madrid, Alianza Universidad.
- Michard, C. y Ribbery. C. 1982. *Sexisme et sciences humaines. Pratique linguistique du rapport au sexage*. P. U. de Lille.
- Millet, Kate. 1975. *Política sexual*. México, Aguilar.
- Mitchell, Juliette. 1976. *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona, Agrama.
- Ortiz Osés, A. y Mayr. F. K. 1980. *El matriarcalismo vasco*. Bilbao, Universidad de Deusto.
- Ortner, Sherry. 1979. *¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?* pp. 109-133. En *Antropología y Feminismo*. Barcelona, Anagrama.
- Perrot, Michele et al. 1984. *Une histoire des femmes est elle possible?* París, Rivages.
- Pongy. 1983. *La part des sexes*. París.

- Rosaldo, M. 1979. Mujer, Cultura y Sociedad: Una visión teórica. pp 153-181. En *Antropología y Feminismo*. Barcelona, Anagrama.
- Segalen, Martine. 1980. *Mari et femme dans la société paysanne*. París, Flammarion.
- Tabet, Paola. 1985. Fertilité naturelle, reproduction forcée. In *L'arraissement des femmes: essais en anthropologie des sexes*. París, de Ehes.
- Verdier, Yvonne. 1979. *Fancos de dire, fancos de faire. La laveuse, la couturière, la cuisinière*. París, Gallimard.
- Weiner, Annette. 1983. *La richesse des femmes ou comment l'esprit vient aux hommes*. París, Seuil.

MUJER Y PESCA

MANUEL OLIVER NARBONA

Universidad de Alicante

En el presente trabajo sólo se pretende exponer cual es la situación de los estudios antropológicos sobre la mujer y la pesca. Para las investigaciones que, según mis conocimientos, se han realizado y de lo que yo mismo he estudiado, sistematizaré algunas de las directrices generales que se siguen en los estudios más recientes, así como los perfiles definidos de aspectos del mismo que destacan en la actualidad.

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Como es sabido la llamada Antropología de la Pesca despegó específicamente de la marítima, con la aplicación de los conceptos y técnicas de investigación propias de los estudios campesinos (Chayanov, Etxezarreta, ...). No obstante hasta época muy reciente, en torno a 1975, el papel de la mujer en la pesca ha tenido poco o nulo tratamiento en las investigaciones pesqueras.

No sólo no aparece, apenas, en los estudios generales sobre el trabajo de la mujer (p.e.: Durán, 1972; Alcobendas, 1983), sino que aún en los específicos se afirma que las diferentes funciones de mujeres y hombres en las distintas situaciones del mundo, en relación con la pesca, apenas se han estudiado (Andersen, 1972); que no está bien delimitado el problema de la división sexual del trabajo en la pesca (Acheson, 1981), o que son de desear investigaciones concretas sobre este sector de población generalmente abandonado por la investigación antropológica (Galván, 1986).

Las razones de estas carencias podrían ser varias. En primer lugar, considero que ha influido decididamente el que casi siempre se estudie la pesca en países occidentales y occidentalizados. En efecto, como atestiguan Hornell (1950) y Nimmo (1972), en el sudeste asiático la mujer trabaja duramente en la pesca sin apenas diferenciarse del hombre; de igual modo la presencia de la mujer en los mismos barcos de pesca del Báltico ha sido estudiada por Lofgren (1979) (Los tres citados por Acheson, 1981).

Dicho de otra manera los estudios sobre pesca adolecen, como otros muchos trabajos antropológicos, de etnocentrismo, analizándose desde categorías y posiciones netamente occidentales.

En segundo lugar suele olvidarse que muchas formas recolectoras de especies marinas, como el marisqueo, constituyen formas de pesca. De esta manera no se tiene en cuenta p.e. que sólo en Galicia (1981-82) el 60% de los 20.000 carnets de mariscador están en manos de mujeres (Pardellas, 1986), dado que ni en censos, ni padrones cuentan como profesionales del mar, a pesar de aportar el 10% de la pesca desembarcada. Solo en Arousa, según Pardellas, había 6.057 carnets de 2. (mujeres mariscadoras) de las que el 23,5% aparecen en los censos bajo la sigla S. L.; el 31% trabajando; el 24% con dos actividades y el 10% con tres (marisqueo, conserva, agricultura, redes, modistas, etc.)

Estas labores descritas minuciosamente por Bayo (1972) en su obra *Trabajos duros de la mujer*, en capítulos como "Arrenga con força", "Las conserveras de Vigo" y "Miles de mujeres con el agua a las rodillas", que no exigen titulación alguna, se paga sin nóminas, si exigen afiliación a la Seguridad Social, están necesitados de estudios en profundidad.

Por último, también suele olvidarse que las fases de la pesca incluyen algo más que la recolección de especies marinas desde barcas de menor o mayor tonelaje, sofisticación técnica y tripulación, como son los preparativos necesarios (confección y reparación de redes, avituallamiento...) y la consecuente comercialización de los productos al natural y su conservación (secado, salado, ahumado o en conserva), actividades en las que la mujer tuvo, al menos, gran importancia, aunque hoy apenas participe porque la casi total desaparición de la pesca artesanal conlleva la consiguiente disminución de la participación de la mujer en muchas de estas actividades.

Con estos precedentes no es de extrañar que, en los estudios de Antropología de la pesca en España, la mujer ocupe casi siempre breves líneas. Así, Pascual, Perez Sosa y Mesa (1982) afirman en el capítulo "El espacio social femenino" que la división sexual del trabajo entre mujeres y hombres, en la pesca Canaria, aparece clara y tajante. La mujer cuida de los niños y de la casa, lava la ropa y prepara la comida. Solo se tiene noticias de un par de casos de mujeres en barcos, hijas de un pescador sin hijos. No obstante al describir los trabajos unidos a la pesca muestran a la mujer sacando el pescado de las barcas, separando el de casa y los de los compromisos; clasificándolo por especies y pesándolo ("gangocha") y aportan testimonios fidedignos de que antes lo vendían en los pueblos vecinos, salando el restante para conservarlo, así como que la mujer es la que tiene contactos con los centros burocráticos y comerciales y lleva las relaciones sociales entre las familias de pescadores y con el resto de la sociedad.

Pascual (1987) en su comunicación sobre "la pesca artesanal y el sistema a la parte" afirma sólo que en ocasiones el producto de la pesca se reparte a pie de playa directamente para que las mujeres lo vendan. Otras, la esposa, hermana, madre, etc. de uno de los marineros o del patrón se encarga de venderlo, repartiendo más tarde las ganancias escasas ("las perras" dice descriptivamente).

González Arpide (1985), en su "Cuestionario para el estudio de la pesca costera mediterránea" habla de Estructura familiar, relaciones entre parientes, reglas de

hospitalidad, etc, pero nada de la mujer y su participación en la pesca. Lo mismo exactamente sucede con Alegret (1987) en su espléndido libro sobre los pescadores de Palamós.

Barandiarán (1982) afirma que venden, atan redes y aprovisionan el barco ("neskatillas"). Para obtener algunas noticias, además de las ya referidas de las mariscadoras gallegas, hemos de llegar a los trabajos del sociólogo Montero Llerandi (1966) bajo el título "La mujer y el trabajo en las Comunidades pesqueras", en el que cita las aportaciones al tema de antropólogos y sociólogos españoles basándose en encuestas realizadas con García Ferrando en 1984 en las costas murcianas, así como en las aplicaciones económicas de Gonzalez Laxe. Coetáneas con el proceso transformador de la pesca expuesto por Roi Xordo, siguiendo a Paz Andrade y aplicadas a la mujer de forma genérica, por Benaría, expone la situación polémica de la mujer en las comunidades pesqueras. Aunque nos advierte que debemos huir de generalizaciones, dado que la mujer no puede considerarse un grupo homogéneo por existir notables diferencias entre ellas, considera como pauta cultural pesquera común el rechazo de que la mujer trabaje fuera del hogar, sobre todo si el marido gana suficiente para mantener a la familia. En su encuesta sólo un 8% de mujeres aparecen como trabajando fuera del hogar, frente a un 74% que no trabaja. La actitud generalizada (65%) es, además, que no debe trabajar frente a un 24% que lo considera conveniente y un 11% de indecisos.

Reconoce, no obstante, que en tiempos pasados no era así, culpando al proceso de industrialización pesquera, a partir de los años veinte con expansión de los arrastreros, que haya desaparecido el trabajo de la mujer relacionado con la pesca, sin que se haya promovido ninguna otra incorporación de la misma a trabajos asalariados.

Si, en 1981, sólo 2 de cada 10 mujeres casadas trabajaba en España, en Murcia solo el 0,9 de cada 10 casadas con pescador lo hacía. De este modo concluye que la mujer del pescador forma parte de la España marginal o quizás mejor marginada.

2. DIRECTRICES GENERALES

Siguiendo el ejemplo de los estudios realizados en diversos países pienso que las investigaciones sobre la mujer en relación con la pesca pueden seguir tres caminos principales.

El primero lo constituyen los estudios sobre los diversos papeles o distintas funciones que la mujer desempeña y juega en otras culturas, siguiendo la ya citada invitación de Andersen (1972), al estilo de los trabajos de Llorne, Nimmo o Lofgren, hace años, o el más reciente de Christensen (1977) sobre Ghana. Por ello no sólo nos acercamos a otras situaciones, sino que, comparativamente, podemos percibir posibilidades de análisis y de aplicación.

Una segunda posibilidad podría ser a partir de las teorías feministas como propone Quiñonero (1987) que invita a conjugar los instrumentos de conocimiento de la Sociología y la Antropología con el marco de análisis de dichas teorías.

Pienso, en efecto, Quiñonero, que no es suficiente basarse en las peculiaridades de las comunidades pesqueras en general, dado que existen diversos factores endógenos y exógenos que las diferencian notablemente, sin que se haya investigado como unos y otros influyen sobre el trabajo femenino. Se precisan, por tanto,

investigaciones empíricas, abundantes y bien centradas, que no se dediquen sólo a analizar las esposas de los pescadores, sino también a sus hijas, a las mujeres solteras y a las viudas; que se centren más en las pautas de comportamiento femenino que en la propia actividad pesquera y se refieran tanto a aspectos cualitativos (mediante entrevistas en profundidad), como cuantitativos (encuestas). Pero siempre teniendo en cuenta que la igualdad entre mujer y hombre no depende de problemas legales sino de la eliminación de los roles asignados a cada sexo, de modo que lo que hay que reorganizar es la propia estructura familiar, basada en el patriarcado, en cuanto que comporta una ideología, que refleja en la vida pública, y que los hombres defienden. En este sentido es la propia vida doméstica la que se presenta como objeto teórico a debatir, considerándose como no válido el esquema general del modo de producción doméstico, urgiendo la necesidad de unas respuestas teóricas apropiadas que respondan a la realidad específica de la mujer en la sociedad contemporánea.

Una tercera vía giraría en torno al estudio de casos concretos o comunidades pesqueras de cualquier lugar y época, procurando a través de ellos dilucidar la problemática general de la mujer en relación con la pesca o bien aspectos específicos que, como tales, puedan repetirse en otras circunstancias. De unos y otros surjan teorías, conceptos y métodos que puedan enriquecer las investigaciones en torno a nuestro tema. Esta es la tónica general de la mayoría de investigaciones inglesas, canadienses y norteamericanas, como podremos apreciar mediante un listado aproximado e incompleto de referencias, que, de modo indicativo, expongo a continuación en dos apartados para diferenciar investigaciones y temas sugeridos.

Como ejemplos de estudios que analizando comunidades pesqueras, se detienen específicamente en la problemática de la mujer podríamos citar:

Lummis, T., que ya en 1977 al analizar la comunidad ocupacional de pescadores del oriente de Inglaterra, se opone rotundamente al concepto de comunidad de "sólo hombres" ("men part"), como característico de tales comunidades.

Antler, E., que en diversos estudios (1977 y 1982) trata específicamente el mundo de la mujer en las familias de pescadores de Newfoundland o contrapone los conceptos de pescador y pescadora.

Davis, D. L., se ha especializado en la realización de investigaciones sobre la mujer en comunidades pesqueras, con gran número de artículos en los que trata aspectos generales y concretos, como los papeles activos y pasivos de la mujer, la familia y el cambio social, las asociaciones voluntarias, preocupaciones de las mujeres, menopausia, etc. Volveremos sobre ella al exponer la temática.

Danowski, F., es uno de los investigadores más nombrados, sus trabajos sobre las mujeres de los pescadores, considerando como Tunstall (1969) la pesca como una ocupación límite ("extreme occupation") le llevan a analizar las actitudes de estas mujeres tanto respecto a la vida y los trabajos de los pescadores, como frente a las largas ausencias de los maridos y, consiguientemente las adaptaciones que comporta la "vida aparte" respecto a la familia y a la vida social y de relaciones.

Poster, M. estudia (1983 y 83) la división sexual del trabajo como su desarrollo en el marco de las comunidades pesqueras de Newfoundland.

Thompson, P. con otros (1983) analiza minuciosamente la vida de los pescadores, deteniéndose en las relaciones hombre-mujer y en aspectos de la vida cotidiana de unos y otras.

Acheson, J. M. individualmente (1981) o con Lello, J. (1981 b) no sólo analizan aspectos de la mujer en las comunidades pesqueras con estudios generales sobre la pesca, sino que también se detienen en analizar aspectos específicos como división sexual del trabajo, trabajo doméstico, participación de la mujer en la pesca, independencia femenina, psicopatología de la mujer, adaptación de la mujer a las formas de la comunidad pesquera, papeles activos femeninos o asociados por otros, como demuestra la extensa bibliografía citada (1981) de unos 245 artículos y libros.

Andersen, R. N., Wadel eds. (1972) de una obra comparativa sobre la pesca en el Atlántico Norte, aunque se dedica más a aspectos económicos, trata de la mujer en sus análisis de los problemas de la adaptación pesquera, insistiendo en la neta separación entre hombres y mujeres en relaciones, fidelidades y actividades, al considerar que para los hombres el barco es su casa real y sus relaciones con los barcos están netamente separadas de las de su vida familiar. No obstante, como dijimos, considera que el problema no está claramente delineado, precisándose la realización de estudios en muchos lugares, para poder decidir en forma generalizada.

Pasando ahora a delimitar posibles temas concretos subrayados en diversos estudios, de distintos lugares, autores y épocas podríamos señalar los siguientes, con carácter de insinuaciones y ningún afán de completitud:

- **ANDROCENTRISMO.** La controversia sobre este tema es muy amplia. Son muchos los investigadores que han insistido en que la cultura ocupacional de las comunidades pesqueras es una subcultura de hombres, en la que la mujer sólo ocupa la periferia, un soporte pasivo y sin intereses. El "men apart" y el "what men do" (hombre aparte y sólo lo que hacen los hombres). De igual modo se señalan los límites no sólo simbólicamente sino también físicos, sociales y emocionales del pescador con la vida familiar. La vida en el barco y con el barco; las largas ausencias de la casa y del pueblo; la dedicación exclusiva a la pesca, no sólo constituyen aspectos característicos de una ocupación extrema sino también causas de modos de vida.

Contra esta concepción se han levantado muchas voces y estudios que han pretendido iluminar el papel de la mujer en las comunidades pesqueras y que han desmitificado la soledad familiar del pescador. Por medio de historia oral (Lummis), con estudios sobre la actividad económica femenina (Gersuny, Danowski, etc.), penetrando en su actividad política (Smith, Acheson, etc.), a la actividad productiva (Thompson), en la propia identidad y en la ideología (Davis) de la comunidad, y la autonomía y el poder de la mujer (Poggie), han contestado el androcentrismo.

Lee Davis considera que algunos de estos aspectos son, precisamente temas interesantes de investigaciones concretas (1986, 134 ss), como:

El papel activo de la mujer en la economía familiar, participando en el proceso de producción pesquera, sobre todo en los cien años que van desde 1850 a 1950, y en otras actividades lucrativas, citando los trabajos de Poster (1983), Antler (1982),

Murray (1979), considerando que estos aspectos deben interesar a los especialistas en antropología económica, industrial y campesina, tanto para cuantificar sus aportaciones, como para considerar los trabajos fabriles, sobre todo conserveros, agrícolas y de servicios, cosedoras, modistas, etc.

La actividad relacional de la mujer, con las ausencias prolongadas del varón, y su importancia en la solidaridad del grupo desde diversos ángulos: contraponiendo los "pub/club", con la casa / hogar; influyendo en los grupos primarios; participando en la selección de la tripulación no agnática; ocupando el lugar del varón.

Se enfatiza el "self control" (el auto-control) de la mujer que tiene que decidir por sí sola en muchos e importantes aspectos tanto de la vida personal, como familiar y pública. Debiendo analizarse la actitud de consideración que por este papel y tales actividades tienen los hombres respecto a las mujeres, considerando que puede existir hasta una idealización de la mujer, con todas las ventajas e inconvenientes que comporte. En este apartado se trata también de la autoridad femenina, del sentido de responsabilidad y hasta de una cierta varonización.

La participación de la mujer en la vida pública de la comunidad, es otro aspecto a considerar, tanto con su inclusión activa en las asociaciones voluntarias, religiosas o civiles, como en su dominio de los grupos secundarios. Asociaciones religiosas, de padres, de vecinos, organizaciones diversas, centros recreativos y culturales, etc, como foros de actuación de la mujer o como lugares de ocupación de tiempo libre, dependiendo de la formación media o grado de instrucción, de la vida más o menos tradicional y de las características del lugar.

El sentido de propia identidad o "self identity". Aparecen los estudios de personalidad, contraponiendo el pacifismo y dureza del hombre, la fortaleza y el estoicismo de la mujer; la influencia del mar y la pesca en sus gustos y preferencias, en sus modos de hablar y comunicarse, en los temas de conversación, mostrando la dependencia o independencia de su propia personalidad. El análisis de la imagen de la mujer; la influencia del mar y la pesca en sus gustos y preferencias, en sus modos de hablar y comunicarse, en los temas de conversación, mostrando la dependencia o independencia de su propia personalidad. El análisis de la imagen de la mujer del pescador ante sí misma y ante los demás, tanto de la propia comunidad, como de otras; los cambios operados con la modernización de las costumbres y con los nuevos modos de producción; las reacciones ante la soledad conyugal, etc., constituyen otros tantos aspectos que se consideran dignos de estudio.

Los aspectos ideológicos, los propios de la mujer, como su posible participación en el común sentir comunitario de percepción y juicio de la realidad circundante, aceptación de valores y mantenimiento de expectativas, han de ser también estudiadas para comprender el sentido de su presencia activa o pasiva, preferente o circunstancial en la comunidad pesquera y en el más amplio campo de la vida del conglomerado que habita. La mujer como soporte cuasi-espiritual del marido debe reunir una serie de características y habilidades que no deben presuponerse de antemano.

Un aspecto específico de mentalidad colectiva que suele subrayarse también es la adaptación de la mujer a las formas peligrosas de vida de los pescadores, destacando, a su vez, el papel simbólico que suele encarnar. Davis, en este sentido,

trata de la mentalidad de la mujer frente a las posibles catástrofes que amenazan al pescador (naufragios, accidentes, etc.).

De gran interés resultan los análisis que se centran en la posición de la mujer ante los cambios socioculturales por los que atraviesan la mayoría de las comunidades pesqueras. La ruptura o indefinición de los límites reales y simbólicos con otras comunidades o culturas, la mayor o menor capacidad de adaptación a nuevas formas de vida, con costumbres importadas, los conflictos generacionales, las nuevas formas de trabajo, los cambios de mentalidad en relación con la familia, los hijos, la sexualidad, la cultura y, en definitiva, cualquier innovación mental o material producen choques e innovaciones que es preciso conocer y evaluar.

De mis propios estudios de comunidades pesqueras (Oliver, 1981) he sacado la conclusión que es muy conveniente analizar otros aspectos no señalados hasta ahora. Entre ellos podrían proponerse, sin afanes de exhaustividad, los siguientes:

Las repercusiones que sobre la mujer y, en general, sobre toda la familia, nuclear y extensa, del pescador producen o pueden producir las largas ausencias del pescador. La comparación entre las épocas de estancia en la casa o pueblo, con las de ausencia puede iluminar las características de estas relaciones conyugales y familiares.

Consecuentemente los estudios deben ampliarse con la consideración de la actitud y formas de vida de las madres, hermanas, hijas y viudas de pescadores. Pienso que sufren serias limitaciones las investigaciones por centrarse casi exclusivamente en las esposas, produciéndonos una imagen sesgada de la realidad, que puede variar mucho entre jóvenes, adultas y mayores; solteras y casadas o separadas y viudas.

También debe abordarse la problemática de las satisfacciones sexuales y la mentalidad de unos y otras cuando las circunstancias imponen formas de vida extrañas en otras profesiones.

Puede acompañar el concepto que tiene de la profesión y de las circunstancias que le acompañan, así como la postura mental y conductual que adoptan en relación con el mar, los barcos, la pesca y el personal que a ella se dedica, desde armadores, patronos y compañeros de trabajo, a comercializadores y conserveros, sin olvidar sus respectivas familias.

Analizar las posibles diferencias culturales y de instrucción entre hombres y mujeres, así como la valoración que de todo ello realizan y sus consecuencias en el conjunto de sus vidas puede constituir otro aspecto a considerar.

Por último, debe analizarse el complejo mundo de valores, creencias, formas de comunicación, tradiciones, dichos, sentencias, refranes, leyendas, celebraciones festivas, formas de vestir, cuidados y adornos del hogar, vida religiosa, supersticiones, hábitos culinarios, etc., contemplándolo tanto en su propia identidad, como en relación con las características propias de la vida laboral y de descanso del pescador.

Espero que las consideraciones expuestas, en su provisionalidad, nos inciten a estudiar con mayor empeño y profundidad las mutuas interrelaciones entre la mujer y la pesca.

BIBLIOGRAFIA

- Acheson, J. M. 1981. "Antropology of Fishing", en *Ann. Rev. Anthropol.* 10: 275-316.
- Acheson, J. and J. Lello. 1981. "The Fishermen's wives Association", en *Social and Cultural Aspects of New England Fisheries*, vol. II.
- Alcobendas, P. 1983. *Datos sobre el trabajo de la mujer en España*, Madrid, C.I.S.
- Allegret, J. L. 1987. *Els armalladers de Palamos*, Girona, Dip. Prov.
- Andersen, R. et C. Wadel (eds) 1972 *North Atlantic Fishermen: Anthropological Essays on Modern Fishing*, St. Johns Univ. Newfoundland.
- Antler, E. 1977. "Women's Work in Newfoundland fishing families". En *ATLANTIS* 2 (2): 106-113.
1982. "Fisherman, Fisherwomen", Ph. Dissertation. Univ. of Connecticut.
- Barandiaran, F. 1982. *La comunidad de pescadores de Pasajes de S. Juan*. Oyarzum.
- Bayo, E. 1982. *Trabajos duros de la mujer*, Barcelona, Plaza y Janes.
- Benaria, L. 1977. *Mujer, economía y patriarcado durante la España franquista*, Barcelona, Anagrama.
- Christensen, J. B. 1977 "Motor power and woman power" en Smith, M. E.: *Those who Live from the Sea: A study in Maritime Anthropology*, St. Paul, West.
- Danowski, F. 1980 "Fishermen's wives: Coping with an Extraordinary Occupation" *Mar. Bul* n. 37, Kingston, University Rhode Island sea G. Pub.
- Davis, D. L. 1983 "Woman the Worrier: Confronting archetypes of stress" en *Women's Studies*, 10 (2): 135-146
- 1986 "Occupational Community and Fishermen's wives in a Newfoundland Fishing Village", *Anthrop. Quart.* 59 (3): 275-236.
- Duran, M. A. 1972. *El Trabajo de la mujer en España*, Madrid, Tecnos.
- Errington, F, and D. Gewertz 1987. *Cultural alternatives and a feminist anthropology*, Cambridge, Un. Press.
- Galvan Tudela, A. 1986. *Islas Canarias. Una aproximación antropológica*. Barcelona, Anthropos.
- Gonzalez Arpide, J. L. 1985. *Cuestionario para el estudio de la pesca costera mediterranea*, León, Est. Humanísticos.
- Hornell, J. 1950. *Fishing in Many Waters*, Cambridge Univ. Press.
- Lummis, T. 1977. "The Occupational Community of East Anglian Fisheries" en *Brit. Journ. of Sociology*, 28 (1) 51-74.
- Montero Llerandi, J. M. 1986 "La mujer y el trabajo en las comunidades pesqueras", en *Hoja del Mar*, Nos. 240, 241 y 242.
- Oliver Narbona, M. 1981 "Pescadores santapoleros que faenan la mar grande", Comunicación III Congreso de Antropología. Donostia. (mecanografiado).
- Pardellas de Blas, X.X. 1986. "La mujer y el marisqueo de Galicia", en *Hoja del mar*, n. 241. Abril.

- Pascual, J. A., Pérez Sosa y C. Mesa, 1982. *La Pesca en Canarias*, Tenerife, Centro de Cultura Popular Canaria.
- Pascual, J. 1987. "La pesca artesanal y el sistema a la parte", Comunicación IV Cong. de Antropología, Alicante. (mecanografiado).
- Porter, M. 1982. *Women and old boats*. London, Heinemann.
- Quiñonero, L. 1987. "La mujer y el Mar" en *Noray*, n. 1, Abril-Junio.
- Thompson, P. 1985. "Women in the fishing", en *Comparative Std. in Society and History*, 27 (1): 3-32.
- Thompson, P. et al. 1983. *Living the Fishing*, London, Routledge.

USOS Y COSTUMBRES DE LOS ALDEANOS DE LA ISLA DE LA PALMA

ANTONIO LEMOS Y SMALLEY

*Introducción de Manuel Hernández González
Departamento de Historia. Universidad de La Laguna*

INTRODUCCION

El texto que presentamos a continuación fue escrito por el palmero Antonio Lemos y Smalley en torno al año 1846, según dejó reflejado el historiador del Puerto de La Cruz José Agustín Álvarez Rixo, al que fue dirigido por el palmero. Álvarez Rixo añadió unas observaciones finales y el apéndice que a continuación recogemos en el que brevemente se refiere a los usos y costumbres de los gomeros.

De Antonio Lemos y Smalley lo único que conocemos es que nació en Santa Cruz de La Palma y perteneció a los grupos sociales superiores de la capital palmera.

En las reducidas páginas de este comentario debemos señalar que este texto se enmarca dentro de las corrientes ideológicas dominantes en la época de su redacción. Responde, pues, a las peculiares formas que reviste el proceso liberal en España, tendentes a la consolidación del régimen oligárquico. El pensamiento de estos dos autores se enmarca dentro de la herencia ideológica del llamado «janse-nismo ilustrado» que puso los cimientos del pensamiento liberal de las primeras décadas de la centuria.

Heredero de esas concepciones ideológicas las asume en el escepticismo crítico de una época en la que los deseos de reforma cultural que ese pensamiento propugnaba se ven frustrados por los desengaños de un régimen liberal puramente de fachada. La tradición del catolicismo ilustrado de la que bebió el pensamiento canario de la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX tiene como norte el destierro de las llamadas supersticiones mediante la educación del pueblo en las máximas de una religiosidad moralizante y rigorista que estimule el trabajo y destierre las supuestas lacras de una cultura bárbara y paganizante que había olvidado las máximas de la religión verdadera. El desprecio por las costumbres populares, erigidas desde su punto de vista sobre el derroche hedonista y el desenfreno sexual, y la insistencia en cambios educativos que conviertan al pueblo

en laborioso y productivo, obediente a la Iglesia y al Estado y libre de trabas supersticiosas que obstaculizan su desarrollo, eran las alternativas doctrinales que tropezaban con la realidad que mostraban abiertamente la imposibilidad de unas transformaciones culturales sin operar profundos cambios en el tejido social.

El escepticismo del fracaso de la ideología liberal es el norte de un pensamiento que ve como los cambios políticos son meramente de fachada y que no suponen cambios culturales en las clases populares. De ahí que Álvarez Rixo señale el abierto contraste entre unas élites cosmopolitas y un pueblo supersticioso y analfabeto:

«Me quedé haciendo cruces de ver que todavía en las Canarias hay moradores miserables cuyos usos ridículos y aún detestables no le van en zaga a los de algunas tribus tártaras de Siberia ni los negros del Congo. Pues en La Palma, cuya ciudad capital ha tenido algún comercio exterior, al menos con las Américas y demás islas, donde hay tanto retórico y otras personas instruidas y des preocupadas, era de suponer tendrían la caridad de esmerarse en instruir sus bárbaros coterráneos diseminando algunas racionales ideas en el interior de la isla».

En estos autores se puede apreciar su insatisfacción por los frutos de la revolución liberal que sólo suponen unos cambios de barniz, conscientes de que lejos de suponer una mejora en las condiciones educativas de la población, la supresión de las instituciones monásticas se ha traducido, al no ser sustituidas por otro tipo de centros educativos, en un retroceso general de la educación en las clases bajas de la población. Es significativa su apreciación hacia el título de Don que «inscribiéndose en las listas de elecciones y en las papeletas de contribuciones, ¿Contribuirá esto a formar a un hombre?»

Refleja, pues, los puntos de vista de un pensamiento esencialmente pesimista que ve como la destrucción de los ejes tradicionales sobre los que se establecía la concepción tradicional de la fe y las creencias sólo ha contribuido a destruir la rusticidad afable y la religiosidad característica del campesinado, sustituyéndola por vicios y degeneración «apegándose a esto cierto envalentonamiento que han adquirido con el tratamiento de Don» como señala Smalley.

Con esos parámetros de análisis, con esa visión despectiva hacia los supuestos barbarismos de las masas con su inmoralidad contumaz, y su desprecio por la autocracia paterna y su firme creencia en las supersticiones, la obra de Lemos nos aporta valiosos datos para el estudio de la cultura popular y para el análisis que de ella efectúan las élites sociales. El texto está destinado a enjuiciar el barbarismo aldeano de las clases campesinas en una tierra como la isleña en la que se da una abierta contradicción entre el cosmopolitismo de las élites urbanas y el aislamiento y «supuesto primitivismo» del campo.

Esa aparente contradicción nos delata que, pese a los cambios acaecidos en la centuria que erosionan los hábitos y comportamientos de la mentalidad forjada en los siglos anteriores, el sistema de valores sigue vigente, aunque modificado por la crisis socio-económica que pone en crisis las instituciones familiares, eleva a límites considerables la tasa de natalidad ilegítima y contribuye a desarrollar una intensa emigración hacia América que actúa como válvula de escape pero también como fórmula de ruptura familiar y social. La sociedad campesina ha preservado todavía las normativas y papeles consuetudinarios que le dan cohesión interna. Pese a una

cierta crisis de los valores tradicionales, las redes de solidaridad y la plena asunción del papel en el seno de la sociedad que se puede apreciar en el análisis de cada una de las diversas etapas de la vida y cada uno de los ritos de tránsitos fundamentales de la vida (nacimiento, matrimonio y muerte, siguen dando coherencia interna al sistema social y contribuyen a evitar las contradicciones inherentes al mismo. Son especialmente significativos en este texto las relaciones que se establecen entre los vecinos y familiares en cada uno de estos ritos de tránsito, con la importancia del compadrazgo y del auxilio mútuo entre los vivos y los muertos, que tienden a consolidar un panorama socio-cultural que pretende responder a la realidad de una dura existencia cotidiana.

Esta es la virtud de una obra que hija de una corriente ideológica que asume en su tiempo el análisis crítico de una realidad bárbara que supone vigente en las clases campesinas de una isla y demostrando como diría Alvarez Rixo, que esa superstición e incultura que ellos desdeñan con esa visión del progreso cultural científico y moral del que con aire providencialista se creen portadores, es hija de la sociedad de su tiempo, por lo que refiere que no censuren ni se maravillen las élites sociales, a las que van dirigidas estas reflexiones «porque no se han puesto escuelas, porque no hay más aguas utilizadas, porque el pueblo no se alimenta mejor, porque las casas se construyen mal dispuestas, y porque los caminos y callejones no guardan orden ni regla racional».

Finalmente agradecemos a los herederos de José Agustín Alvarez Rixo, y en especial a Don Julián Fernández Calzadilla, en cuyo archivo se conserva este manuscrito que aquí presentamos, las grandes facilidades que siempre ha dado para la difusión de la obra de ese ilustrado contumaz y escéptico del siglo XIX que fue el portuense Alvarez Rixo

MANUEL HERNANDEZ GONZALEZ

Universidad de La Laguna

USOS Y COSTUMBRES DE LOS ALDEANOS DE ESTA ISLA DE LA PALMA ESCRITA POR DON ANTONIO LEMOS SMALLEY, NATURAL DE LA MISMA ISLA.

1. IDEA DE SU PRIMITIVA SENCILLEZ, VIRTUDES Y ACTUAL INDUSTRIA

Eran estos habitantes antiguamente afables, religiosos, sencillos, puros y verídicos en sus contratos, y aunque sin cultura, su buena moral les daba un mérito sobresaliente, debiéndoseles dispensar por su rusticidad e ignorancia los barbarismos que cometían. Pero eran al mismo tiempo tan humildes y obedientes a la Justicia, que no era preciso cárcel para corregir sus faltas, ni para asegurar los malhechores, pues bastaba con que el Alcalde hiciera un círculo en la tierra con el bastón y les dijese que no saliesen de él, para que permaneciesen en aquel sitio días y noches hasta que se les diese libertad. Pero en el día han variado totalmente, pues el robo, las pendencias criminales, la murmuración, la deshonestidad, la embriaguez y demás vicios los han hecho casi intratables; agregándose a esto cierto envalentonamiento que han adquirido con el tratamiento de Don que antes no tenían con la libertad e igualdad mal entendidas.

Generalmente son muy laboriosos excepto en dos pueblos que su pereza y los vicios de tabaco y vino los tienen en tanta miseria que andan casi desnudos. No así en los demás lugares, pues se ven cultivadas las vetas y andenes más inaccesibles.

2. SU VESTUARIO

Los vestidos son de lana y lino tejido por las mujeres, salvo en las funciones, donde ya concurren con terciopelos, zarazas, muselinas y rasos.

De sus frutos, crías de gusanos y de reses vienen a vender a la ciudad seda, carne, fruta pasada, queso, legumbres, y pagan a los tenderos el lino, loza, y demás efectos que han llevado el año anterior, sacando de nuevo tanta o más porción para el venidero; y como sin ser al fiado no venderían los dichos tenderos, son frecuentes los chascos que se llevan, teniendo que acudir a sus lugares y judicialmente tomarles reses y fincas o a veces no tener de que cobrarles.

3. SUS ALIMENTOS

Sus alimentos son en los ricos gofios, pescado y algunos días carne; y en los pobres el pan que hacen con harina de la raíz del helecho, que cavan, pican, secan y muelen, lo que suelen mezclar con salvado o afrechos de trigo, haciendo panes negros y correosos, pero de buen sabor; y los muy pobres nada le mezclan y lo llaman *bollo estreme*, que regularmente cocinan en un tostador, a lo que suelen agregarles

mojos de mucha pimienta o alguna otra cosa que llaman *conduto* y viene a ser pescado seco, fruta pasada, etc. Pues todo lo que puede valerles algo lo traen a vender a la ciudad para sus otras necesidades.

El helecho de que hacen el pan lo caban en los montes a larga distancia de sus pueblos, donde van en ranchos o caravanas, y están treinta o cuarenta días comiendo frutas solas y durmiendo en chozas, vienen los sábados a mitad del camino con sus haces al hombro, o a la cabeza, y allí van a descargarlos y llevarles de comer el resto de las familias quedadas en las casas; y cuando vienen de retirada causa compasión verlos tan negros de la tierra y tan cargados, pero alegres, dando ajijides y cantando.

4. SUS ENFERMEDADES Y SUS DESATINADAS CURACIONES

Suelen gozar de buena salud, pero cuando se enferman se hacen todos cuantos desatinados le recitan los curanderos de su lugar y los inmediatos, siendo muy raros los que ocurren por médico a la ciudad. Lo primero que presentan a sus doctores son las aguas u orines, las cuales estos miran atentamente diciendo como el paciente tiene cuatro o seis enfermedades reunidas; y así es que le recetan una multitud de cosas a la vez. He visto aplicarles para diarreas *huevos fritos en cera*, violentándolos para que se los traguen. Para itericia huevos llenos de piojos; para hidropesía, beber los orines del mismo paciente; para disentería, agua con polvos de cuatro caminos; para parálisis, orín de caballo cansado; para asma, caldo de gato negro; para elefancia, polvos de oreja de ratón y agua asentada, que es poner a hervir una caldera de agua y ya hirviendo botarle encima otra de agua fría. Y así por este tenor cuantos desatinos les ocurre.

Alimentan a los enfermos con huevos y pescado fresco y cuando están ya sin conocimiento se les mata una gallina de la cual ponen media al fuego con doce tazas de agua y saben graduar la cosa de tal manera que cuando mueran, les queda la otra mitad de dicha ave colgada donde todos las vean para decir en sus lamentos que no murió por falta de alimento, señalando para el que quedó sobrado.

Por curioso me enteré al ver un anciano que estaba agonizando de hidropesía de pecho, y lo hallé tendido de espaldas sin nada de cabecera, y con un crucifijo de media vara de largo sobre el vientre, cuya peana era un tronco que pesaría media arroba. Me apresuré de aliviarle de aquel peso, pero mi determinación la tuvieron por irreligiosa, y creo que después que yo salí se lo repondrían encima.

En aquel lance, así mismo que de antemano, se les llena la casa de gente, y todos a la vez le están gritando, sus familias con llantos descompasados, y los extraños auxiliándoles las almas, pero en tono y con expresión tan bárbaras que causa risa el oírles.

5. SUS DUELOS Y ENTIERROS

Así que expiran los sacan corriendo de la cama para que sus almas no sufran tanta pena y luego todos los presentes van pasándoles por encima para no tenerles miedo. Los ligan y envuelven en una sábana de las más viejas que tiene y colocan al medio de la casa sobre una manta o estera, donde todos se reúnen a velarlo hasta el día siguiente. Todo a la vista e intermediación de los padres, hermanos, hijos o esposas del difunto, uno de los cuales cada diez a doce minutos da un grande ¡ay! y todos recomienzan con nueva monserga de llantos y lamentos, en los que mezclan las

buenas cualidades del difunto y la falta que les va a hacer; todo lo que se alterna con buenos tragos de vino a boca de barrilete, fruta fresca o pasada, y a veces comida de caliente.

Es de notar que los pesares y sensibilidad entre ellos son bien débiles, siendo sus gritos y llantos efecto de mera ceremonia, pues los mismos extremos hacen por la muerte sosegada de un tío paralítico de 90 años, como por un hijo único que improvisamente le entran por la puerta ahogado o derriscado. Yo mismo ví a una joven mujer de un arrogante mozo, que éste murió repentinamente, y como estaban en una casa mía y eran ahijados, pasé al siguiente día a ver la viuda y a tiempo que en la parroquia se estaba doblando por el entierro del marido, se hallaba la mujer ajustando en venta con una vecina los mejores calzones del difunto. Pero con un semblante lleno de serenidad, sólo me dijo: «¡ay padrino! ¿Por qué no vino antes, hubiera visto a José que le llenaron toda la mortaja de lazos violados, que daba mil gustos de verlo y dicen que todos se somaron al camino a mirarlo pasar?» Continuando mi relación diré que antes de llevar el cuerpo a la parroquia hacen un almuerzo de secantes y vino y al tiempo de sacarlo de la casa, es tal la gritería que hacen que parece el infierno; y de los de la familia y conocidos unos van con el muerto y otros quedan en la puerta de la casa viendo la procesión y abanándole con las tocas y sombreros, subiendo de tono los gritos a proporción que se va ausentando. Los clamores se divide en tres grados, primero la salida, segundos y más fuertes a media distancia, terceros y fuertísimos a la última vista, pudiendo llamarse la deshecha, pues gritan tanto que quedan roncacos por mucho tiempo, empeñándose a cual más ha de pregonar las virtudes del difunto en términos que a veces causan risa.

Los parientes más cercanos van a la parroquia con los cabellos tendidos, y si sucede no haber quien abra el hoyo he visto a los padres enterrar a sus hijos y los hijos a sus padres. Después vuelven a la casa mortuoria donde les tienen almuerzo de caldo, siendo también costumbre entre ellos que el pariente más cercano traiga en la mano la almohada que llevó el muerto, no sé si esto también es por costumbre o ceremonia. Comen muy bien todos y al concluir, la dolorida principal da un grande ¡ay! y todos le siguen con llantos y plegarias terribles, concluyéndose todo yéndose los extraños a sus casas y los de la familia a sus tareas de labranza, al monte o al mar según sus respectivos ejercicios. Pero si hay bienes que partir, desde antes de espirar el paciente entran las divisiones y desavenencias; de forma que a veces se van a las greñas y tienen los vecinos que volver a entrar la paz.

Si se les muere algún niño sería minorarles la gloria si lloraran por ellos; vienen todas las vecinas a adornarlo y cada una de las madres y hermanas de los que hayan muerto anteriormente vienen a traerles y ponerles una flor, para que lleven a los suyos. A dichos párvulos tienen sus padres a mucha gala sepultarlos ellos mismos.

6. SU POCA RELIGIÓN Y MUCHA SUPERSTICIÓN

Entre estos aldeanos aún hay algunos que creen en todos los dogmas y misterios de la religión cristiana, pero los más ya no creen en nada de eso, al paso que generalmente todos creen en brujas, duendes, almas que se aparecen, maleficio, mal de ojo, y cuantos agüeros y supersticiones pueden figurarse. Si al salir de sus casas para evacuar alguna diligencia encuentran con un hombre, siguen muy contentos, persuadidos en que tendrán buen éxito; pero si encuentran una mujer, ya creen que

nada conseguirán, y casi siempre se vuelven a sus casas. Si a primera noche oyen cantar un Pedro-Luis, adivina barco de América con buenas noticias; pero si oyen un apagado, adivina muerte de alguno del vecindario. Y por este estilo mil abusos o creencias supersticiosas. También todos tienen en sus terrenos algunos animales que crían por su poca utilidad, y por estar persuadidos que si por disposición divina debe morir alguno de la familia suele Dios revocar su sentencia muriendo alguno de dichos cuadrúpedos.

7. SU PERNICIOSA EDUCACIÓN FILIAL

Hay entre ellos muy poca obediencia y respeto a sus mayores, y a causa de la mala educación se hacen los padres esclavos de sus hijos. Pues desde que éstos tienen uso de razón, empieza entre ellos cierta especie de perniciosa emancipación, porque sus padres les dan una oveja o cabrito, y con motivo de cuidar aquella res se consideran exentos de todas las tareas domésticas, principiando a hacer suyo todo el producto de sus labores. Rarísimos son los padres que ven el premio de sus fatigas y trabajos en criarlos, y alimentarlos, puesto que sólo cuando niños les sirven en cuidar el ganado y dar algunas vueltas al campo que cultivan. Pero a los 16 o 18 años se casan o van para la América teniendo los padres que darles el dote o flete, siendo igualmente raros los que casados, acomodados con amo o desde la América les atienden en su ancianidad.

8. SUS AMORES Y SUS CASAMIENTOS

Las jóvenes caminan solas hasta el extremo de sus lugares, pero si salen a otros, han de llevar una chaqueta del padre o hermano doblada en el brazo y pueden ir acompañadas de algún otro joven. Cuando se encuentran solas con alguno de sus queridos, se están horas y tardes enteras hablando en los caminos con ellos; pero siempre en continuo movimiento con la vista baja, sacando notas de la ropa que llevan o partiendo palitos; y los novios escarbando la tierra con el bordón o palo que traen en la mano. Si crece la amistad, el novio ronda la casa, van juntos a todas partes, aunque sea a la mar o al monte, suelen aliviarse las cargas mutuamente, llevándola a sus hombros respectivos, se citan para todas sus salidas, y aunque caminen de noche a distancias largas nadie lo censura. Si piensan seriamente en matrimonio, entra en la casa de la novia con mucho comedimiento; si repite hasta tercera vez la visita, toma el padre la palabra diciéndole lo siguiente: «Tío N. ¿Con qué fin entra en mi casa? Y él ha de responder rascándose la cabeza: Yo, tío N. entro por casarme con su hija». Entonces prosigue el padre: «Pues entre Vd. y salga y beba agua de la talla». Con cuya expresión se da toda la franqueza que aquél puede desear, mirándosele desde entonces como uno de la familia. Se hacen los regalos de parte a parte; pero si sucede arrepentirse del proyecto, se devuelven todo o el importe de lo que se haya consumido.

Concertados los planes de la boda, tienen los padres que dar a las hijas una casa o fabricársela, si no la poseen, la cual es de más o menos comodidad según sus haberes; y concluida se elige la madrina que siempre debe ser la parienta o vecina más rica, y que más proporciones tenga de pedir ropa prestada para la novia, quien ha de ir vestida a la española antigua. Se nombran los convidados y todos tienen que equiparse de cajeta de tabaco de polvo para desde el día de la primera amonestación

andar dando a cuantos encuentran, aunque sea a los niños, considerándose como desaire el no admitir el obsequio. Regularmente van a la parroquia a caballo el día de la boda. La bestia en que va la novia el novio la facilita, y un hermano o sobrino de aquel la lleva de reata o rienda. Antes de salir para la Iglesia es el almuerzo, reducido a unas enormes tazas de sopas de pan amasado cuatro días antes para que no se gaste tanto. Los novios no almuerzan porque han de comulgar, y la pobre novia tiene que estar doce o más horas sin comer y sin dormir, porque desde media noche hasta el día se lo llevan en vestirla y ataviarla. A la salida de la casa toman la bendición a sus padres y unos y otros han de llorar por presición.

Marcha el rancho todos a caballo pero a la ida va la madrina delante de la novia y a la vuelta por atrás. Por donde quiera que pasan salen a los caminos los habitantes a verlos y felicitarlos, pero la novia con la vista en el suelo ni mira a nadie ni se ríe, ni tampoco ha de hablar nada en todo aquel día. El novio con su padrino y convidados van por separado, teniendo también su convite aparte. Unos y otros de dichos convidados contribuyen con cuatro reales de plata cada uno, que llaman ellos *el taburete*. Las mujeres van asimismo con ropas antiguas que piden prestadas y muy prendadas. Llegadas a la Iglesia, se ponen sobre las dichas ropas sus mantas y sayas y sus sombreros; y la novia que al preguntarle el párroco si quiere por marido a N. responde luego, es tildada de poca vergüenza; por lo que, tomando el extremo contrario, ha habido ocasiones que se han obstinado tanto en no contestar que ha tenido el párroco que irse a la sacristía y desnudarse, siendo preciso grandes empeños para volver a la ceremonia.

Concluido el casorio, vuelven para sus casas dando jijides en ranchos separados, y de todas partes salen a felicitarles, deteniendo ellas las bestias para dar tabaco a todos y botarles almendras confitadas, que nunca pasan de tres en puño. Antiguamente se les tiraban flores y trigo, pero ya cesó este uso. Cuando dan los jijides se destaca la novia y la madrina. Y si acontece que el rancho de el novio pasa por la casa de la novia, se destaca un propio con pan y vino para obsequiar a todos, sucediendo lo mismo si el acompañamiento de la novia es quien pasa por el domicilio del novio.

Colocados en la mesa con los asientos muy retirados de ella, comen con tanto desaseo que las personas finas quedan enfermas. Al concluir entra la cocinera con un gran plato lleno de agua y de hojas de flores, la cual dice: «Lávense señoras las manos en flores, soltarán tostones». Todos se lavan y ponen los cuartos o monedas que quieren, las cuales se reparten con las cocineras.

En tales días, la madre de la novia ni se lava ni se viste de limpio, sino metida en la cocina, puesto que lo contrario sería mirar con desprecio a los convidados. Pero a mitad del convite pone la novia una fineza en un plato, el cual levanta en alto, y todos se tiran a él, llevándolo a la madre, quien de juro ha de llorar al recibirlo.

Concluida la comida, van ambos ranchos dando jijides para la casa del baile, que siempre suele ser la más larga del lugar, aunque lejos quede. Allí están ya las paredes cubiertas con sábanas y colchas, con una fila de asientos que se denominan *el talimo*, teniéndose mucho cuidado en la colocación de las damas, a saber la desposada al centro, la madrina a la derecha, y por un lado las parientas del novio, y por el otro las de la novia. Suele acontecer que habiendo dos en un grado se disputan la

preferencia, pero la madrina arbitrariamente decide la cuestión, de cuya sentencia no se apela, aunque la parte agraviada permanece mohina toda la tarde.

Rompe el baile dos mozos de los más entrometidos. Primero sacan a la madrina, después a la desposada, y una por una a las convidadas. Enseguida alternan con éstas y las demás concurrentes, que siempre son tantas y tantos que suelen concluirse el baile por no caber en la pieza.

Mientras bailan arrojan confituras, atropellándose por *cogerlas* bailadores y concurrentes. Cuando ellos quieren volver a bailar ponen una mano sobre otra encima de la barriga, pero de lo contrario hacen un besamano. Y desde el principio al fin de la fiesta no cesan de tirarse unos y otros las cajas del tabaco envueltas en los pañuelos, lo cual se recibe como distinguido obsequio, aunque les den en la cara, como he visto algunas veces.

Es el baile en las mujeres un continuo sarandeo, abriendo y cerrando los brazos, al paso que en los hombres consiste en variedad de mudanzas de mucho merecimiento por la agilidad de la ejecución e igualdad de ambos bailadores, que siempre han de ser dos hombres y una mujer.

Su música carece de variedad y melodía, pues se reduce a uno o dos tambores, que acompañan las castañuelas de los que bailan, llevando el compás los concurrentes con sus palos en el suelo. Siempre el canto es uno mismo, en la responsión de largos y variados romances compuestos por ellos propios; a veces improvisados, que cansados de cantar por una clave, o que violentamente han subido de ella, descenden a otra con tanta destreza que no pierden el compás.

Si los cantadores y tocadores paran la música repentinamente tiene que decir uno de los bailadores su copla a la dama, continuando el baile hasta que, al dar la vuelta, vuelven a parar para que ella conteste con otra, los cuales se dicen requiebros amorosos y a veces insultos groserísimos.

He visto en estos bailes tanto concurso que se han roto las tablas a través del solladio, como también caer de la armadura del techo gotas de tanto vapor reunido. Y en casas altas y largas, se mece a un tiempo sin cesar dicho solladio, siendo especie de milagro que algunos no se ahoguen en aquel infierno. De manera que cuanto para ellos es un día de placer muy deseado, ha sido para mi de gran martirio, mayormente cuando he tenido que desempeñar el papel de padrino.

Duran dichos bailes hasta tarde de la noche, y el alumbrado de la pieza consiste sólo en una vela puesta en el tirante de la casa, ya sea en palmatoria si la piden, o en una botella cuya luz por falta de aire suele apagarse. Entonces la reunión de ambos sexos es bien peligrosa, pero todo se mira inocentemente por los unos y con apetencia por otros; aconteciendo sus folliscas de palos en las cuales dándose a ciegas, salen descalabrados sin saber de donde les vino el golpe.

El novio suele ir a cenar a casa de la novia, pero hasta pasados seis u ocho días no se reúnen, y para esto va la madrina a hacer entrega de la ahijada al novio.

9. SUS PARTOS Y BAUTISMO

Cuando se aproxima un parto, las vecinas y conocidas se preparan cada una con su docena de huevos, para el regalo de la parida; y ésta en igual ocasión tiene que pagarles la visita llevándoles dos docenas, y si la primera vuelve a parir le aumentan

el regalo con una docena más; de modo que va doblándose aquella contribución en tantos cuantos sean los partos.

Al salir a luz la criatura, ha de disparar el marido cuantos fusilazos puede con arreglo a sus haberes, pero con el notable cuidado que si es varón los tiros han de ser pares y si hembra han de ser nones; con lo cual todo el vecindario queda sabedor de la felicidad del parto y que lo recién nacido.

Si en el parto hay alguna tardanza, se la pone el sombrero del marido. Si la demora sigue se la pone la chuga o chaqueta del mismo, y si para éste o para los secundarios hay también retardo, se la cuelga a la espalda un zapato de un Juan. Y aunque la paciente sepa lo que es, no ha de verlo, porque en tal caso se la subiría el parto a la cabeza. La cama y el suelo del domicilio de la parida se siembra con mostaza por las brujas, poniéndose a su cabecera una espada, o bien un cuchillo, y una cabeza de ajos. Rebanadas muy gruesas de pan cubiertas con huevo batido y miel de abejas es el alimento de las paridas, de cuyas rebanadas se regala a los padrinos y personas más llegadas en amistad y parentesco. Para fortalecerse después de este lance, suelen estar diez o doce días de cama en los cuales por la noche se reúne el vecindario, entreteniéndose con bailes y juegos hasta el día, sin que la parida nada duerma. Ponle al recién nacido un cuernecito o dígito a fin de preservarle de mal de ojo o maleficio; y si en aquellas noches suele cantar un gallo a deshora, se tiene por mal presagio, creyéndose ha visto espíritus malos, y se le mata prontamente. Si acaso oye jijides creen que son brujas, trancas las puertas y se ponen a rezar sobre la criatura porque creen vienen a chuparle la sangre. Si sucede acercarse a la casa algún cochino, se le persigue hasta cortarle la oreja o hacerle sangre.

La madrina tiene que regalar al ahijado los faldellines y un rosarito con una bolsita de raso que contenga alguna reliquia, y además un cuarto agujereado pendiente de un cordón, el cual se conserva durante la juventud como el mejor antídoto para el maleficio. Los párrocos perciben por cada bautismo cuatro reales de plata que da la madrina y la parida le envía una gallina.

10. SUS ROMERÍAS

En todos los lugares de la isla se celebran funciones en varias épocas a los Patronos de las parroquias u ermitas, a las cuales concurren los aldeanos con disculpas que hicieron promesas, a saber, a San Amaro, por desconcierto o dolores de huesos; a San Blas por la tos o mal de pecho; a Santa Lucía por la vista; a la Angustia por algún disgusto o cuidado extraordinario; y a las Nieves porque les traiga cartas o remesas de América. Y también a otras partes por cualesquiera abogación que ellos suponen. Y con tal que las jóvenes contratadas con sus novios digan a sus padres que hicieron promesa a los santos por tal o cual cosa, las dejan ir a su libertad, juntas o con sus vecinas; así es que suele haber malos resultados. Llevan regularmente algunos efectos que vender o permutar; pero por lo regular es por mera diversión, para gastar, en cuyos viajes están ahorrando mucho tiempo, los que duran de 24 a 48 horas. En este espacio parece increíble las leguas que andan. Todos suelen venir cantando y tocando tambores, dando al llegar a sus casas a cada uno de sus familias y conocidos unas almendras si vienen de las Angustias, un higo

si vienen de Puntagorda, etc. Duermen apiñados en el suelo sin separación de sexos en las tales romerías; por tanto acontece lo que cantan ellos mismos:

«Si fueras a San Amaro,
mira que el Santo es bellaco,
que yo mandé mis dos hijas,
fueron dos y vinieron cuatro».

11. SUS HABITACIONES Y MUEBLES

Las casas separadas generalmente a mucha distancia unas de otras son construidas de piedra seca cubierta de paja, y su piso formado con bosta de buey bien apisonada hace un suelo bastante parejo y duradero. La de los vecinos más pudientes suelen ser de piedra y barro encaladas.

Sus muebles son igualmente mezquinos y miserables. Un molino de mano, gánigos de barro, talla para el agua, un morterito y cucharas de palo, alguna banca rústica de la propia materia, algunas cajas para su poca ropa, y se come en el suelo en el cual extienden un paño de mantel, siendo uso que el padre de familia sea el primero a entrar la mano en el plato. Cama la constituye un haz o camada de helechos secos, y los más ricos son los que tienen algún colchón de paja o lona y algunos telares. Entre las bancas hay una de tres pies a la cual llaman el mancebo destinada a tener encima una teja y dentro de ésta las teas encendidas que le sirven para alumbrarse. Esta voz revela a la verdad el uso antiguo, porque hubo un mancebo en las casas pudientes de la Península que celaba este rústico alumbrado, interín sus amos cenaban.

12. VOCES ADULTERADAS QUE USAN EN ESTOS CAMPOS

Anteojo: enteujo. Administrador de correo: curreyero. Beneficiado: moneficiado. Boticario: proticario. Correa: curreya. Cadaver: calabre. Chaqueta: chuga o jibón. Chaleco: chuleque. Chocolate: chacolate. Café: alcafe. Continuo: perenal. Cuchara: cochara. Cochino: cuchino. Costumbre: constelación. Donminguo: duminus. Diputado: deputado. Durazno: lorasno. Escribano: escrebano. Familia: apego. Fiel de fechos: fiel de afrechos. Faldriquera: mariana. La olla: lolla. La iglesia: liglesia. Las medias: las pedonas. La pechera: la chorrera. Corte de zapatos: el rostro. Mateo: Mateyos. María: Mariya. Me alegro mucho: jina bien. Nombrar: mentar. Superior: supriyor. Mediano: jo menos. Infimo: fañuco. Estómago: estogamo. Plátano: plantano. Vómitos: gómitos, o lancias trusques. Contribución: contabención. Conciliatorio: consulatorio. Garguero: garguerino. Diferente: ferente. Epoca: comenos. Tratar, comunicar: aleutar. Robusto: rústigo.

OBSERVACIÓN

Del contexto de la precedente Memoria se saca en limpio la verdad del refrán isleño: Palmero, gilmero. Con efecto, aquella falta de generosidad de los novios de recoger los mezquinos regalos véase (en nº8) que hacen a sus novias y padres de ellas cuando se retraen de la amistad. El ardid de que el pan esté duro para que se coma menos el día de la boda. En fin la ridícula fineza de ir repartiendo dos o tres almendras confitadas no puede manifestarlo más claro.

La variedad de vocablos que se nota entre los palmenses y los habitantes de las otras islas canarias da motivo a unas observaciones filosóficas. Pues sólo en 350 años transcurridos desde la conquista al presente en que la comunicación es continua con las demás islas y con España misma, al paso que la lengua castellana fija ya por los escritores, sin embargo hay esta alteración y voces meramente de capricho de estos camponeses, es maravilla que cuando sólo estaban pobladas estas islas por bárbaros iliteratos sin comunicación entre sí se notase la variedad de lenguaje de unas a las otras a pesar de conocerse proceder de una raíz común. Entre rústicos son fáciles estas alteraciones porque cualquier padre de una numerosa familia que para subsistir con más comodidad se sitúa a distancia de otras, si naturalmente tiene alguna falta en la pronunciación, los hijos que no tienen mejor corrector se habitúan a pronunciar como el padre. Y he aquí por qué, si este carece de facilidad para pronunciar, v.g. la P, resultará una lengua sin ella, o confundida con la B. Si con falta de la R, lo mismo que las lenguas chinescas y mexicanas, que carecen de ésta. Si confunde cualesquiera de las vocales, resulta que las voces que tal pueblo principia por A, otro lo hace por E. De esto último se nota bien claro en el artículo arabe al que nosotros decimos el.

APELLIDOS Y APODOS DE LOS PALMEROS

Otra ridícula costumbre de los habitantes de la isla de La Palma es que todas las familias y personas son conocidas entre sí por apodos, o lo que también es lo mismo por el mal entendido sonido de varios patronímicos, los cuales construyen de manera que les suene y signifique algo en castellano burlesco o denigrativo: v.g. la familia oriunda de Flandes, Vanderwall, dicen los *Vendavales*. A otros los apodan y conocen de un en otra generación por su origen, por algún defecto físico, por su profesión etc.; p.e. el francés, el portugués, el manco, el calafete.

Don Antonio de Lemos tuvo también el capricho de recapitular gran parte de los dichos apellidos y apodos de su patria, interpolándolos bajo la ingeniosa alegoría que veremos: me recomendó le corrigiese la ortografía de su borrador; y yo advierto que unos y otros nombres son precisamente los que se hallarán subrayados, aunque de suyo se dejan desde luego conocer.

Al norte de la Equinoccial a los 28 grados 30 minutos de latitud y 00.50 de longitud occidental del pico del Teide se ha descubierto una isla de cosa de leguas de largo y dichas de bogeno en la cual encontramos lo siguiente.

Montañas, monte-verdes, fuentes, ríos, barrancos, breñas, roques, volcanes, laderas, cuevas y quebradas, donde se sufren los chubascos y silvan los vendavales.

También prados, huertas, naranjos, palmas, viñas bien plantadas, morales, moreras, sabinas, romeros, rosas, clavellinas, rolos y troncos de palo.

Item millares de casas blancas, con canales, goteras y torres que espantan. iglesias con cruces, santos, cuadros, estampas, vicarios, sochantres, cantores y monaguillos.

A ellas concurren reyes, duques, condes, marqueses, obispos, frailes, monjas, sastres y zapateros. Portugueses que cortan largo, lioneses, franceses, ingleses, herreros, vizcainos, gitanos, mallorquines, mercantes de rapaduras, alfileres, mantas blancas y negras.

También medias-señoras con rostros llenos de placer, parecen luceros, peinadas sus cabelleras, vestidas de finas batistas y lucidas martas, tratando con amadores

tunantes, barbudos y perdidos que van y vienen *veloces* a modo de *voladores*, cuya recíproca parola que semeja a los *papagayos* y *cotorras* les causa *complacencia*, aunque no vale dos *carambolas*.

Hay *paseadores* que *madrugan* con *capotes* en *rebozo*, *feligreses* de *ginebra* y *chimbo*, que tornan a sus *barracas* con *canjilones* y *gabetas* llenas. Item *canastas* y *serones* de *abejas*, *chicharros*, *nueces*, *brevas*, *batatas*, *cebollas*, *perejil*, *cilantro*, *pimientos*, *pimentones*, *jaramagos*, *mantecas* y *huevos* con lo cual para sus *remedios* hacen *cazuelas* y *calderones* de *potajes*, *ahogados* y *sancochos*.

Encuéntrese *Monteros* y *cazadores* de *palomas*, *pichones*, *corrales* de *gansos*, *pavos*, *patos*, *gallinas*, *pollos*, *gallos* y *capones*, de conjunto reslta haber mucha *Basura* y *Gallinaza*.

Hay *molineros* y *panaderos*, que amasan *pan-bonito*, *caleros* que con *picos* y *marrones* rompen *caleras* y *canteras*. *Viejos chochos*, *foños*, *ñoños*, *calvos* y *regañados* que cansados de vivir con *Santa-Fe* anhelan una *buena-muerte*.

En sus campos se ven *pastores*, *serranas*, y *zagalas* hermosas y *pintadas* como *estrellas* que en días *serenos* y de *victorias* bajan *vencedoras* y *galanas*, vestidas de *zarzas* y otras *prendas*, *tañendo panderos*, *tambores*, *cencerros*, *sonajas* y *castañetas*.

Hay en sus costas *pescadores*, que en *barcas* y *canoas*, *carenadas* por *calafatas*, con *cañas-secas* y *camadas* de *entrechas*, cogen *cabrillas*, *dorados*, *chicharros*, *chopas*, *meros*, *picudas*, *salemas*, *pulpos* y *morenas*. Aunque *temerosos* por las *balandras* y *tartanas* de *moros* e *insurgentes*, quienes con *gorras coloradas*, *chafalotes* y *fusiles* a fuerza de *verdugos* *matan* y *pillan*, pues a pesar de haber *arnas* y *castillos* con *banderas* y *pulidos cañones*, *cureñas*, *cabrías*, sus *vigilantes* y *soldados* son *mancos*, *cojos*, *tuerlos*, *ciegos*, *mudos* y *corcobados*, inútiles en *paz* y en *guerra*, por lo cual nunca tocan a *retrato*, no obstante haber *paisanos guapos* y *bizarros* que *fanfarrones* dicen con *jactancia* que cualesquiera fácilmente *raja-riscos*, puesto que descenden de los *matamoros*.

Se hallan *bueyes*, *vacas*, *beceros*, y *vaqueros*, *cabras* y *cabreras*, *cameros*, *burros blancos* y *negros*. *Cochinos*, *gatos*, *perros*, *galgos* y *chinos*. *Conejos*, *cuervos*, *grajos*, *aguillillas*, *corujas*, *mirlos*, *pájaros pintos*, *arañas*, *moscones*, *cigarras cantadoras*, *mariposas*, *grillos*, *escarabajos*, *hormigas*, *chinches*, *cucarachas*, *perenquenes*, *salamancas* y *lagartijas*.

Asimismo, *monos*, *machangos* o *macacos*, de grandes *boquetas* y *manoplas* con *tufos* en los *cachetes* o *carrillos*, los cuales sostenidos en sus *tiestos perniles* mueven sus *coditos* y *cogotes* a par que sus *ojitos*, *pestañas*, *rabadillas* y *rabitos*. También hay *bravos leones* cogidos en *valles oscuros* y asegurados con *barrenas*, *cadena*s y *tranquillas* de *hierro*.

Finalmente se hallan *baños*, *piletes* y *bebederos* a donde se concurre a ver varias clases de gentes desconocidas en nuestros *países*, cuyos raros nombres son: *arrio*, *cafuriños*, *calamochos*, *casamondas*, *chamorros*, *churingos*, *fiallos*, *fofos*, *gaifolos*, *grimies*, *moriacos*, *morriñas*, *mozanas*, *papetos*, *tarecos*, todos propensos a *trampas mentiras* y *marañas* sin fundamento, arman *pendencias* tomando *rabiscas* a pesar de ser *medrosos* a *brujas*, *duendes* y *diablos*.

De modo que la imperfecta civilización y vulgarismo de estos palmenses le demuestra la práctica de conocerse por apodos que a ellos les parece notable agudeza adaptárselos a sus convecinos cuando tantas cosas en que tienen necesidad

de ejercitar sus ingenios, pues entre los defectos o señales que descubren en todas partes a las gentes vulgares, aunque se vistan de seda, son el prurito de apostar a cada paso, el de jurar y maldecir con frecuencia y el de conocerse por apodos, sin advertir que además de agraviar al prójimo se pierde tiempo en hacer explicaciones, sea de palabra o por escrito y a veces se ocasionan dudas y confusiones. Pero como entre ellos las personas mismas de rango tienen los apodos y apodan a los demás se confirma el vulgo en la manía por ser incapaz de distinguir que la educación de sus capataces también es poca y de consiguiente son vulgo, aunque por su propia ignorancia de lo contrario presuman.

APENDICE

1. OTROS EPISODIOS ISLEÑOS

Las personas civilizadas que habitan en las ciudades y poblaciones mayores y concurridas de nuestras Islas Canarias quienes no han tenido alguna necesidad de haber de residir algunos días en ciertas poblacionillas internas de las mismas islas para observar el sistema de vida llevado por los pobres habitantes, no es posible que sepan ni aún imaginen de la tosca manera que se vegeta en ellas. Y como la triste revelación de estos hechos sirve para ilustrar así a los que mandan y perciben el poco o ningún fruto de sus órdenes, como a los demás vecinos de Canarias para que no vivamos tan confiados en nuestro progreso, cuando a dos pasos de nosotros existen hermanos y lugarejos a quienes tenemos que compadecer y avergonzarnos de lo poco o nada que hemos hecho por ellos, cual si nos quedaran situados en los antípodas, queremos regalarles con estos cortos extractos, por vía de muestra a fin de que no se maravillen ni censuren porque no se han puesto escuelas, porque no hay más aguas utilizadas, porque el pueblo no se alimenta mejor, porque las casas se construyen mal dispuestas, y porque los caminos y callejones no guardan orden ni regla racional.

2. ISLA DE LA GOMERA

Al Ayuntamiento del lugar de Chipude de la isla de la Gomera había oficiado diversas veces la Diputación Provincial a fin de que eligiese los oficiales de cívicos o nacionales y mandasen en razón de quienes, como y cuando eran los sujetos elegidos. Más como no hubiese contestación jamás, a un individuo de la Diputación le ocurrió valerse de Don Agustín Peña, persona bien conocida y vecina de La Laguna, quien se hallaba desempeñando cierta comisión de rentas en la Gomera el año 1855. Don Agustín se trasladó a Chipude, vióse con el secretario de aquel ayuntamiento a quien hizo cargos sobre tal insubordinación o descuido, previéndole citase a ayuntamiento a fin de no detenerse. Ofreció hacerlo así el secretario, quien se aprontó a cargar una escopeta, y como Peña le diese prisa para escribir la convocatoria contestó que allí no se usaba ni podía hacerse eso (tal vez ninguno de los concejales sabía leerla), sino que con la escopeta disparaba un escopetazo sobre la loma tal, dos escopetazos sobre la loma cual, etc. y era la señal para que concurriesen los regidores a la misa mayor del domingo en que había precisión de celebrarse sesión. Efectivamente el domingo después de salir de misa se juntaron por fuera de la puerta parroquial, en pie derecho, porque no había bancos, mesa ni techo que les cubriera los señores alcaldes y concejales, siendo una canastra vieja

la que servía de archivo conteniendo varios papeles revueltos entre los cuales muchos oficios todavía sin abrir. Al observar Peña tan grotesca escena y tan grotesco teatro, puesto que la iglesia con dos o tres retablos torcidos de medio lado, dos o tres casitas inmediatas, en una de las escuelas habitaba el cura, y las demás a cosa de un cuarto de legua distantes unos de otros en que moraban diseminados los señores concejales ocupados en pastorear sus piaras de cerdos y otros cuadrúpedos, contestó a la diputación que no había que extrañar la falta de cumplimiento de aquellas gentes agrestes, y para que la autoridad no perdiese tiempo ni papel inútilmente aconsejaba que la diputación agregase aquel rústico vecindario a otro más capaz donde a lo menos se hallase algún vecino con quien poder entenderse y contar. Así se hizo y se agregó aquella aldea al lugar de Vallehermoso. De manera que, a pesar de titularse de muy ilustres a las corporaciones bajo el actual régimen, por eso se les ha infundido más ilustración, sino traslado a Chipude y sus similares; es decir que títulos por pomposos que sean no son los que constituyen la gente.

ASTUCIA PICARESCA

Don Agustín Peña tuvo ocasión de saber que aquellos naturales en medio de su habitual ignorancia son astutos para hacerse mal unos a otros, ejecutando venganzas crueles con los animales pertenecientes a sus enemigos u ofensores. Ya habíamos oído en años pasados algunos relatos que nos parecieron exageraciones. Pues el de 1828 que estuvo en la Gomera Don Juan Suárez de la Guardia, quien de mandato de la Real Audiencia reasumió en sí la jurisdicción de la isla, pudo observar los maliciosos ardis de sus habitantes para ofenderse y evadirse de las pruebas y consiguientes castigos. Entre tantas oímos que cierto rústico fue acusado de haber estado por mucho tiempo robando cerdos, ya de las piaras que apastaban en el monte, ya de las pocilgas contiguas a las habitaciones de las aldeas. El hecho era positivo. Pero admirado el licenciado de que aquel hombre pudiese sustraer y cargar con cerdos sin que estos dejasen de gruñir y armar algarazas, según acostumbra, puesto que nadie daba razón de la hora en que se perpetraban los robos, sacó de la cárcel al reo y ofreció la libertad y guardarle el secreto con tal que le manifestase el ardid con que se conducía. Y después de varias dudas y excitaciones le declaró que se introducía y echaba entre los cerdos en sus dormitorios, provisto de un canuto de caña y que aquel que mejor le parecía le soplabá poco a poco por el orificio hasta que el animal se iba hinchando y efectuado esto lo cogía y llevaba sin que chistase. Al licenciado Guardia le incendiaron la casa que habitaba, por lo que se dió prisa a salir de la Gomera.

ALIMENTO

El alimento ordinario de la clase pobre en la Gomera es el pan o tortas de la raíz del helecho a la manera que en la Palma; pero los gomeros tienen además las abultadas raíces de los ñames, los cuales cultivan a las orillas de los barrancos, porque su isla tiene más aguas que la de la Palma. El ñame no fué conocido por los primeros pobladores; parece haber sido introducido de la costa de Guinea (donde es común y alimenticia), por los armadores que iban allí a esclavizar negros, y estos lo hubieron de usar acá para alimento en los ingenios de azúcar que hubo antiguamente en la Gomera.

VOCABLOS

En esta isla se conservan todavía muchos vocablos de los aborígenes así en los nombres que retienen los lugares, playas y barrancos, como en el uso de la conversación.

AGILIDAD

La agilidad de los gomeros es sorprendente, suben y bajan cargados por aquellas sendas y precipicios de la isla, a que dan el equivocado nombre de caminos, lo mismo que cabras monteses. Y es evidente que a seres de tales costumbres no les importa que haya o no caminos carreteros ni cuanto se hable o publique sobre la materia.

MEDIDAS

Lo mismo puede decirse sobre variación de medidas y sus radicados nombres castellanos. La Gomera conserva las suyas peculiares en áridos y líquidos, establecidas desde el tiempo de sus condes y señores territoriales, las cuales son algo diversas de las usadas en las tres islas reales que son las que guardan más armonía entre sí. Pero la vara desde el año 1835 fue abolida la territorial y substituida por la de Burgos, lo mismo que en todas las demás Islas Canarias. La dicha territorial tenía cosa de un dos a un tres por ciento mayor que la de Burgos.

De todo cuanto hemos recopilado es evidencia que si acaso los señores novadores de nuestros días se creyeron que llamando muy ilustres a cierta clase de hombres, éstos se habían de estimular para hacerse merecedores del epíteto, se llevaron un clavo, porque sólo vemos realizado el refrán castellano de *la cabra siempre lleva al monte*.

LAS FIESTAS POPULARES CANARIAS.

de Alberto Galván Tudela

Santa Cruz de Tenerife. Ediciones Canarias S.A.

Recensión a cargo de

JUAN PRAT I CAROS, *Universidad de Tarragona*

I. El estudio de las fiestas, como síndrome simbólico de primer orden, es relativamente reciente dentro de la literatura antropológica española, pues, si bien algunos autores¹, a mediados de los años 70, se habían dado cuenta del rico filón temático y analítico que constituía el mundo festivo, la proliferación de estudios específicos no se producirá hasta finales de los 70 y más aún, en los primeros años de los ochenta.

Pienso, como he señalado en otro lugar², que el interés por los rituales festivos y lúdicos, y quizás también por las manifestaciones religiosas populares, fue debido a una serie de poderosas razones ambientales que influyeron, decisivamente, en la emergencia de este nuevo objeto de estudio. Me refiero, principalmente, al prestigio que habían adquirido las manifestaciones festivas durante el tardofranquismo y en la época de la transición. En efecto, la fiesta era vista y percibida como sinónimo de libertad y de espontaneidad, es decir, como una situación de *communitas* frente a la situación de *estructura* en la terminología de V. Turner. En el contexto de desmoronamiento de la dictadura y de efervescencia política, los ayuntamientos de las grandes ciudades, las asociaciones de vecinos, los partidos políticos que a menudo salían de las catacumbas, y también otras instituciones tanto públicas como privadas (escuelas, colegios, etc.), desarrollaron una febril actividad de recuperación o reforzamiento de antiguas fiestas o, sencillamente, crearon otras nuevas.

La segunda fase del proceso consistió en la progresiva asimilación de determinadas fiestas³ como vehículo de expresión de las identidades nacionales, regionales o locales, que irrumpían con fuerza en los inicios del proceso democratizador, que a su vez, conduciría a un nuevo modelo de Estado: el de la llamada España de las Autonomías.

La conjunción de intereses antropológicos, sociales y políticos fue lo que, en mi opinión, desencadenó la publicación de libros y calendarios festivos sobre diferentes ámbitos territoriales del Estado español⁴, la proliferación de seminarios, simposios y coloquios sobre el tema⁵, el interés por los análisis monográficos sobre

determinadas fiestas (entre las que el Carnaval parece ocupar un lugar de privilegio)⁶ y en definitiva la emergencia, o mejor dicho, la consolidación de un nuevo objeto de estudio: el análisis antropológico de los rituales festivos.

II. En un prólogo sintético y certero, William A. Christian sitúa el excelente libro de Alberto Galván —*Las fiestas populares canarias*— «en un periodo de la ciencia social que podríamos denominar “autonómico”, en el cual estudiosos de diversas universidades constatan de manera científica las señas de identidad y el hecho diferencial de sus respectivas regiones y nacionalidades» (p. 9). Unas pocas páginas más adelante, el mismo Alberto Galván, refiriéndose a las razones que le impulsaron a escribir su libro, indica que la más importante fue: «haber constatado la estrecha relación existente entre la toma de conciencia de nuestra identidad en los últimos diez años, y la utilización de la fiesta como expresión de la misma. Por eso —continúa la cita— buscamos una fiesta como símbolo de nuestro regionalismo o nacionalismo y cada pueblo e isla escarba en sus raíces, a través de una fiesta quizás olvidada, una forma de identificarse» (p. 13).

Este planteamiento, perfectamente legítimo y teóricamente fecundo cuando se controla (y este es el caso del libro que comentamos), no está, sin embargo, desprovisto de riesgos. En efecto, en los últimos años y coincidiendo con el nuevo mapa autonómico, ha proliferado una abundante subliteratura del tipo «Los festejos de mi pueblo querido» o «El calendario festivo de mi amada patria chica», caracterizada por la sensiblería más burda y por el folklorismo en el peor sentido del término. Y a menudo, son las Consejerías de Cultura de los diversos gobiernos autonómicos, deseosas de mostrar o inventarse unas raíces o supuestas raíces ancestrales, así como de legitimar unas conciencias colectivas inexistentes, las que promueven este tipo.

Así pues, y por contraste, libros como *Las fiestas populares canarias*, son aún más valiosos. Alberto Galván, a pesar de escribir como señala Christian «en el contexto de este auge de orgullo isleño» (p. 10) ha sabido conjugar, con una sabia dosificación, el tratamiento teórico de la entidad canaria —tesis ampliamente recurrente en las doscientas páginas de su obra— con el rigor analítico más impecable sobre los rituales festivos y simbólicos de las islas.

III. *Las fiestas populares canarias* está dividido en tres partes bien diferenciadas. En la primera, titulada *La fiesta canaria, estrategia simbólica*, el autor aborda, desde una perspectiva teórica, el complejo mundo de los ritos festivos. «En este libro —escribe— parto de la tesis de que la fiesta es un complejo cultural donde tiene lugar una intensa interacción social, una profusa comunicación, pero como tales casi todas las acciones presentan un carácter ritualizado. Como todo lo ritual, la fiesta implica comportamientos simbólicos y por tanto colectivos, con cierta tonalidad repetitiva, enmarcados en ciertos patrones de acción normativa aceptados por los que se divierten de un modo consciente, explícito o inconsciente» (p. 22).

A continuación, Alberto Galván, desarrolla, desde la perspectiva global de la Antropología Simbólica, alguno de los grandes ejes de su marco teórico: la fiesta como ritual simbólico de múltiples significados; la fiesta como código y proceso de comunicación que combina los aspectos ideológicos y sensoriales, según la terminología de V. Turner; el carácter cíclico y colectivo de las fiestas populares y su papel de ordenación y ritualización del tiempo laboral y social, y, en último término,

el cómo las fiestas reflejan las profundas transformaciones sociales de la sociedad canaria de las últimas décadas.

Algunas de estas líneas paradigmáticas son ampliamente desarrolladas y comentadas en el segundo capítulo, que lleva por título: *Funciones y significados de las fiestas canarias*. La estrategia de presentación de los materiales en esta segunda parte consiste en la descripción y análisis de rituales festivos concretos y en profundidad, que permiten al autor reflexionar sobre problemáticas más amplias y teóricas. Así, por ejemplo, la temática general sobre *Fiestas, integración social e identidad canaria* es abordada a través de ejemplos concretos-las variantes de la Rama en Gran Canaria, las Bajadas en honor de las patronas y patronos de diversas islas, y la fiesta de los Corazones de Tejina que son tomadas como paradigmas para reflexionar y analizar la identidad étnica, la insularidad y la identidad local, respectivamente. A su vez, en *Fiestas, mayordomía y legitimación socioeconómica*, los ejemplos de «el ramo» gomero y la «fiesta de Pares o Nones y la Virgen del Socorro» de Güímar, sirven de hilo conductor para desvelar algunas formas de organización de las fiestas a través de la institución de las mayordomías.

El tercer capítulo titulado *Fiestas canarias y ciclo estacional* constituye un amplio recorrido por los rituales festivos de las Islas desde la perspectiva calendárica y estacional. Las fiestas de invierno (las tablas de San Andrés, los rituales navideños, los Carnavales y la quema del Judas); de primavera (la fiesta de la Cruz, el Corpus, y San Juan «bendito») y de verano (carretas, santos, romerías y patronos, vírgenes y el mar) ilustran el calendario estacional, con su transfondo laboral y agrario, y ponen de relieve los símbolos dominantes de cada periodo, las instituciones que se movilizan para su organización, etc, en una muestra bien trabada de descripciones etnográficas detalladas y de reflexión teórica.

El libro de Alberto Galván se cierra con unas breves anotaciones, *A modo de síntesis*, en las que el autor recapitula los grandes ejes de su exposición.

No quiero, por último, finalizar este comentario sobre *Las fiestas populares canarias* de Alberto Galván sin referirme a los últimos párrafos del prólogo de Bill Christian, que comparto plenamente. Dice así: «El autor de este prólogo, no canario, se permite recomendar también el libro a los canarios, porque los datos y sus interpretaciones ayudan a entender fiestas parecidas no sólo de la España peninsular sino también en la España mediterránea y en América Latina. Y su análisis abierto y lúcido es digno de aplicar al estudio de la fiesta en cualquier sitio».

Notas

1. Véase, principalmente, R. Valdés (1976) *Ecología, trabajo, fiestas y dieta en un consejo del occidente astur*; J. Mira (1976) *Totos en el norte valenciano: notas para un análisis*; y de forma más explícita C. Lisón (1977) *Invitación a la antropología cultural de España*.
2. *Estado actual y nuevas tendencias de la Antropología social en España* (1989) en prensa.
3. En esta época, por ejemplo, la Romería del Rocío o la Semana Santa andaluza se teñían de las esencias del andalucismo; los Carnavales de Tenerife se convertían en un diacrítico de la insularidad tinerfeña y la Rama de Agaete del guanchismo de Gran Canaria; La Patum de Berga, contra la voluntad de sus protagonistas, se politizaba y generaba procesiones patrióticas de signo catalanista; las fiestas de Moros y Cristianos eran percibidas y presentadas como la quintaesencia del valencianismo mientras que, por recortes de prensa que consevo de la época, la Rapa das Bestas de Galicia adquiría un halo de celtismo y galleguismo que no creo que hubiera tenido con anterioridad. En el País Vasco tenía lugar la creación de un ritual cívico — Korrika — directamente relacionado con la «cuestión vasca» e impulsado por los grupos abertzales.
4. Véase, entre otros, Prat/Contreras (1979) *Les festes populas* (sobre Cataluña); S. Rodríguez Becerra (1982 Dir.) *Guía de Fiestas Populares en Andalucía*; del mismo autor (1985) *Las fiestas de Andalucía*; A. Galván (1987) *Las fiestas populares canarias*; A. Ariño (1988) *Festes, rituals i creences* (sobre el País Valenciano); M. Reixach (dir, 1989) *Calendari de festes de Catalunya, Andorra i la Franja*.
5. Algunos de los que tengo noticia son: El ciclo de conferencias organizado en 1980 por la Asociación Madrileña de Antropología (cf. Velasco, ed. 1982, *Tiempo de fiesta*); el *Simposio sobre fiestas populares* de la Universidad Menéndez y Pelayo (Sevilla, 1983); el Coloqui sobre *Fiestas y Liturgia*, celebrado en la Casa de Velázquez, en 1985 (cf. publicación 1989); el Simposio sobre *Religiosidad popular andaluza* Sevilla, 1987, (publicado por Anthropos en 1989), y el Encuentro patrocinado por la Casa de Velázquez, en Granada sobre *La Fiesta, la Ceremonia y el Rito* (1987, en vías de publicación).
6. Véase, entre otros, Caro Baroja (1979) *El Carnaval, análisis histórico cultural* y del mismo autor (1979) *La estación del amor, Fiestas populares de mayo a San Juan*; Roma (1980) *Aragón y el Carnaval*; J. Fribourg (1980) *Fêtes à Zaragosse*; Barnabeu (1981) *Significados sociales de las fiestas de Moros y Cristianos*; I. Moreno (1982) *La Semana Santa de Sevilla. Conformación, mixtificación y significaciones*; Caro Baroja (1984) *El estilo festivo, Fiestas populares de verano*; I. Caballé y P. Ibern (1985) *El Carnestoltes arenyenc al segle XIX*; Belascoain (1987) *El Carnaval com a pretext*; González Roberedo y Mariño Ferro (1987) *Entroido en Galicia*; Brisset (1988) *Fiestas de Moros y Cristianos en Granada*; T. del Valle (1988) *Korrika, rituales de la lengua en el espacio*.